



ANNETT FÜRST

ROMANCE PARANORMAL
CON CAMBIAFORMAS

EL LOBO JEFE



EL REINO DE LOS LOBOS – UN NUEVO COMIENZO

El Lobo Jefe

Una novela romántica paranormal

El Reino de los Lobos - Un Nuevo Comienzo: Libro 5

Por Annett Fürst

1ª edición, 2024

© 2024 Editora, LLC - todos los derechos reservados.

Editora, LLC

527 21ST ST UNIT 89

GALVESTON, TX 77550

EE.UU.

Contacto: mail@editora.llc

La obra, incluidas sus partes, está protegida por derechos de autor. Queda prohibida cualquier explotación sin el consentimiento del editor y del autor. Esto se aplica en particular a la reproducción electrónica o de otro tipo, la traducción, la distribución y la puesta a disposición del público.

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)



Para Carina y Jörg.
Dos amigos de la infancia con un antepasado especial.





Prólogo

Mi nombre es Samuel Tulip y soy, o mejor dicho; fui, cervecero en la corte del rey. Todo lo que sé sobre la más dulce de todas las bebidas lo aprendí de mi abuelo Jonathan.

Aún lo recuerdo; sus historias divertidas, la forma en que acariciaba su enorme barriga, el golpeteo de su pata de palo. Mi parte favorita era la de su primer encuentro con el rey. Nosotros; los niños, siempre conteníamos la respiración, asombrados. ¡Mi abuelo había estrechado la mano del rey! Pero en aquel entonces él no sabía que Harim Nakur era un rey.

¡Imagínense! Los tres reyes más grandes de nuestra época bebieron la cerveza que fabricaba mi abuelo. Sí, yo también los conocí: Harim Nakur, el Rey de los Vargs; Torant, el Rey de los Lobos; y su suegro Balduin, el Rey de los Humanos.

A mis amigos y a mí se nos permitía asistir a los banquetes que de vez en cuando se realizaban. Pero solo si nos portábamos bien; cosa que por lo general era así. ¡Oh, mis amigos! Los echo tanto de menos. Serpius; podía imitar los sonidos más maravillosos con sus púas. El chillido de una rata era realmente el mejor. Cuántas veces asustamos a mi madre con eso. Su padre era gobernador en las llanuras aluviales. Allí los Vargs construían los barcos más rápidos y magníficos.

Luego estaba Melir; que siempre nos hablaba con gran entusiasmo de todas las cosas que haría cuando dirigiera la manada de su padre. Y Galwin, Marius, Hektor... juntos crecimos con nuestros planes y sueños. Me estoy desviando del tema, pero a partir de entonces nuestras vidas dieron un giro inesperado.

El mal a menudo se disfraza de palabras bienintencionadas y se desarrolla delante de nuestras propias narices. Al principio, era solo un rumor, transmitido por el primo de un conocido, que, a su vez, lo había escuchado de un vendedor ambulante. Eso suele suceder.

Se decía que en lo alto de las montañas se habían encontrado humanos masacrados. Otros afirmaban que eran cambiaformas lobo. Unos terceros juraban, y tenían una fuente confiable, que unos Vargs habían sido asesinados.

No sé si realmente algo había sucedido, pero las habladurías se intensificaron y cobraron vida propia. Entonces, surgió la desconfianza, y de repente se cumplieron juramentos de venganza olvidados hace mucho tiempo y se reavivaron viejas enemistades. Todos se aliaron contra todos, hasta que no quedó nada de lo que los tres reyes habían construido.

¿A quién se debía culpar? ¿A todos? ¿A ninguno? No soy el hombre indicado para juzgar. Pero una cosa supe de inmediato. Ninguna rosa crece en un pantano apestoso. Alguien se aprovecharía del caos para tomar el control absoluto. Pronto hubo rumores acerca de una asociación secreta que quería acabar con todos los lobos y los Vargs. No lo creí hasta que aparecieron. ¡Oh, por Dios! Los mataron a todos.

No pude salvarlos, ni al nuevo rey Varg, ni a su consorte, ni a los demás en la corte. Nadie podría haberlo hecho. Desesperado, tomé al pequeño príncipe y escapé. Tuve que arrebatarlo de los brazos de su moribunda madre, Samara, hija de Torant y Aurelia. Sobrevivirá porque nadie reconocerá su descendencia, y por lo menos eso considero un afortunado golpe de suerte. Lo

dejo en tus manos. ¡Protégelo! ¡Guarda su secreto! Te lo ruego...

La madre Meredith dejó la pluma a un lado cuando la cabeza del hombre cayó sin fuerzas y su respiración se detuvo. Ella no había podido quitarle las flechas del pecho.

Le cerró los ojos con cariño. — ¡Descansa en paz, Samuel!

Ella enrolló el pergamino y luego quiso esconderlo detrás del ladrillo suelto de su aposento. Pero primero tenía que ocuparse del niño, que hasta hace cinco minutos no tenía ni idea de lo especial que era. No podía quedarse aquí, porque los asesinos pronto vendrían por ella y por las otras hermanas. No solo las armas tenían poder, las historias también eran herramientas para hacer el bien o el mal. Y aquí, en su convento, recogían todos esos conocimientos, los registraban y las conservaban para la posteridad.

La madre Meredith corrió a la oficina tan rápido como sus pies le permitieron.

— ¡Ravenna! — llamó a la más joven del grupo. — ¡Date prisa! ¡Toma al niño y corre!

— ¿Correr? ¿Adónde? ¿Por qué?

— ¡Escúchame con atención! — Meredith tomó el brazo de la loba. — El pequeño es el último descendiente de los tres reyes. Por sus venas corre la sangre de Harim Nakur, Torant y Aurelia. Es un Varg, pero también es un humano y un cambiaforma lobo. Su apariencia es su mejor protección, como también lo es la tuya. Nadie ahí afuera conoce tu rostro. Aún no has salido a recopilar historias. Cuida de él, conviértete en su madre. ¡Escóndete entre los humanos y no se lo cuentes a nadie!

Ravenna asintió y tomó el pequeño pergamino que la madre Meredith le tendió, como si en ese momento hubiera tenido un destello de inspiración. Había oído lo suficiente como para comprender lo que se esperaba de ella.

Cuando llamaron a golpes a la puerta del pequeño edificio y se escucharon gritos furiosos, levantó al niño en sus brazos. Ésta también era una historia importante, aunque quizás nunca llegaría a ser escrita.

— ¡Rápido, ahora!

Meredith empujó a Ravenna hacia la puerta trasera. Con el niño en brazos, la joven corrió hacia el bosque. Una última vez, volteó hacia el convento que se convertiría en su hogar y en un lugar de trabajo incansable. Se esforzó por reprimir un aullido de agonía cuando las primeras llamas salieron del caballete del tejado.

Ella acarició la cabeza del niño. — ¡No te preocupes, pequeño príncipe!

En silencio, juró que le enseñaría todo lo que sabía sobre los lobos y los Vargs. Entonces, tal vez, algún día en un futuro lejano, uno de sus descendientes utilizaría estos conocimientos y volvería a ocupar su lugar ancestral.



Capítulo 1

Danielle

En la sala de descanso, Danielle lavaba su taza sucia y sonreía con satisfacción. Llevaba dos años trabajando en el departamento de facturación de Novum Regnum. El trabajo no podía ser más perfecto: horario fijo, sueldo razonable y, lo más importante, sin preocupaciones, sin problemas irresolubles, sin plazos que cumplir ni contacto con el cliente. Lo que a otros podría parecerles aburrido; ella lo veía como una bendición.

— ¡Danielle! — Una compañera de trabajo entró corriendo en la pequeña cocina. — ¡Ven rápido! La directora de oficina quiere ver a todo el mundo en su escritorio. Al parecer, el jefe está a punto de llegar.

¡Adiós a un ambiente libre de estrés! Pero cuando el gran jefe llegara, no quería brillar por su ausencia, aunque solo fuera un personal más para él.

Por lo tanto, se dirigió rápidamente a la oficina diáfana, se sentó frente a su ordenador y comenzó a teclear con diligencia. Menos de diez minutos después, Navar Ammwald, acompañado de su asistente, entró en la sencilla sala donde trabajaban veinte mujeres y donde se procesaban todos los datos.

Las empleadas más jóvenes suspiraban de manera reservada o se lanzaban miradas burlonas. Por supuesto, el jefe era muy guapo y, además, jodidamente rico. A ella personalmente eso le importaba un bledo. ¿Por qué idolatrar a alguien que estaba en una liga completamente diferente? También podría hacerse ilusiones con Brad Pitt o alguna otra estrella. La vida real solía responder con bastante dureza a esas fantasías. Para ella, era mucho más sano no debilitar sus límites con sueños.

Aun así, se asomó por debajo de las pestañas para observar a Navar. Él intercambió unas pocas palabras con la directora de oficina antes de empezar a caminar entre las filas. Se detuvo en el escritorio frente al suyo y miró la pantalla.

De repente, sus cejas negras y pobladas se fruncieron malhumoradamente.

— ¡Sra. Stratham! — Él volteó hacia su asistente, quien sostenía un bloc de notas y un bolígrafo. Ésta se sobresaltó como si Ammwald le hubiera dado una bofetada. El tono severo de su voz grave hizo que ella misma se estremeciera.

— ¿No le pedí hace varias semanas un sistema de procesamiento más rápido? Por lo que veo, aquí se sigue utilizando un software obsoleto.

— Así es, señor. Pero la empresa de desarrollo no se ha puesto en contacto conmigo hasta ahora.

— ¿Ah, no? ¿Conoce ese novedoso invento llamado teléfono? Puede usarlo para llamar y preguntar.

Ese comentario mordaz hizo que la Sra. Stratham pareciera encogerse. Aunque Danielle encontró bastante cruel la reprimenda delante de todos, tenía que darle la razón a su jefe en algunos aspectos. Una breve consulta y el problema se resolvía rápidamente. Además, todas las

empleadas de aquí tenían que lidiar con la lentitud del sistema, que a veces se colgaba por completo.

Ammwald miró fijamente a su asistente, que buscaba desesperadamente una explicación.

— Yo... yo... simplemente lo olvidé. Usted tenía la conferencia en Dubai y...

Su jefe la interrumpió con un gesto de la mano. — No la contraté para que olvidara las cosas, Sra. Stratham — siseó con cautela. — Debe hacerse cargo de todas las pequeñas cosas de las que yo no puedo o no quiero ocuparme.

— Lo siento, señor. Mañana a primera hora me pondré en contacto con ellos.

¡Respuesta equivocada! Lo supo de inmediato. La pobre Sra. Stratham estaba completamente sobrepasada y no podía reconocer las señales. En cierto modo, podía entender a la mujer que temblaba. Había algo agresivo en su jefe que hacía que a uno se le helara la sangre. Ni siquiera su expresión impasible podía ocultarlo.

Danielle tragó saliva, confundida, cuando el aire acondicionado lanzó un toque de su aftershave en su dirección. El aroma le recordó a una gélida tarde de invierno, cuando la nieve que caía limpiaba el aire de los gases de escape. Lo que quedaba era una nota clara y pura que le daba una idea de cómo debió haber olido hace cientos de años, cuando el mundo no tenía aún una civilización desarrollada.

Nuevamente, se arriesgó a mirar a su jefe. ¿Ahora le gritaría a la Sra. Stratham? En cualquier caso, los músculos de la mandíbula de su rostro marcado estaban visiblemente tensos. Mientras tanto, su asistente estaba roja y temblaba incontrolablemente.

Repentinamente, ella arrojó sus materiales de escritura al suelo, dio un pisotón y chilló con voz exasperada.

— ¡Odio este trabajo, lo odio, lo odio!

Danielle y todas las demás se quedaron boquiabiertas. ¡Eso sí que era un toque de color a su monótona vida cotidiana! Aun así, metió la cabeza entre los hombros. No quería estar en el lugar de la Sra. Stratham en este momento.

Su jefe, sin embargo, no se movió en un principio, solo la comisura derecha de su boca se crispó ligeramente en señal de diversión.

— ¡Ah! ¡Por fin una pizca de valentía! Bien, Sra. Stratham, permítame ponerle fin a su sufrimiento. — Él miró brevemente a su alrededor e inesperadamente fijó la mirada en sus ojos.

Ella apartó la mirada de inmediato, con el corazón saltándose de emoción. Pero para entonces ya se había volteado de nuevo.

— Supongo que cualquiera de las mujeres que están aquí podrían hacer el trabajo tan bien o tan mal como usted.

Ammwald se acercó a su escritorio y se inclinó. — ¡Usted! ¿Cómo se llama?

— Danielle, señor, Danielle Barns.

Al instante se le secó la boca y ya ni siquiera pensó en respirar.

— ¡Estupendo! Srta. Barns, a partir del lunes trabajará en mi despacho y la Sra. Stratham ocupará su lugar.

— ¿Qué?! ¿Yo? Pero...

— No tengo tiempo para discusiones. El lunes a las ocho. ¡Sea puntual!

Mientras él caminaba hacia la salida de la oficina dando grandes zancadas, su asistente, que se apresuraba a caminar tras él, resoplaba aliviada como si acabara de salvarse de una ejecución. Finalmente, era algo parecido. Después de su actuación, el jefe podría haberla expulsado del edificio con insultos y además sin una carta de recomendación. El hecho de que no lo hubiera hecho era notable. Por desgracia, ahora la responsabilidad recaía en ella.

El inoportuno ascenso no era precisamente motivo de alegría. Debería haberlo rechazado de inmediato, ya que su ambición era limitada y, de todos modos, no quería trabajar para semejante bloque de hielo. ¡Maldición! Bueno, él no podía obligarla. El lunes por la mañana le diría de forma educada pero decidida que no estaba en absoluto cualificada para ese trabajo.

Con optimismo, enderezó los hombros y estuvo a punto de volver a centrar su atención en una columna de cifras cuando la directora de oficina se acercó a ella.

— Danielle, déjalo por hoy. Recoge tus cosas del escritorio, ¿sí? A partir de la próxima semana tendrás toda una oficina para ti sola. Felicidades, por cierto.

— Para nada. No quiero el trabajo. Se lo diré al jefe el lunes.

— ¿Estás loca? — Melanie, que trabajaba en la mesa de al lado, se rio tontamente, puso los ojos en blanco y se llevó las manos al pecho de forma dramática. — Mataría por una oportunidad así. ¡Solo imagina! Puedes estar cerca de él todos los días. Además, conocerás a muchos tipos ricos. ¿Y quién sabe? Tal vez alguien se enamore de ti, quizás el propio jefe. Eso sería muy romántico.

Algunas de sus compañeras de trabajo soltaron una risita e hicieron ruidos de besos.

— ¡Pff! ¡Estás loca! Lees demasiadas novelas baratas. Además, Ammwald es un desgraciado. Prefiero morir soltera que arrojarme sobre él.

Lo decía en serio, pero aun así tomó las dos barras de chocolate y el bálsamo labial del cajón de su escritorio por el momento. Durante el fin de semana, tenía que pensar en cómo salir hábilmente de esta situación sin perder su trabajo. Ya que la Sra. Stratham iba a ocupar su puesto, ella se trasladaría a otro departamento, a la sala de correo o a algo igualmente poco espectacular.

Mientras volvía a casa en autobús, se preguntó por enésima vez por qué el jefe la había elegido a ella de entre todas las mujeres. Estaba convencida de que ella era una persona común y corriente y que no le importaba en absoluto. Probablemente solo había actuado por impulso y de seguro estaría agradecido de que ella rechazara su oferta, o, mejor dicho, su orden.

Cuando llegó a casa, volvió a sonreír. Al menos había podido terminar la jornada unas horas antes. Podría cuidar de sus plantas, tal vez mañana daría una vuelta por el centro de jardinería y compraría algunas plantas nuevas. Las plantas eran compañeras de piso ideales. No replicaban y, si uno las cuidaba, florecían. Las personas, en cambio, eran mucho más difíciles, sobre todo aquellas que dirigían un imperio inmobiliario, gente como Navar Ammwald. ¡No, no! Por muy atractivo que Melanie le hubiera hecho creer que era el trabajo, no era para ella.

Para calmarse, se preparó una taza de té con el bonito juego de té que había comprado en un mercadillo. Aún le gustaba el diseño. La tetera y las tazas estaban hechas de una fina porcelana pintada con un follaje engañosamente real. Quizás se había tomado demasiadas molestias al

preparar el té en la tetera en lugar de colgar una bolsita en una taza cualquiera. Pero había algo noble en este pequeño ritual y le gustaba el suave y murmurante sonido que se producía cuando vertía el té caliente en la taza.

Aunque no se consideraba una amante del Earl Grey y Co. Casi había convertido su apartamento en una jungla y sentarse en su mesa de ratán con el juego de té era para ella la encarnación de su propio oasis de bienestar.

Por esa razón suspiró profundamente cuando sonó el timbre de la puerta, interrumpiendo su momento de paz. No esperaba visitas y tampoco había pedido nada. Pero su humor mejoró de inmediato en cuanto abrió la puerta.

— ¡Loretta! ¡Estás devuelta!

Su vecina entró apresuradamente cargada de paquetes y bolsas, que depositó en el sofá.

Luego se rio alegremente y la abrazó.

— ¡Danielle! ¡Tienes que ver esto! Fui de compras a Milán.

Danielle puso los ojos en blanco con una risita mientras miraba de reojo las etiquetas de Gucci y Versace, y llegó a la conclusión de que sobre su sofá estaba apilado el equivalente a un buen coche de gama media.

— Milán, por supuesto. ¿Y ahora? ¿Estás nuevamente en quiebra?

Loretta se echó hacia atrás el cabello negro que le llegaba hasta la cintura y frunció los labios.

— ¿En quiebra? ¡Qué palabra más fea! Simplemente no puedo permitirme ropa nueva por un tiempo.

A Danielle le gustaba mucho la actitud siempre despreocupada de la mujer italiana ante los problemas cotidianos de la gente normal. Sin duda, Loretta estaba llena de vida. Pero no se la podía considerar derrochadora. Era cierto que gastaba su dinero en ropa y viajes, pero nunca vivía por encima de sus posibilidades. No debía el alquiler y tampoco vivía de ella. Se ganaba la vida con una tienda en línea de lencería extravagante. Tenía bastante éxito con eso, ya que parecía que mucha gente estaba dispuesta a gastar mucho dinero en un par de bragas de encaje.

Mientras tanto, Loretta rebuscó entre sus compras y, después de un rato, sacó un elegante vestido de color gris oscuro.

— ¡Traje esto para ti! — anunció ella alegremente.

— ¿Para mí? ¿Estás loca? En primer lugar, no puedo permitirme un vestido de marca como ése y, en segundo lugar, no sabría cuándo ponérmelo.

Sacudiendo la cabeza, palpó el tejido y dudó si podría siquiera caber en el estrecho vestido.

— ¡Tonterías! — Su amiga señaló la amplia blusa de algodón con cordones en el cuello, que colgaba holgadamente sobre sus vaqueros. — Te escondes debajo de este —Loretta tiró de la blusa— harapo. No puedo creer que te guste vestir así.

No podía ofenderse por la forma en que se expresaba Loretta. Las dos eran muy diferentes, y no solo en ese aspecto.

Así que, ella sonrió ampliamente. — Por milésima vez, no quiero gustarle a nadie.

Loretta levantó las manos en el aire. — Ese no es el punto. Debes gustarte a ti misma. ¡Pero aquí

ni siquiera hay un gran espejo! Es como si no te toleraras a ti misma.

— Eso no es cierto — espetó ella, contrariamente a su habitual comportamiento reservado. — Al menos, ya no — añadió tímidamente.

— Hm. — Loretta levantó una ceja. — Supongo que no vas a decirme nada más. No pasa nada. Tal vez algún día.

— Sí, algún día.

Ahora su amiga volvió a sonreír.

Apartó las bolsas y se dejó caer en el sofá. — Y ya que estoy en quiebra. ¿Podrías prepararme un capuchino? De momento no puedo permitirme uno fuera de casa.

— ¡En serio! — Ella apoyó las manos en las caderas, fingiendo estar ofendida. — A veces pienso que solo te hiciste amiga mía por mi estupenda cafetera.

Loretta agitó la mano maliciosamente. — Por supuesto, ¿por qué más sería? Además, soy italiana. ¡Y ahora, shuu, shuu! Después de todo, quiero saber qué pasó contigo mientras estaba de viaje.

Ella preparó dos capuchinos en el pequeño rincón de cocina y los llevó al sofá. Normalmente nunca tenía nada importante que contar, pero Loretta siempre la escuchaba atentamente. Esta vez se sorprendería, ya que realmente había sucedido algo.

— Hoy me han ascendido a asistente personal del jefe.

Loretta dejó la taza en la mesa con estrépito. — ¡No es cierto! ¿Cómo pasó eso? Ni siquiera me dijiste que habías solicitado el puesto.

— No lo hice. Todo fue una coincidencia. — Le describió brevemente a Loretta lo que había sucedido. — Entonces me señaló y me dijo que me presentara el lunes. Creo que Ammwald solo estaba enfadado. Estará muy contento si lo rechazo.

— ¡Apuesto a que te equivocas! — Loretta le dio un golpecito en la frente. — Los tipos como él tienen olfato para el buen personal. Además, ¿por qué quieres rechazarlo? ¿Realmente quieres quedarte en tu trabajo actual?

— Me gusta mi trabajo. Es tranquilo, las mujeres son amables y...

— Sí, sí — intervino Loretta. — ¡Sigue metiéndote eso en la cabeza! Pero a la larga no es nada bueno que reprimas tus talentos. Eres mucho más que eso. No mostrar nunca quién eres es realmente agotador. Ya sabes a lo que me refiero.

— Por supuesto que sé a lo que te refieres. Pero el hecho de que tú puedas convertirte en loba no significa que yo sea igual a ti. No hay nada especial en mí.

— ¿Ah, sí? No conozco a ningún otro humano que hubiera manejado mi infortunio con tanta, digamos, discreción como tú.

Ahora ella tuvo que reírse. En realidad, no se podía considerar un infortunio a la forma en que había descubierto el secreto de Loretta. Una noche, la había despertado un aullido desgarrador, que inicialmente había atribuido a la fuerte tormenta. Aun así, había mirado por la ventana. Al otro lado de la calle, cuando un relámpago había iluminado el cielo nocturno, había visto a un gran perro tumbado de lado, incapaz de ponerse en pie. Sin vacilar, había salido corriendo a ayudar al animal. Se había preguntado por qué el perro no la había mordido cuando,

evidentemente, estaba con mucho dolor y no la conocía. Había tardado un rato más en darse cuenta de que no era un perro grande, sino un lobo. Pero una vida era una vida y, mientras había pensado en llamar al rescate de animales, de pronto había encontrado a su vecina desnuda frente a ella. Sin pensarlo dos veces, la había ayudado a levantarse y la había llevado a su casa.

Ahora sabía lo mal que podía haberle ido a Loretta. Una rama caída le había destrozado la pierna. Se había desmayado brevemente debido al dolor y, por ello, se había transformado en su forma humana. Loretta había pensado que lograría llegar a casa en su forma de loba. Sin embargo, la imprudencia de correr hasta la puerta de su casa podría haberle dado muchos más problemas que una cojera durante unos días.

Eso fue hace casi un año. Desde entonces, ambas se hicieron muy amigas. Al principio, había pensado que Loretta huiría en cualquier momento. Pero, en lugar de eso, su amistad había crecido y a Danielle jamás se le ocurriría revelar su secreto. Nunca traicionaría la confianza que su amiga había depositado en ella. En el pasado, ella misma había experimentado lo contrario, una experiencia que, Dios sabía, no le deseaba a nadie.

— Sabes —ella bebió otro sorbo de su taza— no es que no me sienta capacitada para el trabajo. Pero el jefe, en cierto modo, me pone nerviosa. — Ahora que había sacado el tema, se dio cuenta de la verdad. — ¡La forma en que me miró, esos ojos negros! Dios mío, pensé que me devoraría. Me dio miedo, pero, por otro lado, también fue... excitante. — Ella se frotó las manos. — A veces tú también tienes esa mirada, pero en su caso es un millón de veces más intensa.

Los ojos de Loretta se abrieron de par en par. — ¿Cómo dices? Te doy miedo.

— No, por supuesto que no. Pero debajo de toda tu apariencia se esconde una naturaleza impetuosa y salvaje. Probablemente solo puedo notarlo porque sé que es así.

— Bueno, tal vez tu jefe también sea un cambiaforma. Aunque eso no me lo puedo imaginar. Nadie de mi especie se expondría tan abiertamente.

Su amiga se levantó de un salto y aplaudió. — ¡No importa! Sabía que el traje serviría de algo. Mañana iremos a la peluquería, te compraremos una blusa, unos zapatos elegantes y todo lo que necesites para ir bien vestida.

Ella infló las mejillas. — ¿No me escuchaste? ¡No quiero trabajar para Navar!

— Lo escuché, pero lo voy a ignorar. ¡Confía en mí, querida! Necesitas un poco de aire fresco en tu vida. Al menos inténtalo. ¡Por favor, por favor, por favor!

— ¡Está bien, solo un día! Lo haré por ti. ¡Y confía en *mí*! Después de eso, estoy segura de que acabaré hecha un desastre y me aconsejarás que renuncie de inmediato.



Capítulo 2

Navar

Un conejo, el burbujeante manantial, una ardilla regañándolo desde un árbol, el sonido de un oso dándose un festín de arándanos...

Navar avanzó sigilosamente por el bosque, disfrutando de su precioso tiempo libre. Su lobo estiró los miembros y corrió más rápido hasta que cada célula de su cuerpo recordó su naturaleza salvaje. Así es como debería ser siempre, para cada cambiaforma lobo. Pero aún no era el momento.

Un poco frustrado, enterró las patas en el suave suelo del bosque. A veces estaba tan cansado de luchar. Sin embargo, estas fases no duraban mucho tiempo. Después de todo, alguien tenía que guiar a la comunidad de lobos hacia un futuro mejor y él tenía los medios para hacerlo. En el pasado, simplemente había querido perseguir un objetivo personal, acumular una modesta fortuna y comprarse un pedazo de libertad. Pero sus objetivos habían crecido con el tiempo, al igual que su empresa. Hoy dirigía una empresa multimillonaria y podía lograr mucho más cosas que una simple y remota cabaña de madera.

Cuando llegó al límite del bosque, olfateó brevemente y comprobó el espacio abierto alrededor de su cabaña de fin de semana. No había moros en la costa. Se transformó rápidamente y subió los tres escalones de su casa en plena oscuridad. Una vez adentro, encendió una lámpara de aceite oxidada. Aquí no había electricidad ni agua corriente, solo estaba él, a solas con sus pensamientos.

Se tumbó sobre el chirriante camastro y se quedó mirando la enorme viga que sostenía el techo. Mañana tenía que regresar al mundo real. Encerraría al lobo que llevaba dentro y volvería a meterse en el papel del duro hombre de negocios. No podía engañarse a sí mismo. Realmente disfrutaba mucho hacer tratos lucrativos y aprovecharse de uno que otro humano en el proceso. Algunos se creían los mejores y a él le gustaba hacerlos quedar en ridículo. Esperaba con ansias el día en que se dieran cuenta de con quién habían estado tratando en realidad.

De la nada, le vino a la mente el pequeño incidente en la oficina de procesamiento de datos. Su asistente había estado al borde de sufrir un colapso nervioso. ¡Estos humanos! Sus cuerpos son tan débiles y sus mentes tan fáciles de quebrar. Sin embargo, recurren a una tremenda brutalidad cuando se sienten amenazados. Tenía claro que estaba haciendo un juicio muy general. No obstante, siempre permanecía en alerta y consideraba a la humanidad indigna para reclamar la Tierra en su totalidad.

Sin embargo, la Sra. Stratham probablemente no era una persona de carácter violento. Era madre de dos hijos y su esposo trabajaba duro como fontanero independiente para mantener a su familia. Por lo tanto, había asumido que ella estaría agradecida por el trabajo bien remunerado. Pero evidentemente no estaba a la altura de sus exigencias, o tal vez solo era por culpa de él. Al fin y al cabo, no le importaba mucho. Necesitaba a alguien competente a su lado y, por desgracia, tenía que recurrir a una humana.

Por esa razón, molesto, había elegido a la primera mujer que tenía delante. Pero mientras estaba aquí tumbado, sin distracciones y en soledad, tenía que admitir que su elección no había sido del todo un acto irreflexivo.

A primera vista, no había nada en esa tal Danielle Barns que sugiriera habilidades extraordinarias. Le había gustado el color de su cabello, porque le recordaba a la miel oscura del bosque. Ella solo lo había mirado directamente durante unos segundos. El color de sus ojos le pareció fascinante, raramente se veía un marrón así, casi como el caramelo. No había detectado ninguna sumisión en ellos, tal vez un rastro de miedo, pero también un fuego que parecía intentar sofocar con todas sus fuerzas. ¿Por qué? ¿Por qué quería ser percibida como un ratoncito poco llamativo? ¿Y por qué demonios le importaba a él la respuesta a esa pregunta?

Maldiciendo, se puso de lado. Realmente no necesitaba preocuparse por las cuestiones de una empleada. Probablemente Danielle no era más que otra llorona que tiraría la toalla después de unas semanas.

A la mañana siguiente, lo despertaron los insistentes bocinazos de su chófer. Se levantó de un salto y se preguntó cuándo había sido la última vez que se había quedado dormido. Debió haber sido hace por lo menos treinta años. Tenía que admitir que había tenido un sueño bastante indecente con la Srta. Barns. ¡Increíble! Mencionar a esta mujer y al erotismo al mismo tiempo rozaba la desesperación.

Se frotó la cabeza con ambas manos y se recordó a sí mismo que debía ser ecuánime. El hecho de que Danielle no le resultara atractiva no significaba que tuviera que insultarla. Después de todo, cada olla tenía su correspondiente tapa. ¡Pero aún así! ¿Por qué se había metido en sus sueños?

— Te falta compañía femenina — gruñó él con una sonrisa irónica. — Esa debe ser la razón.

Debería agasajar a Colette Wilkins cuando tuviera la oportunidad. La mujer solo buscaba placer, valoraba su viudez y era lo suficientemente rica como para esperar un anillo en su dedo. No podía estar tan seguro de las demás. Lo último que necesitaba era una mujer molesta y obstinada con ambiciones que lo espiara. Por eso el acuerdo con Colette era muy beneficioso para él. Era su compañera durante algunas horas y, en lo que a eso respecta, le era absolutamente leal.

— Todo bien ahí dentro. ¿Señor?

Su chófer llamó a la puerta, pero no la abrió. Jasper seguía todas sus órdenes, una cualidad que lo hacía indispensable.

— ¡Sí, estaré listo en un momento!

Oyó el resoplido aliviado de Jasper, lo que hizo que sonriera. Al conductor le encantaba su trabajo y seguramente estaría muy triste si su jefe de repente ya no lo necesitara.

Menos de diez minutos después, asintió a Jasper y subió al coche, cuya puerta el chófer mantenía abierta.

— ¿Se lo ha pasado bien, señor? — preguntó cortésmente después de arrancar el coche y conducir lentamente por el camino de grava hacia la ciudad.

— Como siempre, Jasper. ¿Y tú?

— Como siempre, señor. Nancy me ha mimado todo el fin de semana.

— Eres un canalla. La pobre chica debe estar haciéndose ilusiones.

Jasper se rio a carcajadas. — No, hay un consenso en cuanto a eso. Nuestra relación es temporal. Ella tiene grandes planes, está ahorrando para un viaje a la India. Allí quiere estudiar el arte de la curación, Ayurveda o como sea que se llame. Le llevará varios años. Bueno, y yo no quiero tener nada que ver con eso. En realidad, no hacemos una buena pareja, pero es suficiente para un par de horas ardientes. Es algo parecido a lo que hay entre usted y la Srta. Colette.

Navar miró por la ventana y sonrió. Jasper probablemente lo conocía mejor que la mayoría de las personas. Antes de contratarlo, había investigado al joven a fondo. El hecho de que Jasper tuviera una relación con una mujer en el pueblo cerca de su cabaña le había venido muy bien. Cuando viajaban a las montañas, el conductor siempre tenía mucha prisa por llegar hasta la casa de Nancy, luego lo dejaba solo todo el tiempo e incluso aprovechaba esa oportunidad como una especie de recompensa.

Además, con el paso de los años había quedado claro que Jasper era, en general, una decisión acertada. El chófer nunca divulgaba las costumbres de su jefe, era puntual, diligente y un excelente conductor. Cuando Jasper pensaba que alguien los seguía, tenía los trucos más increíbles bajo la manga para librarse de ellos. Hasta ahora, Navar nunca había estado en peligro, pero las habilidades de conducción de Jasper podían ser útiles en caso de alguna emergencia.

Recordó que también tenía que comprobar los antecedentes de su nueva asistente. No parecía ser una persona con muchos secretos. Pero, en su posición, no podía permitirse ningún error. Tenía que clasificar a cada humano que se le acercaba como un enemigo potencial.

Volvió a mirar hacia delante al tiempo que Jasper lo miraba por el espejo retrovisor.

— Así que Nancy no es tu futuro. ¿Hay alguien con quien quieras pasar tu vida?

— Sinceramente, no tengo idea. Tendría que ser alguien que realmente me impresione. Pero aún no la he encontrado. — Jasper le guiñó un ojo por el retrovisor. — ¿Y usted, jefe?

— Bueno, supongo que los dos seguiremos solteros por el resto de nuestras vidas.

El conductor pisó el acelerador a fondo cuando entró en la autopista.

— ¿Por qué tan pesimista, señor? ¿No cree en el amor verdadero?

Él se limitó a resoplar. Tal vez existía el amor verdadero, tal vez no. En cualquier caso, para él era una trivialidad con la que no quería cargar. Construir un refugio para los cambiaformas lobo era su máxima prioridad. Todo giraba en torno a eso. Además, de todos modos, no quería tener una compañera humana. Más adelante, cuando el reino de los lobos haya resurgido, podría buscar una loba adecuada.

— ¿Primero vamos a su apartamento, jefe?

— Por supuesto. Necesito ducharme y cambiarme.

Permanecieron en silencio durante todo el camino hasta la ciudad, lo cual fue otro punto a favor de Jasper. Sabía exactamente cuando su jefe no estaba de humor para conversar.

Durante el viaje, Navar repasó mentalmente sus tareas para la próxima semana, o al menos lo intentó. En cuanto a los asuntos puramente comerciales, no estaba al día en detalle. Para eso se contrataba a una asistente, pero él la había expulsado de su recibidor sin vacilar. Esa tal Danielle, desde luego, no estaría al día.

¡Maldición! Se había metido en un buen lío. Además, se dio cuenta de que, en algunos aspectos, no era tan bueno arreglándoselas solo como le gustaba pensar. Esto empeoró su estado de ánimo

aún más.

Tal vez debería tomarse el día libre. ¿Pero qué significaba esta desviación de una rutina que había durado varios años? Tal vez la Srta. Barns pensaría que estaba evitando reunirse con ella, que había tomado su decisión solo por despecho o, peor aún, que era un holgazán. Inmediatamente se puso aún más malhumorado por tener unas ideas tan infantiles. Dios, ¿qué le estaba pasando?

Jasper apenas había aparcado el auto en el lugar de estacionamiento reservado cuando abrió la puerta del auto de un tirón por su propia cuenta y se precipitó hacia la entrada.

Por supuesto, el edificio, como tantos otros de estilo clásico, le pertenecía. Él vivía en el enorme apartamento del último piso, rodeado por una terraza en los cuatro lados. No podía decir que le gustara especialmente su casa. Solo cumplía con las expectativas que se esperaban de un rico magnate inmobiliario.

Así que, si tenía que vivir en la gran ciudad, entonces debía ser lo más lujosamente posible. La principal ventaja de estos costosos apartamentos era que nadie podía entrar sin más. El portero de la entrada conocía a todos y cada uno de los residentes. Los extraños tenían que registrarse y solo se les permitía entrar tras haberle preguntado a la persona que querían visitar.

— ¡Buenos días, Sr. Ammwald! — le dijo inmediatamente el portero mientras se dirigía al ascensor. — ¿Tuvo un buen fin de semana?

Como no estaba de humor para conversaciones corteses, se limitó a emitir algunos gruñidos antes de subir al ascensor.

Se dio una larga ducha, que finalizó con un fuerte chorro de agua fría. Después de envolverse con una toalla alrededor de la cintura, se miró al espejo. Su cabello, que antes era de color negro azabache, ahora presentaba un ligero tono grisáceo. A sus cuarenta y tres años, no se sentía viejo en absoluto, pero tampoco le quedaba demasiado tiempo. El deseo de darles a los cambiaformas lobo un hogar propio determinaba toda su vida. ¿Cuándo fue la última vez que pensó solo en sí mismo?

— ¡No te rindas! Pronto lo habremos logrado.

Su reflejo en el espejo le mostró una expresión decidida en los labios. No podía hacer concesiones y no podía descuidarse estando tan cerca de la meta. Entonces, tomó el teléfono.

Solo sonó dos veces.

— ¡Navar! ¿Qué sucede?

— ¡Escucha, Scott! Necesito urgentemente información sobre una tal Danielle Barns. Hoy empieza a trabajar como mi nueva asistente y aún no he tenido la oportunidad de investigarla. ¿Puedes hacerlo? Quiero decir, ¿ahora mismo?

— Dame media hora. Veré qué puedo averiguar. Pero solo será una investigación muy superficial. Te volveré a llamar.

— Gracias.

Él terminó la llamada. Scott McTavish era uno de los pocos humanos en los que confiaba. Como detective de la policía local, apoyaba la causa con todas sus fuerzas, espiaba para él a los Cazadores de Plata, los enemigos declarados de los cambiaformas lobo, y le proporcionaba todo tipo de información útil. Nadie pensaría que este policía honrado llevaba una doble vida. Pero lo

hacía porque estaba comprometido con una loba que además tenía una exitosa carrera como ladrona. Gran parte de lo que Navar sabía sobre el reino perdido de los lobos se lo debía a las hábiles manos de Carly. Cualquier artefacto importante que no podía comprar, ella lo obtenía por otros medios.

Mientras esperaba la llamada de Scott, se vistió. En su armario solo había trajes negros hechos a medida, camisas blancas y corbatas discretas, para que no tuviera que pensarlo mucho. Su apartamento estaba amueblado de forma igualmente monótona, ya que solo le servía de alojamiento temporal. Nunca recibía visitas y normalmente comía fuera de casa. Nunca había conocido el significado de un verdadero hogar, así que no lo echaba de menos.

Para el toque final, se puso en la muñeca un reloj Breitling extraordinariamente caro y ya se veía como el dueño de una empresa exitosa. Sus socios se sorprenderían si supieran que en su tiempo libre vestía una piel de lobo en lugar de pantalones deportivos y camiseta.

Las comisuras de su boca se crisparon divertidas. Pero cuando sonó el teléfono, se esfumó el toque de humor.

— ¿Y bien? ¿Algo que necesite saber?

— Según mi valoración inicial, la Srta. Barns es inofensiva. Tiene veintiséis años, no tiene antecedentes penales, ni licencia de conducir, ni presencia en las redes sociales. Solo es miembro de un foro para los amantes de las plantas de interiores. Según un informe policial de hace ocho años, ella y sus padres se vieron involucrados en un grave accidente automovilístico. Sus padres murieron en el lugar del accidente. La Srta. Barns terminó en el hospital gravemente herida. Pasó varios meses allí y luego incluso más tiempo en un centro de rehabilitación. En aquel entonces, acababa de empezar sus estudios en una Business School de élite y sus profesores le habían confirmado que tenía un futuro prometedor. Al parecer, después del accidente su vida dio un giro por completo, pero no pude averiguar por qué. En general, no creo que represente ninguna amenaza. Si quieres, puedo seguir investigando, pero llevará tiempo.

— No, está bien. No quiero agobiarte demasiado. De todos modos, probablemente renunciará la próxima semana.

Scott se rio suavemente. — No deberías agobiar de esa manera a tu personal. Además... ¿quién sabe? Tal vez ella te sorprenda.

— ¡Oh, mejor ocúpate de tus propios asuntos!

McTavish se rio aún más fuerte y colgó. Él mismo hizo una mueca. ¡Claro, sorpresas! Justo lo que necesito.

Como ya era tarde, salió rápidamente del apartamento. Jasper, tan confiable como siempre, no se había movido ni un centímetro para que él pudiera dirigirse de inmediato a la oficina.

Podía parecer paradójico que, como magnate inmobiliario, hubiera alquilado la oficina de la competencia. Pero el rascacielos estaba situado en la zona céntrica y no veía ninguna razón para comprar terrenos en el centro de la ciudad para construir su propio edificio. Lo que él compraba, lo vendía con una ganancia considerable, que a su vez invertía en su proyecto personal.

En el décimo piso, estaba sentada detrás de su mostrador la elegante recepcionista que, al verlo, torció los labios en una sonrisa de «¿qué tal si nosotros dos?». Penny era bastante guapa y por eso estaba sentada en la recepción. Pero eso era todo. Asintió brevemente y vio cómo ella se dejó

caer en su silla, un poco decepcionada.

Con grandes zancadas, trotó por el pasillo que conducía a su oficina. Abrió la puerta casi sin hacer ruido, convencido de que encontraría a la Srta. Barns en su recibidor, estudiando desesperadamente su agenda. Probablemente llevaba un vestido de algodón floreado y sandalias Birkenstock.

Sin embargo, no estaba en absoluto preparado para la visión que se le presentó un segundo después. Sus ojos se quedaron clavados en un trasero definido metido en una falda estrecha que llegaba hasta las rodillas. Las delgadas pantorrillas terminaban en unos tacones altos de color negro. La mujer estaba inclinada sobre el escritorio, garabateando algo en un bloc de notas. Su cabello caía en suaves ondas por la espalda y estaba sujeto en la nuca con un pasador plateado. El color se parecía al de Danielle, pero era imposible que fuera ella.

— ¿Qué diablos está haciendo en mi oficina? — gritó él de repente.

La mujer se estremeció y volteó hacia él en un instante. — Usted dijo que empezara a las ocho en punto.

Sus mejillas adquirieron un suave color rosado, lo cual, le pareció bastante encantador sin pretenderlo.

Pero entonces ella miró fijamente su reloj. — Y ya son casi las nueve. Así que le sugiero que repasemos las reuniones de hoy.

¡Qué insolencia! ¿Esta mujer se atrevía a reprenderlo por llegar tarde?

Se quedó mirándola con la boca entreabierta mientras ella caminaba hacia la puerta de su despacho y la mantenía abierta, invitándolo a entrar.

— ¡Señor!

Completamente perplejo, pasó junto a ella. Su aroma le llegó a la nariz y provocó un refrescante crujido en algún lugar de su cabeza.

— Expreso doble en camino.

Él se quedó sin palabras. ¿Era realmente la Danielle Barns que le había parecido un poco insípida?



Capítulo 3

Danielle

¡Uf! Había superado la primera dificultad. Aun así, los latidos de su corazón casi hicieron saltar los botones de su blusa. Esta mañana estaba decidida a sencillamente soportarlo todo sin rechistar, simplemente sobrevivir el día, por así decirlo. Pero le había prometido a Loretta que haría un esfuerzo y que sería ella misma por lo menos un día. Eso era lo que Loretta le había planteado. A lo mejor le gustaría el ajetreo.

Danielle no estaba tan segura de eso. Pero le había dado su palabra y, por lo tanto, se había esforzado bastante. La blusa, los zapatos de tacón y la visita a la peluquería eran solo una parte de ello. Además, se había reunido con su antecesora, quien estaba encantada de dejarle el puesto. Había esperado que le diera algunos consejos útiles, pero aparte del expreso doble, no había podido sacarle nada útil a la Sra. Stratham. En lugar de eso, la mujer parecía como si hubiera escapado del fuego del infierno o como si hubiera sufrido un trauma que no quisiera recordar.

En su angustia, había llegado al trabajo a las seis en punto para rebuscar entre un caótico montón de papeles y tener al menos una idea aproximada de lo que le esperaba. Tal vez debería haber tomado unas gotas de valeriana. La sola visión de su jefe la ponía nerviosa, pero de un modo extrañamente estimulante.

Cuando la luz verde de la cafetera parpadeó, sacó la taza y guardó su flamante agenda bajo el brazo. Antes de llamar a la puerta de Navar, respiró profundamente. ¡Ánimo! Al mismo tiempo, una pizca de enojo surgió en su interior, por lo que ni siquiera esperó a que él le dijera que entrara. Este tipo no tenía modales. ¡Ni siquiera le había deseado buenos días! Ella tampoco necesitaba tener ninguna consideración.

Entró sin decir una sola palabra y balanceó la taza hasta su escritorio. Mientras tanto, aunque ella solo podía adivinarlo porque miraba fijamente el expreso para no derramar nada, Navar intentaba fulminarla con la mirada.

— ¡Aquí tiene!

Dejó la bebida sobre el escritorio, pero no recibió ningún agradecimiento, solo un resoplido malhumorado. Una vez más, se sintió desairada, pero inmediatamente decidió reprimir su disgusto. Era su primer día, por lo que le pareció más prudente mantener la boca cerrada. Pero, sin darse cuenta, arrugó la nariz. ¡Primer día! ¡Pah! De todos modos, no pensaba en volver a trabajar el segundo día, y entonces la ira se apoderó de ella.

— ¿No conoce la palabra gracias?

— ¿Perdón?

Navar levantó la mirada hacia ella, deteniéndose brevemente en su escote. Por supuesto, solo se lo había imaginado. Aun así, se puso roja. Como estaba tan avergonzada, su espíritu de contradicción se desvaneció.

— ¡Oh, nada! Que si podíamos repasar las reuniones de hoy...

— Por mí, está bien.

La respuesta irritada casi la hizo soltar una risita. Ahora él sonaba como un pequeño granuja al que habían castigado en la escuela.

— Bien, a las once vendrá el Sr. Halen, de la Supervisión Financiera, por los documentos relacionados a la compra de Beckmann & Partners. Le dejé aquí los expedientes. — Ella señaló la carpeta. — La sucursal de Singapur está esperando su decisión sobre la venta del centro comercial. Esta noche, alrededor de las ocho, tendrá lugar en el ayuntamiento un acto benéfico para la conservación del centro histórico de la ciudad. Usted había dicho que asistiría.

Navar la miró como si estuviera hablando en húngaro. Ella sintió un calor terrible y, aunque lo deseaba desesperadamente, no podía apartar la mirada de él. Inconscientemente, ella se relamió los labios. Sus ojos siguieron la punta de su lengua. De repente se le hizo un nudo en la garganta, pero entonces el extraño momento ya había pasado.

— ¿Algo más?

Navar tomó un bolígrafo, garabateó en un papel y no le prestó más atención.

Ella frunció el ceño. — ¡Claro que sí! Está previsto un almuerzo tardío con el representante del consulado canadiense a las catorce horas. Y por lo que pude ver, no se ha reservado ninguna mesa. ¿Qué restaurante prefiere? ¿O tal vez él vendrá aquí y simplemente pediré algo en el restaurante chino?

Él no la miró y en lugar de eso gruñó.

— ¡Es usted una impertinente!

— ¡Quizá, pero usted tampoco es precisamente un modelo de buen comportamiento!

¿Ella lo había dicho en voz alta? ¡Maldición! Evidentemente, su jefe había despertado en ella a la antigua Danielle, la que había enterrado hace ocho años, la Danielle que siempre creía que lo sabía todo, la bocazas. Pero su antiguo yo había pagado muy caro por toda esa arrogancia. Resucitar esa personalidad no era una buena idea.

— ¡Lo siento mucho, señor! Voy a...

Ella señaló la puerta del despacho y se marchó.

Su estómago rugió ruidosamente cuando Navar la llamó. — ¡Srta. Barns!

— ¿Sí?

— El «Versalles». ¡Haga una reserva allí!

— Sí, señor.

Ahora que ya estaba liberada, se dirigió a su propia oficina, cerró la puerta y reprimió un grito. Todos estos años después del horrible accidente, se las había arreglado perfectamente bien, todo era tranquilo, agradable y estaba en armonía consigo misma. Ahora aparecía este tal Navar y alteraba su paz. Pero si era tan fácil alterarla, tenía que preguntarse seriamente de qué había servido. ¿Loretta tenía razón? ¿Estaba simplemente ocultando su verdadero yo y no había cambiado nada?

Le habría gustado tirar sus zapatos de tacón y salir corriendo hacia su casa. Desgraciadamente, seguía atada a su promesa. Aún le quedaban ocho horas. No podía ser tan difícil.

Decidida, se sentó en su escritorio, tomó el teléfono y marcó el número del restaurante francés «Versalles». Por supuesto, ella nunca había comido allí, pero el lugar era famoso por su exquisita cocina y sus precios astronómicos. Sin embargo, sería difícil reservar una mesa con tan poca antelación. Después de que un hombre francés con acento nasal le atendiera, hizo su petición.

— Sí, me gustaría reservar una mesa para hoy a las catorce horas.

— Eso es imposible, señorita. Ya está todo reservado.

— No, no lo está. Sé que los restaurantes caros siempre dejan una o dos mesas libres para invitados especiales. Llamo de parte del Sr. Navar Ammwald, que tiene una cita con el cónsul canadiense.

— Ya se lo he dicho, es imposible. No tendríamos nada libre ni siquiera para el presidente.

Sonrió con simpatía. Alguien se lo estaba poniendo bastante difícil. Bueno, ella también sabía hacer eso.

— ¿Ah, de verdad? Bueno, Novum Regnum posee un edificio adyacente a su restaurante. ¿Qué le parecería si empezáramos unas amplias obras de renovación? El estruendo de los martillos neumáticos, el polvo arremolinándose y los obreros gritando durante semanas y semanas sería sin duda muy favorable para su negocio.

Ella pudo ver literalmente cómo el hombre al otro lado de la línea se encogía ante esta idea.

— ¿Había dicho a las catorce horas? Ah, acabo de ver que alguien ha cancelado.

— ¡Maravilloso! Tomaremos esa mesa.

Apenas había colgado cuando la recepcionista llamó para anunciar la llegada del Sr. Halen, de la Supervisión Financiera.

— ¡Gracias, Penny! Ahora voy.

Se dirigió rápidamente a la recepción y mostró su sonrisa más amable. Estos tipos de las finanzas podían causar muchos problemas si no se sentían lo suficientemente apreciados.

— ¡Sr. Halen! El Sr. Ammwald lo está esperando. Lo llevaré con él. — Ella examinó brevemente al funcionario.

Le pareció un poco enfermizo.

— ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Una taza de té, tal vez?

— Muy amable, señorita. Un té de manzanilla, si es posible.

— Con mucho gusto.

Ella llevó al caballero al despacho de Navar, llamó a la puerta y entró directamente.

— El Sr. Halen ya está aquí. Y lo del «Versalles» está resuelto.

La respuesta de Navar la confundió un poco, ya que gruñó.

— Lo sé.

¿Qué sabía él? ¿Que el Sr. Halen había llegado o que la mesa estaba reservada? ¿Cómo podía saberlo? ¿Tenía visión de rayos X o un oído de superhéroe? Loretta había dicho que él también podría ser un lobo. Sí, claro, y tal vez la luna estaba hecha de queso.

Después de servirle el té al Sr. Halen, hizo algunas llamadas telefónicas, concertó algunas citas y

luego dirigió su atención al montón de papeleo sin terminar que había dejado la Sra. Stratham. En su mayoría se trataba de documentos que debían firmarse o remitirse.

Le llamó la atención un gran rollo de cartón marrón sin inscripción. Sacó el papel enrollado y lo extendió sobre su escritorio. El mapa mostraba un territorio enorme, no, mejor dicho, inmenso, cuyas fronteras estaban marcadas en rojo. Algunas zonas vecinas estaban sombreadas. En su opinión, habría que añadirlas como extensiones. Ciertamente, no eran propiedad de la empresa.

Por supuesto, ella no conocía todas las propiedades de Novum Regnum, pero esta zona remota difícilmente sería adecuada para sus negocios habituales. Por lo tanto, lo más probable es que se tratara de la propiedad privada de Navar. ¿Qué quería hacer con eso? ¿Fundar su propio Estado? ¿Tal vez el nombre de la empresa, Novum Regnum, era el programa?

Sonrió antes de enrollar el mapa y guardarlo nuevamente en su funda. Se podía pensar todo tipo de cosas sobre Navar, pero jamás habría imaginado que sería un excéntrico. Sin embargo, ¿qué hacía un tipo como él con cientos de hectáreas en tierra de nadie? Esas regiones estaban reservadas para los ciervos, los osos y... los lobos.

Sus pensamientos realmente estaban tomando una dirección extraña. Cavilando, se mordió el labio inferior. Pero ¿por qué sería imposible que su jefe fuera un cambiaforma lobo? Al fin y al cabo, Loretta tampoco llevaba su peculiaridad escrita en la cara. Por intuición, decidió prestar atención a los pequeños detalles. Tal vez notaría algo que confirmara sus sospechas y entonces... sí, ¿qué? ¿Le contaría a todo el mundo su descubrimiento o lo chantajearía para que le pagara aún más dinero?

¡Qué tontería! No se plantearía eso en ninguna circunstancia, porque ya había oído suficiente de Loretta. No necesitaba ser un genio para darse cuenta de que ese don convertía a los cambiaformas lobo en un blanco. O alguien querría aprovecharse de ellos o exterminarlos. Por supuesto, estaba igual de convencida de que la mayoría de los humanos no querían enfrentamientos, pero a menudo unas pocas voces exigentes eran suficientes para que miles y miles de personas los siguieran en alguna campaña supuestamente necesaria.

Frunciendo el ceño, volvió a centrarse en su trabajo. Al fin y al cabo, nada de esto era asunto suyo, no tenía por qué meterse en la vida privada de Navar. Si fuese por ella, él podía llevar calcetines o calzoncillos con figuras de Pokémon.

Una risita subió por su garganta mientras lo imaginaba. Por las noches, despojándose de su costoso traje y sentándose frente a su ordenador con sus calzoncillos estampados. Accediendo a alguna tienda especial en línea donde comprar una de esas figuras de videojuegos por una cantidad absurda de dinero. Que luego ocuparía su lugar en la vitrina de cristal especialmente hecha para sus objetos de colección.

¡No, eso era demasiado absurdo! Aun así, siguió con su imaginación. En algún momento tendría que quitarse la ropa por completo. Y esa imagen le gustaría mucho más, porque había que reconocer que Navar era muy atractivo. Con sus trajes, se parecía un poco a Cary Grant, el caballero perfectamente vestido de los años cincuenta, aunque mucho más musculoso. Esto, a su vez, no encajaba en absoluto con la idea general que se tenía de un hombre de negocios. Tenían que ser delgados y, ciertamente, nadie esperaba unos hombros tan anchos que apenas pudieran caber por una puerta normal.

Danielle se sorprendió a sí misma apoyando la barbilla en una mano y sonriendo pensativamente.

Respiró con fuerza para ahuyentar al mismo tiempo esas fantasías. Por muy tentador que fuera el aspecto de Navar, no ocultaba el hecho de que fuera un cretino y un grosero.

Tuvo la confirmación inmediata de ello. Acompañado por el funcionario financiero, salió de su despacho y arrojó el expediente sobre su escritorio.

— ¡Guarde eso! Estaré fuera un par de horas.

— De acuerdo. ¿En cuánto tiempo puedo esperar su regreso? Todavía quedan algunas cosas por aclarar.

Ella señaló el papeleo, pero Navar volvió a mirarla malhumoradamente, como si ella solo estuviera señalando el trabajo para fastidiarlo.

— Estaré aquí cuando vuelva.

Su resolución de simplemente pasar el día de alguna manera estaba completamente perdida. Después de todo, ella no estaba sentada aquí por gusto o para que él tuviera a alguien a quien hablarle de forma mordaz.

— ¡Oh, qué preciso! Me pintaré las uñas mientras tanto.

Tal vez solo se lo estaba imaginando, pero una sonrisa divertida pareció levantar las comisuras de su boca.

— A las diecisiete horas, Srta. Barns. Espero que siga aquí a esa hora.

— Claro. ¿Dónde más estaría?

Navar ya se había dado la vuelta y estaba a punto de salir. Ella no pudo evitar la reacción infantil y le sacó la lengua.

— Espero que siga aquí a esa hora — lo imitó antes de soltar una risita cínica.

Él tal vez pensó que podría hacerla llorar. ¡Pero no la conocía muy bien! Ella ya había superado cosas peores.

Justo en ese momento sonó su teléfono móvil.

Ella lo sacó del bolsillo.

— ¡Hola, soy yo! ¿Puedes tomarte un descanso? Te espero en el bistró de la esquina.

— ¡Loretta! Sí, enseguida voy.

Una distracción era justo lo que necesitaba. De todos modos, tenía hambre, ya que no le había apetecido desayunar esta mañana. Tal vez por eso estaba tan agresiva. Era bien sabido que el hambre hacía que la gente se pusiera de mal humor y Navar difícilmente podía prohibirle que se tomara un descanso para almorzar.

Avisó a la recepcionista que volvería dentro de una hora antes de bajar rápidamente por el ascensor. En esos treinta segundos se dio cuenta de que realmente quería este trabajo. Pero no tenía una buena razón. ¿Era el reto, los generosos ingresos lo que la atraía o tal vez el propio Navar? No podía negar que se sentía paradójicamente atraída por él. Sin embargo, eso pertenecía más bien al lado negativo, porque ella solo podía perder.

Loretta la saludó cuando entró al bistró.

— ¿Y bien? — preguntó su amiga sin rodeos. — ¿Cómo han sido las primeras horas?

— Tal y como sospechaba. Ammwald es un completo desastre como jefe, antipático, arrogante y

poco colaborador. El trabajo en sí no es precisamente agotador.

— Bueno, supongo que en su posición tiene que ser así. Ya se acostumbrarán el uno al otro.

Danielle pidió, un jugo grande y un plato de ensalada con pechuga de pollo a la parrilla, a la camarera que pasaba a toda prisa junto a ellas antes de replicar.

— Bueno, puede que tengas razón. Solo hay un problema. No sé cuánto tiempo aguantarán mis nervios. En realidad, no soy de las que suelen enfrentarse a alguien. Aun así, hoy me ha llevado a contestarle con bastante descaro unas cuantas veces.

Loretta hurgó en su pasta con salsa de cangrejo.

— Estás diciendo tonterías, querida. Alguien que es tímido no contesta, por muy arrogante que se ponga la otra persona. En el mejor de los casos, la gente así se echa a llorar. — Ella señaló con el tenedor en su dirección. — A mí no me engañas. Todo ese asunto de «yo amo a mis plantas, ropa de hippie y pasar desapercibida» esa no eres tú. El caparazón en el que te escondes acabará ahogándote algún día. ¡Así que habla! ¿De qué tienes miedo realmente?

La camarera le trajo su pedido. En ese breve instante, escrutó la expresión abierta de Loretta. Ella debería contarle su historia. Se lo merecía, porque su secreto era mucho más grande y, aun así, había confiado en ella.

— Yo solía ser completamente diferente, nunca mantenía la boca cerrada. Si quería algo, insistía en ello. Realmente creía que el mundo entero estaba a mis pies... que tenía que estarlo. Desgraciadamente, tuve que aprender que el mundo te castiga por semejante arrogancia.

— Hm. ¿Y entonces? No te entiendo muy bien.

— Bueno, un día mis padres quisieron llevarme a una fiesta. Mi padre se había comprado un auto nuevo y le rogué hasta que me dejó conducir. Pensé que mis amigos se sorprenderían cuando llegara en un auto nuevo y lujoso. Pero no llegamos muy lejos. Un camión salió repentinamente de una calle lateral y nos embistió. Mis padres murieron y yo acabé en el hospital con varias vértebras fracturadas.

Loretta la miró con los ojos abiertos de par en par y bajó el tenedor.

— ¡Mierda! Y ahora te echas la culpa, ¿cierto?

— Fue un accidente, lo sé. Pero eso no es todo. Me sometieron a varias cirugías y, en algún momento, los médicos me dijeron que era muy improbable que pudiera volver a caminar bien. Que había tenido mucha suerte de no quedarme completamente paralizada. En aquel entonces, no me pareció nada malo, después de todo tenía muchos amigos que me ayudarían. Pero ¿qué puedo decirte? Nadie apareció, solo mi prometido se presentó en el centro de rehabilitación en algún momento. Y rompió conmigo sin vacilar porque no podía pasar su vida con una discapacitada.

Su amiga sacudió la cabeza. — Simplemente tenías los amigos equivocados. Sigo sin entender qué tiene que ver eso con tu comportamiento actual.

— No, no lo entiendes. Yo era descarada, vanidosa e impulsiva. Realmente me lo merecía. Por eso cambié mi vida después de la rehabilitación. ¡Si ahora vuelvo a caer en mis viejos hábitos, seguramente pasará algo terrible!

Loretta se inclinó sobre la mesa y tomó su mano. — ¡Esas son tonterías! No puedes creer en serio que las cosas malas solo le suceden a la gente con un carácter determinado. Además, hay una gran diferencia entre ser impulsivo y ocurrente, entre ser vanidoso y elegante, entre ser

presumido y competente. Tal vez no fuiste una buena persona en el pasado y la lección fue bastante dura. Pero eso fue todo, una lección, ni más ni menos. Ahora solo tienes que hacerlo mejor y no podrás hacerlo si reniegas por completo de tu verdadero yo y si te conviertes en una ermitaña. Eso sería como si yo decidiera dejar de ser una loba. Y tú eres una luchadora, porque obviamente has aprendido a caminar de nuevo.

— No lo sé — moqueó Danielle. — Ese Navar, me está volviendo loca.

— ¿Quién sabe? — Loretta se rio de buena gana. — A lo mejor él siente lo mismo por ti. Entonces sería la combinación ideal.



Capítulo 4

Navar

Jasper había llegado con el auto para llevarlo a la reunión con el representante del gobierno canadiense.

— ¿Cómo sabías de la reunión?

— La Srta. Barns me avisó.

— Claro — él volvió a gruñir irritado. — ¿Por qué pregunto siquiera?

Nunca había estado tan contento de poder salir de su despacho. Esta maldita Danielle lo estaba volviendo loco de tal manera que ni siquiera podía enfurecerse.

Para ser su primer día, era inesperadamente hábil, cosa que no podía reprocharle. Estaba molesto porque ella era más atractiva de lo que parecía. Conocía a muchas mujeres hermosas. Pero con ellas nunca había tenido que reprimir el impulso de arrancarles la ropa. También le gustaba cómo olía. Su aroma lo refrescaba, era como una mezcla de lima y manzana verde.

Preferiría que se encogiera ante él como la Sra. Stratham. No podía soportar ese tipo de comportamiento, por lo que el resto no importaba. Pero tampoco podía despedirla. Quedaría como un estúpido. Después de todo, él mismo la había elegido. Además, ella no había hecho nada malo, a excepción de decirle lo que pensaba. Sería muy mezquino utilizar eso en su contra.

Ahora también tenía que lidiar con el franco-canadiense. Éste sin duda querrá saber por qué estaba comprando tantas tierras. Ciertamente podía entenderlo. Sin embargo, probablemente no se trataba del tamaño, sino más bien de la cuestión de si quería sacar provecho de la propiedad.

Tal vez algunos pensarían que había encontrado allí valiosos recursos minerales y que estaba engañando al Gobierno. Pero ese no era el caso. Antes de comprar el terreno, había encargado a unos geólogos independientes que lo examinaran en busca de posibles yacimientos minerales y petrolíferos, precisamente para evitar ese tipo de conflictos. Al menos podía estar tranquilo, porque los análisis no habían revelado absolutamente nada.

Cuando Jasper lo dejó frente al «Versalles», se preguntó cuánto tiempo más tendría que montar este espectáculo. Este fino comportamiento realmente lo ponía de los nervios y, además, odiaba los restaurantes exageradamente caros. Los platos, sin duda, eran exquisitos, pero no le producían ningún placer. Por desgracia, nadie lo invitaba a una buena barbacoa.

Le dijo su nombre a la encargada de la recepción. Ella lo llevó cortésmente a la parte trasera del restaurante. Mientras tanto, ella parpadeó nerviosamente antes de animarse a hablarle en voz baja.

— ¿Sr. Ammwald? No estará pensando en renovar el edificio vecino, ¿verdad? Su asistente mencionó algo así cuando reservó la mesa.

Él no respondió de inmediato. Lo de sugerir el «Versalles» no carecía por completo de segundas intenciones. En realidad, nadie conseguía reservar una mesa aquí, sobre todo con tan poca antelación. Por lo tanto, Danielle habría fracasado y entonces él habría tenido un motivo para

despedirla, aunque uno bastante endeble. Pero él había oído sus esfuerzos. Esta diablilla había recurrido a unos trucos astutos, pero había conseguido lo imposible. Apreciaba mucho esa astucia, porque era su pan de cada día.

Solo para divertirse y porque no quería desenmascarar a Danielle, él se encogió de hombros de forma aburrida.

— Aún no tengo una fecha concreta.

La respiración agitada de la encargada de la recepción le indicó que su asistente no encontraría más dificultades con una reserva en los próximos meses.

— Su mesa, señor.

Él asintió brevemente y mostró su sonrisa más jovial. El canadiense se levantó y le estrechó la mano.

— ¡Sr. Ammwald! Le agradezco su tiempo.

— No tiene por qué mencionarlo, Sr. Arnaud.

Tomaron asiento juntos. Navar estudió discretamente a su interlocutor. Sus sentidos no detectaron nada en su lenguaje corporal ni en su olor que pudiera enfadarlo, al menos de momento. Al igual que él, estos funcionarios del gobierno eran expertos en ocultar sus verdaderas intenciones.

— Los dos somos hombres ocupados — empezó diciendo Arnaud y fue directo al grano. — Por eso no quiero perder el tiempo en conversaciones triviales. Algunos de mis compatriotas están un poco preocupados por las vastas extensiones de tierra que usted ha adquirido. ¿Hay alguna razón en particular para ello?

— Claro que la hay — respondió con una sonrisa. — Ese será mi lugar de retiro.

— ¿Del tamaño de Suiza?

— Bueno, vendrán conmigo unos cuantos parientes lejanos.

Arnaud se reclinó y frunció los labios. — ¡Sr. Ammwald! Esperaba una respuesta honesta, no una broma.

Navar bebió un sorbo de agua antes de poner una cara seria. — ¡No estoy bromeando! Esas tierras son mías y para los míos.

No, no estaba bromeando, estaba diciendo la pura verdad. Por supuesto, no entraría en detalles.

— ¡Escuche, Sr. Arnaud! Respeto sus inquietudes, pero cada una de mis compras han sido completamente legales. He cumplido todas las normas, pago mis impuestos a tiempo y no he realizado ningún cambio en el terreno que fuera ilegal. Permítame recordarle también que he realizado inversiones considerables en su hermoso país. Por lo que sé, su gobierno ha sido menos, digamos, restrictivo conmigo.

— Soy consciente de ello. — Arnaud empezó a sudar ligeramente. — Sin embargo, tenemos que mantener estrictamente separados los intereses privados de los comerciales. Por supuesto, yo podría ayudarlo si quiere expandirse aún más. Como ciudadano y cónsul canadiense, tengo a mi disposición ciertos recursos que pueden no estar disponibles para usted.

Navar reprimió un gruñido divertido. ¡Este diablillo codicioso! Ni siquiera estaba hablando con él de manera oficial, sino que simplemente quería interponerse, cobrar una comisión por la

mediación o sacar una tajada del precio de compra. Había comprado algunos terrenos que anteriormente pertenecían al Estado. Ya tenía el ojo puesto en otros. Sin embargo, se abstuvo deliberadamente de utilizar medios poco claros o negocios turbios, aunque ello pudiera acelerar las cosas. A nadie se le debería ocurrir husmear en sus asuntos. Por eso se atenía estrictamente a las reglas.

— Estoy un poco decepcionado por la actitud de sus superiores. Realmente creí que podría tener una relación basada en el respeto mutuo con su gobierno. — Aunque al principio había mantenido un tono de voz neutro, ahora agarró retóricamente a Arnaud por el cuello. — Casi me siento obligado a retirar mi capital. Tal vez los rusos sean menos exigentes.

Casi se echó a reír porque los ojos de Arnaud se abrieron de par en par, sorprendido. Probablemente no se esperaba esta amenaza. Al viejo codicioso no le iría nada bien si lo hiciera realidad y alegara que se había visto obligado a hacerlo a causa de un cónsul insignificante. Arnaud perdería su cargo en un abrir y cerrar de ojos y eso acabaría con su carrera.

— ¡Oh, no, no, no! — El cónsul agitó nerviosamente las manos. — Me ha malinterpretado por completo. Todo lo que quería decir era...

Navar se inclinó hacia delante y levantó una ceja. — Sé lo que quería decir, Sr. Arnaud. ¡Dejemos las cosas así! Sin embargo, para el futuro, le aconsejo que piense más detenidamente en las consecuencias antes de hacer cualquier sugerencia.

El canadiense se recostó en su silla, visiblemente aliviado. No era un completo idiota. Sin duda, el cónsul era consciente de que ahora le debía un favor. Si alguna vez se lo pediría; era otra cuestión. Pero siempre era bueno tener un as bajo la manga.

Cuando el camarero trajo la comida, el cónsul pareció haber perdido el apetito. Navar incluso podía escuchar los latidos de su corazón al otro lado de la mesa. Él, en cambio, de repente tenía un hambre voraz. Nadie quería meterse con él ni cuestionaba sus motivos. Eso también era un éxito y había que celebrarlo.

— ¡Comamos, Sr. Arnaud! Yo pago la cuenta.

Mientras saboreaba el pescado en salsa de vino blanco, pensó en sus siguientes pasos. Todavía le faltaba una pieza importante del rompecabezas para la creación del nuevo reino de los lobos, o sea, y esto sonaba irónico, faltaba un rey o una reina. Todas sus investigaciones no habían dado ningún resultado. Sabía con certeza que al menos uno de los miembros de la familia real había sobrevivido a la primera campaña de exterminio de los Cazadores de Plata. La evidencia estaba en la caja fuerte de su casa. Sin embargo, no sabía si había transmitido su legado o si aún quedaba algún cambiaforma con derecho al trono. De ser necesario, los lobos tendrían que nombrar un nuevo líder, pero sería increíblemente importante para su orgullo roto que pudieran volver a jurar lealtad a un verdadero monarca.

Tras la comida, Arnaud quiso marcharse rápidamente. Sin embargo, Navar pensó que el cónsul merecía un poco más de tortura. Por eso pidió un postre y luego un café. Se divirtió mucho viendo cómo el canadiense literalmente se tragaba las exquisiteces. Pero al final, sintió pena por él.

— Ha sido un placer, Sr. Cónsul. Si tiene más preguntas, no dude en...

— ¡No! De verdad, creo que todo ha quedado aclarado satisfactoriamente.

Entonces Arnaud salió a toda prisa como si alguien lo estuviera pinchando con agujas al rojo vivo. ¡Pobre hombre! Uno debía conocer a su adversario antes de jugar una partida arriesgada. Evidentemente, el cónsul aún no había aprendido la regla más importante en el juego por el dinero, el poder y la política, o la había ignorado por vanidad. Tal vez había asumido que podría asustarlo con todo el sistema del Estado respaldándolo. Sin embargo, Arnaud se había equivocado por completo, porque solo había una cosa a lo que le temía; no lograr su objetivo.

Para hacerlo realidad, necesitaba dinero, mucho dinero. A su vez, necesitaba mantener su negocio en marcha. Y para ello, era inevitable llegar a un acuerdo con su nueva asistente por el momento.

No sería fácil, pensó. Él no tenía amigos ni familiares, solo empleados y, afortunadamente, algunos confidentes cercanos. Estos últimos apoyaban sus planes. Por eso, las posibles diferencias personales no importaban. En el fondo, hace años que no se llevaba bien con nadie.

Ahí probablemente estaba el quid de la cuestión. No tenía que tolerar a Danielle, quería hacerlo. Incluso *tolerar* no era la palabra correcta. Quería que ella disfrutara trabajando para él y estando con él. Este deseo lo asustaba porque, en primer lugar, ella era humana y, en segundo lugar, generalmente consideraba que esos sentimientos eran contraproducentes. Se tranquilizó con la certeza de que una cara bonita no bastaba para afectar permanentemente sus principios. Probablemente, pronto le aburriría.

Con esta convicción en mente, abrió de un tirón la puerta de su oficina. Un escalofrío lo recorrió cuando Danielle se levantó y lo saludó con una sonrisa radiante. Ella se había quitado la chaqueta y la había colgado sobre la silla. Esto hizo que su figura resaltara aún más. Su cintura era realmente delgada. Esta mañana había pensado que la chaqueta del traje tal vez solo tenía un corte favorecedor. ¡Maldición! ¿Por qué se fijaba en eso?

— ¿Algún asunto urgente? — gruñó él nuevamente con desdén.

— Bueno, han vuelto a llamar desde Singapur. Les dije que usted se pondría en contacto lo antes posible. También necesito algunas firmas más.

— Si es necesario.

Él ya no se entendía a sí mismo. Por supuesto que era necesario. Pero estaba tan ansioso por evitar a Danielle que le gustaría faltar al trabajo. Todas las alarmas sonaban en su interior al mismo tiempo. Si ella se acercaba a menos de un metro suyo, la arrojaría sobre su escritorio para cogerla desenfundadamente. Su hombría empezó a crisparse solo de pensarlo.

Él apretó los puños y gruñó suavemente mientras se dirigía a su despacho. ¡El estrés! Esa tenía que ser la causa de su estado mental irracional. Estaba a punto de cerrar la puerta de un portazo cuando ella apareció a su lado. Armada con una carpeta de firmas, parecía completamente inocente, lo cual era cierto. ¡Él era el lunático desquiciado aquí!

Él se deslizó rápidamente detrás de su rústico escritorio. Se sentía más protegido gracias a esta barrera, o tal vez la distancia la protegía de él. El lobo que había en su interior se hizo notar de forma bastante clara, lo cual también le sorprendió. Normalmente, las dos partes de su alma siempre estaban de acuerdo en que su mitad animal nunca debía aflorar de forma incontrolada, ni siquiera un poco. Había que combatir esta montaña rusa interior.

Una suave tos le recordó que debía centrarse en lo importante. Cruzó las manos y levantó la mirada.

El ceño de Danielle estaba ligeramente fruncido. — ¿Se encuentra bien, señor? Parece un poco agotado.

Le hubiera gustado aullar. No, no se encontraba nada bien. El hecho de que ella lo mirara con tanta condescendencia no hizo más que empeorar las cosas.

Él tragó saliva. — Todo está bien. ¿Podemos empezar?

— Claro.

Ella le entregó la primera hoja con una explicación precisa del contenido. Gracias a sus preparativos, terminó rápidamente gran parte del papeleo administrativo e incluso lo disfrutó. Enseguida se dio cuenta de una cosa. Había puesto una auténtica perla en su recibidor y eso significaba que debía abstenerse de aventuras emocionales. Danielle era una persona agradable y cualificada para su trabajo. Él no necesitaba nada más.

— Tenga, ésta es la renovación del contrato de alquiler de las oficinas. Lo he leído y comparado con el anterior. El precio ha aumentado un poco, pero no tanto como para que valga la pena mudarse. Los costes que conlleva superan...

— Sí, gracias. Ya lo entendí.

Él no pudo evitar sonreír mientras firmaba rápidamente el contrato.

— ¿Algo más?

— No, eso es todo por hoy, excepto lo de Singapur. Debería llamar. El representante local tiene una oferta que supera con creces sus expectativas. Pero solo es válida hasta mañana.

— Bien, lo haré de inmediato. ¡Comuníqueme con el Sr. Chen!

Ella asintió y se marchó. Al llegar a la puerta, volteó de nuevo.

— Si tiene cinco minutos más, me gustaría mostrarle algo.

Él levantó una ceja y sonrió irónicamente.

— ¿Y qué sería? ¿El esmalte de uñas que se puso mientras no estaba?

Danielle cerró un ojo burlonamente y soltó una risita.

— Me temo que no, señor. Se me olvidó el frasco en la casa.

Entonces se fue y de repente él tuvo que reír como no lo había hecho en mucho tiempo. Un poco de humor nunca hacía daño y Danielle evidentemente lo tenía. Ella no se había tomado su pequeña insinuación como un insulto, sino que simplemente lo había contraatacado inofensivamente. Así que su lengua no solo era afilada, sino que también lo hacía reír. Esa cualidad tampoco debería gustarle, pero al parecer las ventajas de Danielle se estaban acumulando de tal manera que ya no podía reprimirlas fácilmente.

Sonó el teléfono y contestó con un suspiro.

— El Sr. Chen está al teléfono ahora.

La conversación solo duró cinco minutos. Si Chen conseguía cerrar el trato con éxito, él volvería a ser un poco más rico.

De repente, le picó la curiosidad por saber qué quería mostrarle Danielle. Seguramente no era nada emocionante, algún objeto para la oficina, una impresora nueva o algo parecido que ella quería con urgencia. Él podría preguntar, pero no quería mostrarse muy interesado. Así que

esperó más o menos pacientemente hasta que ella llamó a la puerta y entró.

Ella llevaba un rollo de cartón en la mano.

— Esto estaba sobre el escritorio. Supongo que el mapa muestra su propiedad privada. En todo caso, estaba libre y eché un vistazo más exhaustivo a la propiedad.

Ella sacó el mapa y lo extendió frente a él. Luego rodeó el escritorio y se detuvo justo a su lado.

— Aquí, ¿lo ve? — Danielle señaló un terreno relativamente pequeño al que no le había dado mucha importancia, ya que no lindaba con sus tierras. — He investigado un poco. Y este terreno pertenece a uno de esos prepper. Ya sabe, gente que se prepara para el fin del mundo. En cualquier caso, está con el agua al cuello.

— ¿Y eso por qué? ¿Compró demasiada comida enlatada?

Ella se rio divertida. — No, simplemente se precipitó. Después de la compra, se quedó prácticamente sin un centavo y pronto se dio por vencido. Pero esa no es la cuestión. Lo importante aquí es por qué eligió esa propiedad. — Ella volvió a tocar el mapa. — Por un sistema de cuevas naturales.

— ¡Ajá! — Ella estaba tan cerca que él solo tenía que extender la mano para tocarla.

Él hizo como que estaba aburrido. — ¿Y eso qué tiene que ver con mi propiedad?

— En principio, nada. Pero si creemos lo que dice el dueño, algunos pasadizos conducen hasta este punto. — Ella señaló el lugar. — Y así cualquiera que lo sepa podría entrar en sus tierras sin ser detectado. En mi opinión, eso no le conviene.

Él miró a Danielle de reojo mientras ella trazaba las supuestas entradas con el dedo. ¿Qué debería preocuparlo más? ¿Que alguien pudiera entrar en su reino sin autorización o que lo hicieran sin querer? ¿O cómo ella se había dado cuenta solo con un mapa que él querría descartar esa posibilidad?

— ¿Qué le hace pensar que algún excursionista me molestaría?

— ¡Oh, vamos! Rocas escarpadas en los alrededores, luego un río con rápidos, ni un solo camino de acceso, eso es bastante claro.

Sus ojos brillaban con picardía y sus labios estaban ligeramente abiertos. Sin embargo, ella no tenía ni idea de lo que sucedía en el fondo, él podía sentirlo. Aun así, lo invadió el deseo de revelarse ante ella.

Inconscientemente, él sacudió la cabeza.

— ¡Vaya! ¿Y cómo, si se puede saber, se enteró de todo esto?

— Investigación en línea. No se imagina lo que se puede encontrar por ahí. Además, el tipo tiene un blog donde publica cada paso que da. En realidad, es bastante simpático porque no endulza nada. Debería hacerle una oferta antes de que se lo venda a otro. De todas formas, usted quiere el terreno que está entre el de él y el suyo.

Navar no pudo evitar mirarla boquiabierto. Esta mujer era muy inteligente, quizá demasiado.

— ¿Qué pasa? ¿Estoy equivocada? — preguntó ella un poco insegura.

— No, lo pensaré. Y, bueno, gracias por el consejo.

Ella puso una mano sobre su hombro por un segundo, pero de inmediato la retiró y se sonrojó

ligeramente.

— De nada.

Luego ella se dio la vuelta. — Si no hay nada más que hacer, me retiro. Hasta mañana, señor.

— Sí, eh, Jasper puede llevarla — ofreció él espontáneamente.

Ella vivía bastante lejos y Scott le había comentado que no tenía licencia de conducir. De repente no le gustó nada la idea de que ella caminara sola o viajara en transporte público. Pero, de alguna manera, Danielle de repente pareció paralizarse.

— No, gracias. Estaré bien. No me gustan mucho los autos.

Luego se marchó apresuradamente, como si no quisiera seguir hablando del tema. ¿No había mencionado McTavish un accidente? Tal vez debería decirle que indagara un poco más.



Capítulo 5

Danielle

— ¡Esto no me gusta nada!

Danielle aguzó el oído. Había dejado la puerta de su habitación entreabierta para no perderse nada. Si su madre llegaba a convencer a su padre de que su hija no podía conducir el auto nuevo, estaba decidida a intervenir. ¿Cuál sería el problema? Su padre estaría sentado a su lado y, después de todo, necesitaba experiencia al volante.

Al menos, ése había sido su argumento, pero en realidad solo quería presumir un poco. Tal vez si se presentaba en la fiesta con el auto nuevo, dejarían de burlarse de ella. Sus compañeros siempre se burlaban de ella porque la habían aceptado en la Business School For Future Managers con una beca. Los demás no tenían que preocuparse por las cuotas porque sus familias eran muy ricas.

— Por el momento no puedes detenerla, Mary. Si dices algo en contra de Sebastian, ella se rebelará — respondió su padre de forma admonitoria.

Danielle se acercó más a la puerta. Su madre nunca había criticado la relación con su prometido, pero evidentemente no le caía bien. Tal vez pensaba que el compromiso era demasiado precipitado. Bueno, de todas formas, a sus dieciocho años no tenía ninguna intención de casarse pasado mañana.

— Somos agentes inactivos, Reymond. ¿Y si quieren volver a vincularnos a ellos? ¡No me reincorporarán! Eso sencillamente está muy mal. Ella ya tiene la edad suficiente y, según las normas, deberíamos explicárselo.

— Ten paciencia, querida. Danielle es una chica inteligente. Todo se arreglará por sí solo. «Chasseur d'Argent no...»

Las voces de sus padres se desvanecieron. ¿De qué estaban hablando? Sonaba como si fueran agentes secretos de los chinos o algo así. Eso era ridículo. Su madre trabajaba como vendedora en una tienda de comestibles y su padre reparaba fotocopadoras. Algo se le debía haber escapado.

Ella tuvo que reírse. Sus padres a veces se comportaban de forma extraña, pero ¿qué padres no lo hacían? En su opinión, eran demasiado cuidadosos, para no decir paranoicos, cuando se trataba de su seguridad. Eso era realmente molesto. Así que no pensó más en esa discusión y en lugar de eso miró su elegante vestido, que estaba extendido sobre la cama.

Para el camino, por experiencia, decidió que llevaría bailarinas. Más tarde, por supuesto, las cambiaría por unos elegantes zapatos de tacón, que combinarían mejor con el vestido. Pero no podía ir al volante con ellos puestos, eso estaba claro.

Ella hizo una mueca. Su madre se había quejado un poco porque había gastado mucho dinero en el vestido. Simplemente no entendía que la modestia no llevaba a ninguna parte. La ropa elegante era una inversión que valía la pena. Además, ella había ganado el dinero honradamente ayudando

a su vecino a hacer la declaración de su renta. Era buena con los números y tenía talento para entender complejas ecuaciones de un vistazo. Por esa razón, le habían concedido la beca para estudiar en una escuela de élite. En cualquier caso, su vecino había recibido un crédito fiscal de mil dólares y le había dado la mitad.

Así que esta noche luciría perfecta. Estaba deseando ver la cara de Sebastian. Era un gran tipo, inteligente, sexy y ambicioso. Él había sugerido lo del compromiso porque quería demostrar a todo el mundo que ella ya no estaba disponible. ¡Qué tierno!

Se puso rápidamente el vestido y las bailarinas. Guardó los zapatos de tacón en una bolsa, tomó su bolso de mano y salió corriendo al pasillo.

— ¡Mamá! ¡Papá! ¡Tenemos que irnos!

Cuando sus padres llegaron a toda prisa, ella hizo un último intento.

— ¡Yo puedo conducir sola, saben! Soy muy buena en eso.

— No, pequeña. Solo tienes la licencia de conducir desde hace un mes y por ahora sigues a prueba.

— ¡Pero, papá! — respondió ella, haciendo pucheros. — En algún momento tendré que arreglármelas sola.

— Por supuesto. Pero no será hoy, no con mi auto nuevo y cuando ya está totalmente oscuro.

— ¡Mamá! — refunfuñó ella. — ¿Por qué no dices algo? ¡Después de todo, es una cuestión de emancipación!

Su madre sonrió. — ¡Ni lo intentes, querida! Tu padre tiene toda la razón. Y esas fiestas de estudiantes no son precisamente famosas por ser frecuentadas solo por abstemios. Si vas a tomar algo, será mejor que te busquemos más tarde.

— ¿Qué sabrás tú de fiestas de estudiantes? ¡Ustedes ni siquiera fueron a la universidad!

Su padre frunció el ceño y ella se sintió culpable de inmediato. Realmente podría haberse ahorrado ese comentario.

— Lo siento, papá. No quise decir eso.

— Lo sé. — Le entregó las llaves del auto con una sonrisa. — Tú conduces. Y veremos cómo resulta. Tal vez piense en comprarte tu propio auto. ¿Qué dices?

Mientras los ojos de su madre se abrieron de par en par, horrorizada, ella rodeó el cuello de su padre con los brazos y le dio un beso en la mejilla barbuda.

— ¡Ay, papá! No puedes permitírtelo.

— No — refunfuñó él. — Pero la intención es lo que cuenta.

Ella se subió a la reluciente Chevrolet Berlina frente a su casa, empujó un poco el asiento hacia adelante y comprobó los ajustes del retrovisor.

— ¡Abróchense los cinturones, por favor!

Ella arrancó el auto, salió tranquilamente de la calle lateral y aceleró hacia la calle principal.

— ¡Ves, papá! Puedo...

De repente, el interior del coche se volvió claro como el día. Todo se puso de cabeza, un dolor agudo le desgarró la espalda. Y entonces el mundo se volvió negro, como si ya no existiera,

como si todo simplemente hubiera desaparecido.

Danielle se despertó entre sus propios gritos. Se retorció entre las sábanas, luchando por respirar. Aún podía sentirlo claramente, el astillamiento y el crujido de sus vértebras, cómo su cabeza chocaba contra el airbag que había explotado. Aun podía oír el chirrido de los neumáticos, los cristales rompiéndose, el sonido chirriante del metal raspándose. Saltaban chispas por todas partes.

Ella se incorporó y miró fijamente a la oscuridad, respirando con dificultad. Estaba completamente empapada de sudor y su corazón latía a un ritmo acelerado. De todos modos, para estar segura, movió las piernas. ¡Gracias a Dios! Solo había sido un sueño. Pero ¿por qué su subconsciente despertaba esos horribles recuerdos? Ella ya había logrado asimilarlo, había encontrado la manera de superar ese trauma y también de arrepentirse.

Gimiendo, se levantó de la cama y caminó a tientas hasta su mini cocina. Llenó un vaso de agua directamente del grifo y se lo bebió de un sorbo.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

— ¡Danielle! ¡Abre o derribaré la puerta!

Completamente desconcertada, arrastró los pies hasta la puerta y la abrió.

— Loretta — dijo ella con voz ronca. — Todo está bien.

— ¿Todo está bien? — chilló su vecina antes de pasar junto a ella y mirar por todos los rincones.

— ¡Estabas gritando como una loca! Pensé que alguien había entrado a robar o intentaba retorcerte el pescuezo.

Danielle se masajeó las sienes. — He tenido una pesadilla, eso es todo. Siento haberte despertado.

— No pasa nada. No tienes la culpa de que tenga los oídos tan sensibles.

Loretta se dejó caer en el sofá y dio unas palmaditas a su lado. — ¡Ahora cuéntame! ¿Qué clase de sueño fue ése?

Ella se tumbó junto a su amiga y apoyó la cabeza en su hombro.

— Era del accidente, lo que había pasado antes de eso y demás. Cada minuto parecía absolutamente real, como si me estuviera pasando por segunda vez. — A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. — ¿Por qué? ¿Por qué me atormenta eso precisamente ahora? — dijo sollozando. — Ya lo había superado.

— Bueno. — Loretta le acarició la mano. — Has tenido un día emocionante, ese es el punto número uno. Pero tal vez eso fue solo un catalizador, tal vez no lo has superado. Ese sería el punto dos.

Danielle levantó la cabeza y jugó con los dedos. ¿Se había estado engañando a sí misma durante ocho años? Le había ido bien. No quería pensar que solo se lo había imaginado.

— Sabes... — empezó a hablar Loretta de nuevo. — La forma en que hablaste del accidente me pareció extraña. Aunque me hiciste un breve resumen, no noté ningún tipo de sentimiento en él. No había ira contra el camionero, tu ex prometido o tus falsos amigos. ¿Lloraste realmente la muerte de tus padres como corresponde? Quiero decir, ¡mírate! ¡Eres un cúmulo de miseria! No

has superado nada en absoluto. ¿De verdad crees que aislándote y convirtiéndote en otra persona es una estrategia para superarlo? ¡Eso es una tontería!

Danielle se tapó los oídos. No quería oír eso. Pero su amiga le apartó las manos de las orejas y la miró seriamente.

— ¿Tengo razón o qué?

— ¡Esto es por el trabajo, por ese maldito Navar! ¡Me tiene tan alterada! No me extraña que tenga pesadillas.

¡Más tonterías! Eso estaba escrito como un anuncio luminoso en la frente de Loretta, pero ésta no dijo nada y se limitó a levantar una ceja.

— ¡Tienes razón, desgraciadamente! — murmuró ella, avergonzada. — Mi jefe, me saca de quicio. Pero esa no es una justificación. Si cada pequeña cosa hace que me altere, está claro que algo anda mal.

— Ya veo. ¿Así que el Sr. Super Jefe te saca de quicio? Entonces te sugiero que te ocupes de tu pasado y luego de él, o de ambas cosas a la vez. ¡Será interesante!

— ¡Pff! No hay nada que resolver con él, ni acuerdos ni nada. No lo soporto, solo me gusta el trabajo.

— ¡Claro, querida! Por eso te saca de quicio. — Loretta soltó una risita suave. — Bueno, ahora me voy a mi apartamento. Asegúrate de dormir un poco y mañana te pones a trabajar.

Tan pronto como Loretta cerró la puerta tras ella, se metió de nuevo en la cama. Por supuesto, no pudo pegar un ojo, por lo que se quedó mirando el techo como si estuviera paralizada.

— ¡Navar! ¿Qué me estás haciendo?

Un poco irritada, golpeó el colchón con ambas palmas. ¿Acaso esperaba una respuesta? ¿De la lámpara, tal vez? ¿O del tapiz de mandala?

Tiró del forro de la manta e hizo una mueca. Era paradójico. De la nada, había culpado a su jefe de la pesadilla, mientras que ni siquiera sabía el nombre de la persona que había provocado el accidente. El sueño fue como una película que su memoria había proyectado. Sin embargo, Navar no era el protagonista, sino que un completo desconocido interpretaba el papel de villano. Pero ¿era el conductor del camión, el diablo?

Ella no quería acusarlo de premeditación. Después de todo, nadie se levantaba una buena mañana y pensaba; *hoy me estrellaré contra un auto y lo sacaré de la carretera, solo por diversión.*

Pero tenía que haber una razón para sus acciones. Tal vez había bebido, se había quedado dormido al volante, se había saltado un semáforo en rojo o le habían fallado los frenos. ¿Por qué no se había preguntado eso antes?

No importaba que lo supiera o no. Sus padres no volverían a la vida. Pero, por otra parte, no era tan sencillo. Sí, ella había sido víctima de un accidente, pero lo terrible era que había ocurrido por su culpa. Dos minutos, ciento veinte segundos, fue aproximadamente el tiempo que había discutido con sus padres. En esos dos minutos, podrían haber pasado por la calle lateral sin encontrarse con aquel camión. Entonces le habría sucedido a otra persona.

Ella tragó saliva. Esa forma de pensar era absolutamente repugnante. Después de todo, el sufrimiento de otra persona no era menos importante que el suyo.

Su forma de proceder era errónea, en eso tenía que estar de acuerdo con Loretta. Nunca había buscado ayuda psicológica para afrontar sus sentimientos de culpa. Hasta con la policía solo había hablado brevemente y se había referido en repetidas ocasiones a su estado de salud. No había querido saber nada sobre el avance de la investigación.

Al final, todo se reducía a una cosa. Ella no *quería* aceptar que no había sido su forma de ser, sino un desconocido quien había matado a sus padres. Sin embargo, miles de adolescentes se metían en discusiones similares con sus padres. Eso era completamente normal. Nadie podía prever si unas palabras, un pequeño retraso o la decisión sobre quién conduciría el auto llevarían a un desastre. Entonces uno viviría constantemente con miedo y eso era lo que la había estado atormentando durante años. Había creído que, si se alejaba de todo, si llevaba una vida discreta y si tenía un trabajo aburrido, no habría peligro, ni para ella ni para los demás.

Pero ella no podía seguir así porque no era feliz. Bueno, ¡ya lo había dejado salir! Ese día en el recibidor de Navar lo había demostrado. Ella necesitaba desafíos, quería demostrar de qué estaba hecha. Eso no tenía nada que ver con la vanidad. Ningún médico salvaba la vida de las personas para presumir, ningún ingeniero construía una máquina solo para ser elogiado. Detrás de ello estaba el deseo de marcar la diferencia, de dejar algo al mundo.

Navar era mucho más de lo que parecía. Ella quería formar parte de lo que fuera que él estuviera planeando, y sí, también quería impresionarlo un poco. Eso de que no le agradaba no era cierto. Más bien era lo contrario. Puede que ella saliera lastimada, pero curiosamente, de repente estaba dispuesta a arriesgarse de nuevo.

Suspirando, se frotó la cara con ambas manos. Quedarse tumbada en la cama no la llevaría a ninguna parte. Así que, se levantó y encendió la computadora. Sus dedos se detuvieron un rato sobre el teclado, pero luego escribió decididamente *Reymond y Mary Barns*.

El buscador le mostró de inmediato varios artículos de periódico sobre el accidente. Ella hizo clic en el primero. No contenía nada que ella no supiera. Un camión impactó contra el vehículo de la familia Barns, Reymond y Mary fallecieron en el lugar del accidente y su hija Danielle, de dieciocho años, se encontraba en el hospital en estado crítico. Siguió bajando y encontró un apéndice escrito una semana después del accidente. El conductor del camión, que había sido denunciado como robado por una empresa de construcción, aún no había sido detenido.

Danielle cerró los ojos. Eso nadie lo había dicho. O tal vez sí, no lo recordaba y en realidad nunca le había prestado atención. Ahora un poco tensa, leyó todo lo que pudo encontrar sobre los hechos, pero todos los informes siempre terminaban igual. El conductor parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Por supuesto, no pudo encontrar ningún artículo más reciente. Todo había ocurrido hace ocho años. Los medios de comunicación perdían rápidamente el interés si no había una persona famosa implicada.

Un escalofrío recorrió su corazón. ¿Eso era cierto? ¿La policía nunca había atrapado al verdadero culpable? Ella tenía que averiguarlo. En algún artículo se mencionaba quién había dirigido la investigación. Repasó todo de nuevo y finalmente dio con el nombre del detective, Barry Nakashima.

El reloj en la pantalla marcaba las seis. Bien, se prepararía para ir a trabajar y llamaría a la comisaría desde la oficina. Si el detective no le proporcionaba ninguna información por teléfono, acordaría una reunión. Ella tenía derecho a conocer todos los detalles. Si eso la haría sentirse

mejor, estaba por verse. Pero tenía que empezar por alguna parte.

Después de haber tomado varias tazas de café, se puso la nueva ropa que ya había usado ayer. Probablemente necesitaba más ropa como esa. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Loretta estaría encantada de acompañarla a salir de compras. Después de todo, su amiga trataba de convencerla constantemente para que cambiara de imagen. Eso sería más bien volver a su imagen anterior, pero había llegado el momento de hacerlo.

Cuando salió de su apartamento, Loretta asomó la cabeza por la puerta principal.

— ¿Te sientes mejor?

— Sí, tengo muchas cosas que hacer hoy. Hablamos luego, ¿de acuerdo?

Loretta asintió con una sonrisa y volvió a desaparecer en su apartamento. Danielle pensó en lo agradecida que estaba de tener a su amiga. Loretta era muy honesta. Sus palabras sinceras le habían mostrado el camino, en cierto modo. A ella personalmente no le importaba que de vez en cuando anduviera por ahí con piel de lobo. En todos los sentidos, Loretta era mucho mejor persona que aquellos a quienes antes había llamado amigos.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, entró en su oficina, tiró el bolso sobre la mesa y tomó el teléfono. Tuvo suerte y le comunicaron de inmediato con el detective.

— Nakashima.

— Soy Danielle Barns. Usted investigó el accidente de mis padres hace ocho años. Quería preguntarle si habían podido detener al camionero.

— ¿Barns? No sé... ¡ah, sí! Raymond y Mary, ¿cierto? ¿Y usted es la hija?

— Sí, detective.

— Lo siento, señorita. Hemos suspendido la búsqueda. Pudimos obtener huellas dactilares, pero la comparación en todas las bases de datos no nos llevó a ninguna parte. Solo sería posible reabrir el caso si hubiera nuevos hallazgos. Mi intención no es ofenderla, pero después de ocho años es poco probable.

Danielle apretó el teléfono. Nakashima sin duda solo estaba siguiendo las normas y probablemente estaba sorprendido que recién ahora ella se pusiera en contacto. Sin embargo...

— ¿Pero no hay nada que yo pueda hacer? ¡No es justo! Mis padres están muertos y el tipo sigue suelto.

— ¡Sinceramente! La entiendo. Debe ser frustrante. ¿Recuerda algo en particular, algo que no hayamos considerado aún?

— No, todo sucedió muy rápido. Vimos el resplandor de los faros y luego se produjo el impacto. Solo esperaba...

— Lo sé, señorita. De nuevo, lo siento mucho. Puede venir a mirar los archivos si eso le ayuda en algo.

— Sí, gracias. Tal vez lo haga.

Ella colgó. Frustrada no era la palabra adecuada, estaba furiosa. Si Paris Hilton hubiera estado detrás del volante y sus padres hubieran muerto, tal vez la policía no hubiera archivado el caso. Y eso le dio una idea...



Capítulo 6

Navar

La noche más larga de su vida había quedado atrás. Llevaba horas dando vueltas en la cama después de llegar a casa tras la gala benéfica. Era la primera vez que se presentó en un evento de este tipo sin una hermosa mujer del brazo. Normalmente, siempre aparecía acompañado de alguna aspirante a modelo o estrella para hacer honor a su fama de mujeriego rico. Así se ahorraba preguntas sobre su vida privada.

Había emitido un generoso cheque y, mientras lo hacía, no había dejado de pensar en Danielle. ¿Realmente debería pedirle más información a Scott? McTavish ya estaba en una situación bastante delicada. Y no quería abusar de su voluntad para ayudar, sobre todo si se trataba de un asunto puramente personal. De algún modo, ya no se entendía a sí mismo. ¿Qué tenía Danielle que la hacía tan interesante?

Refunfuñando, decidió volver a despejar la mente. ¡Un día lleno de sentimentalismos era suficiente! Danielle solo era un agradable cambio en su ajetreada vida cotidiana, solo eso.

Hablando de negocios... Se dirigió a la imponente estatua del dios Poseidón que se encontraba junto a la puerta de la terraza. La figura era extremadamente ostentosa con todos sus adornos dorados, pero tampoco se la podía considerar especialmente bien modelada. Pero aquella cosa de mal gusto cumplía su propósito.

Al tirar del tridente hacia arriba de la mano de Poseidón, el bastón salió del hueco en la base. Sonó un suave clic y entonces se abrió un cajón secreto. Le gustaba llamarlo su caja fuerte, aunque solo era un buen escondite. La verdadera caja fuerte estaba empotrada detrás de un cuadro en la pared, donde era más probable que la buscaran. Había guardado en ella un buen fajo de billetes y algunos bonos de acciones, para que cualquier ladrón estuviera bien servido con el botín. Las únicas cosas importantes para él estaban escondidas en la base de la estatua.

Sacó sus tesoros y los revisó por enésima vez. Con cariño, pasó los dedos por los escritos y dibujos desgastados. Quedaba tan poco, apenas un escaso resumen de la historia de su pueblo y nada comparable con las bibliotecas repletas de los humanos.

Ahora tenía en su poder el acta fundacional de «Chasseur d'Argent», los Cazadores de Plata. Esta era la prueba que tenía sobre sus maquinaciones, ya que en ella estaba escrito claramente que cazarían a todos los cambiaformas lobo y a los Vargs desde ese día hasta que el último de ellos fuera eliminado de la faz de la tierra.

Vargs, durante mucho tiempo había dudado de la existencia de esta especie. Pero con el paso de los años, la evidencia se había hecho más sólida. Finalmente, lo había convencido un tratado de paz firmado entre humanos, lobos y Vargs tras una cruel guerra. Tenía la firma del rey de los Vargs, Harim Nakur, y él conocía ese nombre del informe de un hombre llamado Samuel Tulip. Este hombre había servido en la corte del rey y tenía algo absolutamente asombroso que contar. Había rescatado al último sobreviviente de la estirpe del rey. Este niño también era el último descendiente del Rey Lobo, Torant y de la hija del Rey Humano, si había entendido todo

correctamente. Por lo tanto, el descendiente de este niño tenía derecho a gobernar a los cambiaformas lobo que aún vivían. Solo que él no había podido encontrarlo. No se mencionaba el nombre del niño, ni estaba claro si había siquiera un heredero al trono en la época actual. Eso era lamentable, muy lamentable, pero no cambiaba su plan.

Volvió a guardar su colección en el cajón y metió el tridente en el hueco, haciendo que el compartimento secreto se cerrara de nuevo. El trabajo lo llamaba. Seguiría el consejo de Danielle y le haría al prepper una oferta por la propiedad que no pudiera rechazar.

Tan pronto como Jasper lo dejó en el edificio de oficinas, se dirigió rápidamente hacia el ascensor. Sonrió mientras lo hacía. No quería recibir otra reprimenda por llegar tarde. Preferiría que Danielle le dijera palabras completamente diferentes o, mejor aún, que no le dijera nada, sino que gimiera gracias a él. Al parecer, estaba perdiendo el control en lo que respecta a sus fantasías. ¡Maldición! Aun así, ya no tenía ganas de resistirse. Después de todo, solo estaba en su cabeza y nadie podía ver dentro de ella.

— ¡Buenos días, señor!

Una vez más, su sonrisa lo cautivó. Por precaución, no se la devolvió.

— ¡Buen día! — gruñó él malhumoradamente antes de entrar a su oficina.

Cuando Danielle trajo el expreso cinco minutos más tarde, él seguía allí sentado sin hacer nada. Quedó bastante sorprendido cuando ella se sentó en la silla frente a su escritorio sin más.

Ella tragó saliva varias veces y bajó la mirada. — Sé que es solo mi segundo día y que no debería... Bueno, pero usted es rico, y un respetado hombre de negocios con muchos contactos, así que pensé que tal vez podría... bueno...

Él la miró con el ceño fruncido. ¿Qué era todo ese balbuceo? Pero entonces, de repente, ella enderezó los hombros y lo miró directamente a los ojos.

— Necesito su ayuda con un asunto privado.

Lo primero que pensó fue que Danielle quería dinero, probablemente un préstamo sin intereses. Eso lo decepcionó bastante. No tenía la impresión de que hubiera acumulado deudas. Además, Scott se lo habría dicho. Su interés se reavivó inesperadamente. Se reclinó de manera despreocupada, pero se mostró algo pasivo.

— ¡Ajá! ¿Y qué sería?

— Hace ocho años tuve un grave accidente. En donde mis padres murieron. No me ocupé de ello durante mucho tiempo, pero hoy quise saber si la policía había detenido a la persona que había causado el accidente. Y la investigación había sido cerrada, sin resultados.

Sus labios se crisparon. A él le pareció detectar un rastro de disgusto en ellos.

— ¿Y qué cree que yo podría hacer entonces?

— Bueno, señor, supongo que conoce a alguien en la policía, un oficial de alto rango tal vez. Verá, yo solo soy un número más, alguien sin importancia, pero si alguien como usted hace un seguimiento, seguramente volverán a revisar las pruebas.

La idea no era tan descabellada, desde luego podía entender a Danielle. Él también deseaba que la muerte de sus padres hubiera tenido una razón, algo a lo que aferrarse. En lugar de eso, había crecido con gente que... bueno, ahora no quería pensar en eso.

— ¿Con quién has hablado?

— Con el detective Barry Nakashima. Él estaba trabajando en el caso en aquel entonces.

Él recordaba ese nombre. Nakashima trabajaba en la misma comisaría que Scott y se lo consideraba muy meticuloso. ¿Debería involucrarse? Básicamente, el problema de Danielle no afectaba sus intereses. Pero ella le había advertido sobre el sistema de cuevas subterráneas, cosa que no podía ignorar. Así que le debía un favor. De todos modos, quería saber más sobre su accidente. Pero lo que más lo había conmovido fue la expresión de dolor en sus ojos. Él quería borrarle eso.

— Veré lo que puedo hacer. Pero no se haga demasiadas ilusiones.

Ella se levantó de un salto y sonrió tímidamente. — Gracias, señor. Usted no es tan malo como todo el mundo dice.

Le gustó ese comentario. No es que le importara lo que los demás pensaran de él, pero con ella le parecía increíblemente importante que le agradara, al menos un poquito.

Sin rodeos, tomó el teléfono, luego vaciló, y volvió a dejarlo en el escritorio, lo levantó de nuevo, lo dejó caer una vez más, aproximadamente diez veces seguidas. Luego lanzó el teléfono con un golpe del dedo al borde del escritorio y se frotó la nuca. No debería hacer promesas, pero cuanto más miraba a Danielle, más sentía la necesidad de protegerla, de lo que fuera o de quien fuera.

Ella estaba sufriendo, podía sentirlo. Pero lo hacía de una forma extrañamente subliminal. No derramaba lágrimas, no fruncía el ceño, ni siquiera levantaba la voz. ¿Por qué reprimía esas emociones tan incuestionablemente agotadoras? Tenía que haber algo más. Por supuesto, no quería quitarle importancia a su pérdida, pero ella había esperado ocho años para informarse sobre el estado de la investigación policial. Quizás no había esperado, sino que acababa de despertar de un estado de estupor. Él quería saber la razón de todo esto y buscó su teléfono móvil.

— McTavish.

— ¡Escucha, Scott!

Describió su petición en breves palabras.

— Hm — respondió Scott tras una breve pausa. — Eso es muy triste. Quiero decir, podría buscar el archivo, pero estoy seguro de que Barry no ha pasado nada por alto. Por desgracia, este tipo de cosas suceden de vez en cuando, y resultan frustrantes tanto para las víctimas como para los policías.

— Lo sé. No estoy pidiendo un milagro. Tal vez podrías explicarle lo que han hecho. Para tranquilizarla o... no sé. Ella me pidió ayuda, ¿sabes?

Al otro lado del teléfono, Scott chasqueó la lengua.

— Entonces yo tenía razón. ¡Ella te sorprendió! ¿De dónde más vendría tu interés? ¡Y ahora no vuelvas a decirme que me calle!

Navar resopló malhumorado por haber sido descubierto tan fácilmente. Scott se lo contaría a Carly y ella a su vez se burlaría de él. Eso no era para nada gracioso.

— ¿Puedes echarme una mano o no?

— Claro. Pero no en la comisaría. No quiero que Barry sienta que ha hecho un trabajo descuidado o algo así. Y tampoco debería ir a tu oficina. No es conveniente para ninguno de los dos.

— Muy precavido. Bien, ¿qué tal a las diecinueve en mi casa?

— ¿Qué? ¿En tu apartamento? No creo que...

— ¡Nos vemos, Scott!

Él terminó la conversación abruptamente. No se le ocurrió un lugar mejor que su apartamento. Scott había querido detenerlo, lo cual apreciaba mucho. Por otro lado, una cafetería o algo similar estaba fuera de discusión. Allí, Danielle se sentiría cohibida al enfrentarse a un pasado que le había arrebatado tanto. Si iba a sentirse cómoda en el apartamento privado de su jefe era igualmente discutible. Estaba empezando a dudar de su juicio, pero ahora que lo había sugerido, no iba a retractarse. Para ser honesto, admitió que la idea de tener a Danielle en su casa le agradaba.

Con una expresión neutral, trotó hacia el recibidor.

— ¡Srta. Barns! Acerca de su... problema...

Ella se levantó inmediatamente. La expresión de sus ojos era una mezcla de esperanza y determinación.

— Conseguí que un amigo volviera a revisar el caso. Hemos quedado en mi casa hoy a las diecinueve horas.

— ¿En su casa? Eso es, cómo decirlo, no tenía la intención de molestarlo en su vida privada. Podría ir a verlo a la comisaría o algo así.

— Por varias razones, eso no es factible. Este tipo de favores solo funcionan si ambas partes lo manejan con confidencialidad.

— Entiendo, señor. Allí estaré. ¡Y muchas gracias!

Él asintió, se dio la vuelta y decidió apaciguar lo que probablemente era una situación embarazosa para ella.

— No lo veo como una molestia... Danielle — gruñó él por encima del hombro.

Su rostro se iluminó de inmediato con una sonrisa encantadora. Él creyó detectar en su mirada algo más que gratitud. No se atrevió a interpretar el sutil brillo en sus ojos como admiración, porque si solo fuera por su estatus, sería muy... muy decepcionante. Él apretó la mandíbula porque, de repente, este sentimiento se manifestó y le oprimió el pecho. Ya se estaba dirigiendo a la puerta cuando la oyó respirar profundamente. Él se dio la vuelta.

El lugar de trabajo de Danielle consistía en una enorme mesa semicircular que la separaba visual y físicamente de los visitantes, incluido de él, en cierto modo. Ahora ella, por detrás de la mesa, dio un paso hacia él. Él hizo lo mismo sin darse cuenta. Esto se repitió hasta que los separaron solo unos pocos centímetros. Danielle levantó una mano y él cerró los ojos. Casi podía sentir sus dedos sobre él.

Pero entonces sonó el teléfono, rompiendo el momento como el chirrido de una motosierra.

Ella bajó la mano y literalmente corrió detrás de su barrera protectora.

— Oficina del Sr. Ammwald.

Ella mantuvo la mirada fija hacia abajo mientras garabateaba algunas notas en un trozo de papel. Navar tragó saliva antes de retirarse a su despacho. Pero le habría gustado volver corriendo y romper el teléfono en pedazos. ¡Maldición! Algo estaba sucediendo dentro de él que parecía no poder controlar. Cuando se escuchó a sí mismo, también percibió que su lobo no encontraba nada sospechosa esta confusión. Al contrario, su mitad no humana se revolcaba alegremente.

Afortunadamente, pasó el resto del día como siempre, sobre todo porque Danielle ya no le había mostrado ningún tipo de emoción. Una actitud muy profesional, pensó él, y así debía ser. No obstante, se despidió tan pronto como pudo sin parecer sospechoso.

— ¡A las diecinueve en punto, Srta. Barns! A menos que haya cambiado de opinión.

— No, señor, seré puntual. Que llegue bien a su casa.

Casa, para él solo era una palabra vacía. La usaba como miles de otras personas, solo que para él no tenía ningún significado.

— Jasper — preguntó de camino a su apartamento. — Vives solo, ¿verdad?

— Sí, señor, ya lo sabe.

— ¿Qué es un hogar para ti? Quiero decir, yo también vivo solo, pero mi apartamento es enorme. ¿Querías algo así?

— ¡Para nada! — Jasper sonrió ampliamente, lo cual pudo ver en el espejo retrovisor. — ¿Para qué querría yo una casa así? Mi hogar es donde simplemente pueda ser yo mismo. No necesito trescientos metros cuadrados para eso. — Jasper sonrió brevemente por encima del hombro. — Sin pretender ofenderlo, señor. Supongo que lo ve desde otra perspectiva.

Navar se acomodó en la esquina del asiento trasero y apoyó una pierna sobre él. ¿Encontraría alguna vez el lugar donde pudiera ser él mismo? Eso requería otra pregunta, porque ¿quién era él realmente? ¿Navar Ammwald, el respetado empresario, Navar el lobo o Navar el huérfano desarraigado? Era la suma de todos ellos, pero, por primera vez, tuvo la sensación de que aún le faltaba algo.



Capítulo 7

Danielle

Se recogió el cabello en una coleta, se puso unos vaqueros y su blusa favorita. Luego se miró al espejo que había en el interior de la puerta del armario. Sí, tenía un espejo, pero Loretta tenía razón. Hasta hoy, nunca lo había utilizado por más de un segundo.

Se miró críticamente en el espejo, solo para volver a quitarse la amplia prenda de algodón cinco segundos después. Loretta tampoco se equivocaba con su forma de vestir. Era extraño, casi ridículo, pero no la blusa en sí. A cualquiera que le gustara ese tipo de ropa y se sintiera cómoda con ella no se vería tan insatisfecha como ella.

¿O era la vanidad la que se apoderaba de ella nuevamente? No, no era eso. Simplemente se sentía como si estuviera disfrazada para una película de principios de los años 70. Así que al final también se deshizo de los vaqueros deformes.

¿Y ahora qué? No había nada en su colección de ropa que pudiera usar para la ocasión. ¡La ocasión, ja! ¡Ella no iba a una cita ni al teatro, maldición! Navar solo le ofrecía su apartamento para que pudiera averiguar un poco más sobre la muerte de sus padres fuera de los medios oficiales.

Su oferta era extraña y, además, inapropiada, siendo que el jefe se reuniría con su asistente en un ámbito privado. Pero cuando él le había sugerido su apartamento, no le había parecido extraño. Por esa razón, solo había protestado por educación y sin mucho entusiasmo. Sin embargo, también estaba muy equivocada. Imaginar que estaba preparada para enfrentarse al carisma de Navar había sido una conclusión errónea.

¡Dios mío! Ella había ido tras él porque realmente quería... besarlo. ¿Y él? Juraría que no se habría negado, indignado. Pero su sexto sentido para esas cosas estaba bastante oxidado. Durante ocho años, ni siquiera había pensado en volver a enamorarse. Afortunadamente, el teléfono la había liberado de su estado de enajenación mental. ¡Afortunadamente, claro! En realidad, le habría gustado prenderle fuego al estúpido artefacto.

Se abofeteó las mejillas dos o tres veces. Como sea, él era su jefe, un tabú absoluto en todos los aspectos, excepto en el trabajo. Navar le estaba haciendo un gran favor. Solo Dios sabía cómo se había hecho merecedora. Por el momento, solo esperaba que la conversación con el policía le proporcionara alguna información nueva.

Había llorado la muerte de sus padres durante años y también había pedido perdón por sus múltiples errores. Pero eso no les había concedido verdadera justicia a su madre y a su padre. Definitivamente, era culpa suya, porque no debería haberse aislado, sino haber insistido en que se siguiera con la investigación. Hoy era el día en que compensaría lo que había dejado pasar, así que, su elección de ropa era absolutamente irrelevante.

Sacó un vestido cualquiera del armario y se puso unas sandalias planas. Llegar a la casa de Navar en autobús era como dar la vuelta al mundo. Tenía que cambiar de autobús dos veces. Conocía a la perfección la red de autobuses urbanos. Siempre compraba un pase anual en enero. De

ninguna manera se subiría a un taxi. Lo había intentado, pero cada luz que se aproximaba la hacía entrar en pánico.

Más de una hora después, se encontraba frente a la casa de Navar. Una sensación de cosquilleo anticipatorio recorrió su piel, pero lo atribuyó en gran parte al nerviosismo. Si el policía solo aparecía con frases vacías, tendría que recordarle enérgicamente su deber, no quería que éste la ignorara.

La planta baja era muy sofisticada. Un portero con un elegante uniforme estaba evidentemente entrenado para recibir de manera cortés a todos los visitantes.

— ¡Buenas noches, señorita! ¿La esperan?

— Sí, tengo una cita con el Sr. Navar Ammwald. — Ella se sonrojó espontáneamente y añadió rápidamente. — Soy su asistente, Danielle Barns. Es por trabajo.

Al hombre mayor no pareció interesarle su explicación porque ya había tomado el interfono y hablaba en voz baja.

Luego señaló el ascensor. — Al último piso, Srta. Barns.

— Gracias.

Cuando llegó arriba, no se encontró en una planta normal con varias puertas de apartamento, sino en una especie de mini vestíbulo con una gruesa alfombra persa, un pequeño tresillo y un bonito arreglo floral en un jarrón en el suelo. ¡Vaya! Parecía que Navar ocupaba toda la planta superior. Su apartamento probablemente cabría aquí unas veinte veces.

Se abrió una puerta frente al ascensor. Sonrió tímidamente cuando Navar asintió con la cabeza. Aún llevaba los pantalones de traje, pero se había quitado la corbata y la chaqueta. Tenía la camisa medio desabrochada, lo que dejaba al descubierto sus impresionantes pectorales. Él no le quitó los ojos de encima mientras se hacía a un lado invitándola a pasar a su apartamento. Respiró profundamente mientras pasaba a su lado. Su interior era un torbellino. Las ganas de apretarse contra él y deslizar sus dedos bajo la camisa de Navar se volvieron bastante abrumadoras. Apretó el bolso por precaución y pasó junto a él.

Navar la siguió y la condujo del codo hasta una enorme sala de estar, en medio de la cual había un sofá angular color crema con varios sillones voluminosos. Ella miró discretamente a su alrededor. No se veía muy acogedor. Todo parecía ultramoderno, indudablemente caro, pero en cierto modo inutilizado y sin ningún toque personal.

Un hombre alto acababa de levantarse de uno de los sillones y una mujer rubia, bastante hermosa, le sonreía por encima del respaldo del sofá.

— Soy el detective Scott McTavish. — El hombre se acercó a ella y le tendió la mano. — Mi compañe... mi novia, Caroline Cohen.

La mujer la saludó con la mano.

— ¡Hola, puedes llamarme Carly! Y tú eres Danielle, ya lo sé. — Ella soltó una risita. — La última adquisición de Navar. — Luego dio una palmada a su lado. — ¡Siéntate!

Danielle se dirigió trotando hacia ella, preguntándose qué significaba todo aquello. Carly le dio de inmediato la respuesta.

Le tomó de la mano y la apretó brevemente. — Mis padres también murieron. Volver a recordar

todo eso debe ser terrible para ti. Así que si necesitas... bueno, en cualquier caso, estoy aquí.

Navar no dijo una sola palabra. Él se sentó frente a ella y bebió un sorbo de algún tipo de bebida. Su mirada mostraba claramente que no le hacía ninguna gracia la presencia de Carly. Ella, en cambio, se sentía apoyada moralmente por Carly. Por la tarde, había pensado en llevar a Loretta con ella. Si rompiera a llorar, sería bueno tener una mujer a su lado. Carly parecía simpática y, como había pasado por algo parecido, probablemente entendería aún mejor un arrebato emocional. Lo curioso era que, aunque Carly era una completa desconocida, confiaba en ella. Hace mucho tiempo que no se sentía así.

— Muy bien. — Scott abrió un archivador que solo contenía unas pocas páginas. — He revisado todo de nuevo. Pero Danielle, no pude encontrar nada que nos permitiera empezar de nuevo. El camión salió de una calle lateral y embistió contra el auto de tus padres a alta velocidad. El auto salió volando y volcó varias veces. El camión siguió avanzando unos cien metros antes de detenerse. Cuando la policía llegó después con los servicios de emergencia, el conductor ya había huido del lugar. Más tarde se supo que el camión había sido robado del depósito de una empresa constructora. Entonces, por supuesto, la huida del conductor tiene más sentido, aunque eso al principio suene cruel para ti.

— No, solo es algo nuevo, en cierto modo. — Ella masajéó sus manos. — Estuve... alejada por mucho tiempo. ¿Y qué más?

— Bueno, el camión no tenía carga. Así que asumimos que alguien lo robó para desguazarlo y vender las piezas, o simplemente fue un robo. Tal vez unos jóvenes, una apuesta, un borracho, algo así. Finalmente pudimos obtener todas las huellas dactilares que habíamos hallado en la cabina del conductor. El contratista fue muy cooperativo. Había algunas huellas en el exterior que no tenían explicación. Pero eso es muy difícil. Podrían ser de otros obreros o simplemente de personas que tocaron el camión por casualidad. Lo siento, pero buscarlas sería inútil.

— Lo entiendo. El detective Nakashima dijo algo parecido, aunque no tan detallado.

Ella tragó saliva. De repente, Navar se levantó, fue a la barra y llenó un vaso con un líquido dorado.

Colocó el vaso en la mesa baja de cristal frente a ella.

— ¡Bébase esto! Puede que le ayude.

Obedientemente, bebió un sorbo y enseguida tuvo que toser. El whisky le quemó la garganta y hacía siglos que no bebía alcohol. Aun así, se bebió el resto. Luego se frotó la cara con ambas manos.

— ¡Si tan solo pudiera recordar algo! ¡Pero no hay nada! Sé lo que pasó antes y después, por supuesto, pero el accidente ocurrió de la nada. ¡Así, sin más! ¡Pum, y listo!

Carly se acercó y le frotó la espalda. — ¿Quieres hablar de ello? Me refiero a lo que sucedió antes y después. A veces trae claridad volver a analizar las cosas.

Su mirada automáticamente se dirigió a Navar. Él no estaba dirigiendo una sesión de terapia para su angustiada asistente, esto tenía que ser demasiado para él. Pero, en lugar de impaciencia, vio una genuina simpatía en sus ojos. Sí, debería hablar de ello. Tal vez serviría de algo, aunque solo fuera para aliviarle un poco la cabeza.

— Recuerdo ese día claramente. Mi padre tenía un auto nuevo y tuve permiso de conducirlo

hasta una fiesta. Quería tirar la casa por la ventana porque todos mis compañeros tenían padres ricos. Nosotros no éramos ricos y siempre se burlaban de mí por eso. ¡Es estúpido, lo sé! No debería haberme importado. En todo caso, aún recuerdo cómo mis padres habían discutido poco antes. Nunca me había dado cuenta, pero mi madre tenía algo en contra de mi prometido.

— ¡Un prometido!

Navar casi saltó de su sillón. Su rostro de repente adquirió una expresión agresiva y todos sus músculos se tensaron. Las comisuras de los labios de Carly se crisparon, mientras Scott tosió detrás de su mano. Ella no se había percatado de alguna cosa, pero entonces Navar se dejó caer nuevamente en su sillón.

— Sí, mi prometido, bueno, en aquel entonces, ahora ya no.

Su jefe se relajó visiblemente.

— ¿Ya no? ¿Por qué? — preguntó Carly negando con la cabeza.

— Bueno, los médicos pronosticaron que tendría una discapacidad permanente para caminar debido a las vértebras rotas y al complicado daño nervioso. Entonces, él rompió conmigo porque no pudo afrontarlo.

— ¡Qué imbécil! — gritaron los tres casi simultáneamente, lo que hizo que ella se riera de manera inesperada.

— Bueno, tenía dieciocho años y pensé que, si me casaba con alguien como Sebastian Deveraux, me esperaba un futuro brillante. Su carácter me...

Tardó un milisegundo en darse cuenta de que los tres la estaban mirando estupefactos.

— ¿Qué sucede? ¿Dije algo malo?

Carly de repente se apartó un poco de ella, gruñendo suavemente. Ella conocía ese sonido, pero no pudo reconocerlo de inmediato. Navar tenía el ceño fruncido y su mirada la fulminó como una puñalada en el pecho. Solo Scott se inclinó hacia adelante y se tocó ligeramente la oreja derecha.

— ¿Lo he entendido bien? ¿Estabas comprometida con Sebastian Deveraux, el hijo de Constantine Deveraux? ¿Sebastian Deveraux, el activista medioambiental?

— Eh, sí. Constantine es su padre, pero Sebastian no tenía nada que ver con el medio ambiente. ¿Puede alguien explicarme por qué me miran como si tuviera lepra?

Ella se sintió como si la estuvieran poniendo en la picota por un crimen que ni siquiera había cometido.

Poco a poco empezó a exasperarse. — ¡Entonces! ¡Hablen!

— ¿Sigues en contacto con él? — preguntó Scott en lugar de dar una explicación.

— ¡No! ¡Maldición! — gritó ella con ira. — ¡Por mí, que el bastardo se muera en una alcantarilla!

Ella no pudo contenerlo. Una risa liberadora salió de su garganta. Ocho años atrás, la actuación de Sebastian la había destrozado, pero ella nunca había dejado salir su ira. En lugar de gritarle o al menos recriminarle, había pensado que también se merecía eso. Se rio hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos.

— ¡Cielos, fui tan estúpida!

Ella se secó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

— ¡Pero ahora en serio! ¿Qué les pasa? ¿Y tú? — Ella señaló a Scott. — ¿Qué tiene que ver el fracaso de mi relación con la investigación policial? ¿Cómo conoces a Sebastian? Porque, con el debido respeto, no estás exactamente en su misma liga.

Hubo un breve silencio. Luego Navar dijo unas palabras.

— Chasseur d'Argent. ¿Has oído eso antes?

Los tres la observaron atentamente, como si esperaran una reacción determinada. Ella respondió abiertamente a la mirada escéptica de Navar.

— Sí, lo he oído. Mis padres lo mencionaron esa misma noche. Dijeron algo así como que eran agentes inactivos, que yo ya tenía la edad suficiente y que tenían que contármelo. Creo que mi madre tenía miedo. Ella dijo que querían volver a reincorporarla al servicio activo y que todo eso estaba muy mal. Realmente no tengo ni idea de lo que había querido decir. ¿Qué es «Chasseur d'Argent»? ¿Una especie de red de espionaje?

Carly sacudió la cabeza casi imperceptiblemente en dirección a Navar. Scott sacó la mano de detrás de la espalda. ¿Acaso había tomado una pistola? Su corazón retumbó contra sus costillas, asustada.

— No huelo nada, Navar. Definitivamente está diciendo la verdad.

— ¿Qué quieres decir con que no hueles nada? — Con un presentimiento en la mente, tomó la mano de Carly y tiró de ella.

La delgada rubia apartó la mano con tanta fuerza que Danielle casi salió despedida del sofá.

— ¡Ja! No estaba segura, pero ahora todo está claro. — Ella se reclinó, satisfecha. — Eres una loba, ¿verdad? Navar también lo es. ¿Scott? No, creo que él no.

Volvieron a mirarla durante un minuto entero, pero esta vez totalmente consternados. De repente, Carly soltó una risita estridente y aquel comportamiento de colegiala confirmó sus sospechas.

— ¿Qué? — Carly tomó el vaso de whisky vacío y lo olió. — ¡Navar, sinvergüenza! ¿Acaso le pusiste algo a la bebida?

— ¡No te molestes, Carly! El secreto ya está revelado. Por cierto, su secreto está a salvo conmigo. Mi mejor —ella sonrió brevemente— mi única amiga es igual que tú.

Nuevamente hubo un silencio sepulcral. Loretta nunca se andaba con rodeos. Le había dicho que había otros como ella. Pero que se evitaban por razones de seguridad. De acuerdo con su intuición, y dada la reacción de los tres, su ex prometido tenía algo que ver. De lo contrario, ¿por qué Navar la miraría como si no pudiera decidir si ella estaba mintiendo o si realmente era digna de confianza? Para ser honesta, no le importaba por el momento. Después de todo, la conversación aparentemente giraba en torno a ella, o más bien ahora en torno a Sebastian, el hombre al que había amado. Al parecer, no solamente era un hijo de puta egoísta, sino... bueno, eso era algo que tenía que averiguar.

Así que siguió hablando, aunque eso no disiparía las sospechas de Navar.

— ¡Genial, ya hemos aclarado eso! Ahora les toca a ustedes.

Ella miró al grupo con una expresión de aliento. Creyó reconocer un cambio en los ojos de

Navar. Por supuesto, seguían brillando casi implacablemente, pero ¿no había también un atisbo de alivio?

Él se pasó ambas manos por su abundante cabellera y dirigió a Carly una mirada interrogante. Ella asintió reservadamente, y Scott hizo lo mismo poco después.

— Sebastian Deveraux es miembro de «Chasseur d'Argent», los Cazadores de Plata. Este grupo tiene como misión localizar y matar a todos los cambiaformas. Han estado haciendo esto durante mucho... mucho tiempo. Nuestro pueblo vive en la clandestinidad por culpa de ellos.

Su mandíbula inferior cayó mientras las palabras se filtraban lentamente en su cerebro.

Ella se frotó las sienes. — ¡Espera! ¡Un momento! ¡Eso suena como una especie de inquisición! No me puedo imaginar... — Detuvo sus pensamientos para respirar profundamente y comenzó de nuevo. — ¿Estás diciendo que incluso mis padres estaban involucrados?

— Según parece. — Navar intercambió otra mirada con Carly y Scott. — Dijiste que eran agentes inactivos. No sabíamos que los Cazadores de Plata trabajaban con ese tipo de mecanismos. Eso lleva todo a otro nivel.

— Es cierto — gruñó Scott. — Hasta ahora he logrado identificar a casi todos los miembros activos. ¡Pero esto! ¡Mierda! Debe haber registros, listas de los miembros inactivos. Tengo que conseguir acceso.

— ¡Scott! ¡No! — Carly se levantó de un salto y caminó nerviosamente de un lado a otro. — Tendrías que acercarte aún más a Constantine. Y si descubre que lo estás engañando...

— Ella tiene razón — interrumpió Navar. — Esto está yendo demasiado lejos. Limitémonos a hablar del tema por ahora. — Él volteó hacia ella. — Danielle, tengo una teoría. Tus padres deberían haberte hablado sobre su relación con los Cazadores de Plata. Y no lo hicieron porque pensaban que la cacería estaba mal. ¿Y si usaron a Sebastian para acercarse a ti y volver a doblegarlos a ellos y, finalmente, también a ti?

Con esfuerzo, Danielle hizo a un lado sus emociones. Dios sabía que ya era bastante impactante que sus padres pudieran no haber sido las personas cariñosas que siempre había creído que eran. Lo de Sebastian, en cambio, no la sorprendía en absoluto.

— Mi madre tenía esa sospecha. En aquel entonces, no había entendido a qué se refería. Pero ahora, con la nueva información, diría que ella estaba muerta de miedo. — Los engranajes en su cabeza parecieron rechinar antes de ponerse en movimiento y darle una sospecha tan atroz que era mejor no decirla. Pero su lengua tenía otros planes. — ¿Y si el accidente no fue un accidente? ¿Y si querían castigar a mis padres? Eliminan a los confidentes renegados, ¿no? Quizás yo solo fui una víctima accidental. ¿O tal vez no?



Capítulo 8

Danielle

Se mordió el labio inferior al ver los rostros impasibles.

— ¡Disculpenme! Solo estoy tratando de encontrarle sentido a todo esto.

De repente, se sintió desbordada. Levantó su vaso, el cual Navar volvió a llenar sin más. Beber ciertamente no era la mejor manera de despejar el caos de su cabeza pero, por el momento, tampoco era la peor.

— Tengo que preguntarte esto ahora, Danielle. ¿Sabía Sebastian lo de la fiesta? ¿Sabía cómo llegarías allí?

Ella respondió a Scott automáticamente.

— Sí, por supuesto que lo sabía. Le dije que saldría a las diecinueve, pero no que yo misma estaría detrás del volante. — Ella hizo una breve pausa. — No pensarás que él conducía el camión, ¿verdad? Era un imbécil, pero ¿un asesino? ¡No! No lo creo.

— Todos los Cazadores de Plata son asesinos — gruñó Navar con una repugnancia indisimulada. Su corazón se estremeció, porque difícilmente podía refutar sus palabras. Lo que la asqueaba era la verdad que había detrás. Sus padres habían estado involucrados. ¿Habían matado también? Si era así, ¿cómo iba a superarlo? Terminó su bebida e inmediatamente se sirvió otra más, ya que Navar había traído la botella consigo.

— Qué se supone que debo pensar ahora, ¿eh? ¡Mis padres, mi ex... probablemente eran unos asesinos malvados! — Ella bebió el siguiente vaso. — ¿Eso en qué me convierte, eh? ¿Alguien puede decírmelo? — Ella señaló a Navar. — ¿Y tú? ¡Un cambiaforma lobo, por supuesto! ¡Estupendo! ¡Solo para que lo sepas! No quería el trabajo, pero ahora sí. ¡Todo gracias a ti!

Ella tomó otra copa, le dio hipo y se puso roja.

— Debería irme. Esto no va a ninguna parte.

Cuando se levantó, sus piernas se sintieron como si fueran de goma. Dio unos pasos, tropezó con la esquina de la mesita y se tambaleó peligrosamente. Nunca había sido capaz de tolerar el alcohol y ahora estaba haciendo el ridículo. Escapar era la única opción. Se sujetó desesperadamente la cabeza para detener el zumbido en su interior.

Inesperadamente, dos fuertes brazos la rodearon.

— ¡Carly, Scott! Ya hablaremos en otro momento.

Los dos se despidieron rápidamente, mientras que Carly sonreía con picardía. O tal vez se estaba riendo de ambos, lo cual no sería extraño. Danielle se esforzó por esbozar una sonrisa de disculpa, pero sus labios no le obedecieron correctamente. Navar seguía sujetándola de los hombros, pero tan cerca que podía sentir toda la longitud de su cuerpo contra el suyo. Incluso con la mente nublada, sabía lo indecente que era aquello. Pero aun así se sentía muy bien. Él era tan alto, y estaba parado detrás de ella como una pared. Eso era exactamente lo que necesitaba

ahora... ¡pero no de su jefe!

Con el poco sentido común que le quedaba, dio un paso hacia adelante y se dio la vuelta.

— Le pido disculpas. Normalmente no suelo beber. Solo que todo ha sido demasiado para mí. Ahora me iré a casa y mañana volveré a estar en condiciones, se lo juro.

Ella no esperó una respuesta. Volvió a darse la vuelta inmediatamente, por desgracia, demasiado rápido. La alfombra sobre la cual estaba el tresillo se movió de repente. Tuvo que esperar hasta que se detenga para llegar al parqué. Pero se tambaleó con torpeza y probablemente habría caído al suelo si Navar no la hubiera sujetado una vez más. Él la levantó en sus brazos como si no pesara nada.

— Solo estoy un poco mareada. Estaré bien en un momento. Puede bajarme — jadeó ella, asustada.

— ¿Mareada? Yo diría que estás completamente ebria.

Él sonrió divertido. Su rostro ya no parecía tan aterrador, era realmente bonito, pensó ella. Estiró la mano, le tocó la mejilla y se quedó mirando fijamente su boca.

— ¿Ebria? Para nada —murmuró ella— solo estoy un poco mareada.

Recorrió sus labios con los dedos, solo porque le apetecía.

— ¿Me pregunto cómo se sentirán?

Ella le sonrió a Navar, que no podía oír sus pensamientos.

— ¡Está bien, ya es suficiente! ¡A la cama!

Ah, sí, eso sería fenomenal. De repente se sintió tan terriblemente cansada que apenas podía mantener sus pesados párpados abiertos. De reojo, notó cómo Navar la acostaba en una enorme cama y le quitaba los zapatos.

— ¿Vienes a la cama conmigo? — preguntó ella de la forma más seductora posible.

Era una oferta razonable, pensó ella. Él estaba aquí, ella estaba aquí, una cama grande con las almohadas más suaves del mundo... todo eso gritaba sexo. No podía pensar en un hombre mejor que Navar para poner fin a sus años de abstinencia. Bueno, él era el único hombre con el que quería hacerlo. ¡Pero, por Dios, estaba tan cansada! Bostezó ruidosamente mientras Navar la miraba como si se arrepintiera.

— ¡Tal vez en otra ocasión! — resopló él. — Si sabes de lo que estás hablando.

— ¡Pero si sé perfectamente de lo que estoy hablando! — refunfuñó ella, y entonces sus ojos se cerraron por completo.

Al parecer, los miserables ruidos provenían de ella misma. Danielle abrió un ojo con dificultad, solo para volver a cerrarlo inmediatamente. ¡Ay! La brillante luz del día atravesó su cerebro como una punta de lanza al rojo vivo. En ese breve instante, había percibido un ambiente que no se parecía en nada a su dormitorio. ¡Maldición! ¿Dónde diablos estaba?

Respiró profundamente varias veces antes de obligarse a abrir los ojos. A su derecha había

ventanas que iban del suelo al techo, al frente había un armario con espejos y estaba tumbada en una cama de tamaño King. ¡Definitivamente no era la suya! No podía pensar con claridad. En su cabeza, un grupo de parvularios aparentemente estaba practicando a tocar la batería, mezclado con algunas gaitas y absolutamente desafinados.

Sentarse erguida fue una tortura, ya que a la orquesta se le sumaba una banda de instrumentos de viento sin talento. Cuando el zumbido disminuyó un poco, sacó las piernas de la cama. De repente, recordó la noche anterior, al menos, la mitad. ¡Oh, Dios! Esperaba no haber dicho demasiadas tonterías. Había una cosa que sí recordaba con claridad. Ella había querido acostarse con Navar, tal vez incluso se lo había pedido.

Se miró a sí misma, avergonzada. ¡No, todo estaba bien! Aún llevaba puesto el vestido y los zapatos estaban cuidadosamente colocados junto a la alfombra. ¡Sin embargo, nada estaba bien! Aparte del hecho de que había hecho el ridículo, aún tenía que enfrentarse a la inquietante pregunta de qué había sucedido realmente hace ocho años y si sus padres alguna vez habían asesinado a alguien sin escrúpulos. Si los dos aún estuvieran vivos, ¿tendría que ocultarles a Loretta? ¿También tendría que mentir sobre Navar o sobre Carly?

Ella tragó saliva. El sabor era repugnante y tenía la boca completamente seca. La cabeza volvió a latirle con fuerza cuando se agachó para buscar sus zapatos. Lo que más necesitaba en este momento era algo de beber y una ducha. De alguna manera tenía que escabullirse del apartamento de Navar y llegar a casa. Todo lo demás tendría que esperar.

Caminó de puntillas hasta la puerta, la abrió un poco y miró hacia la sala de estar. Parecía completamente desierto, bien. Avanzó lentamente, pero se paralizó al instante cuando escuchó la voz de Navar.

— Resucitada de entre los muertos, ¿eh? ¿Café?

Ella cerró los ojos. ¡Mierda! Mientras se daba la vuelta, forzó una sonrisa en los labios.

— Sí, eh, gracias por el alojamiento de emergencia. Realmente lo siento muchísimo. Me iré ahora para que pueda tener un poco de paz y tranquilidad.

Navar se paró frente a la puerta de la terraza y luego hizo un gesto para invitarla a salir.

— ¡No seas tonta! Parece que te vendría bien un café y un desayuno ligero.

La sola idea de comer le dio náuseas, pero un café fuerte sonaba tentador. Navar no parecía necesariamente repugnado por su presencia. En realidad, se estaba comportando de forma bastante comprensiva.

Ella suspiró. — De acuerdo.

Se dejó caer en el cómodo sillón de la azotea. Realmente no estaba en su mejor momento. Navar le acercó una taza llena, que sorbió agradecida.

— Una vez más, señor. De verdad, yo no soy así. Espero que pueda pasarlo por alto. Solo estaba...

Navar hizo un gesto despectivo. — ¡Basta ya con lo de señor! Me llamo Navar y ahora que sabes lo que soy, podemos ahorrarnos las formalidades. Y sí, lo de anoche fue duro. Podemos dejarlo así.

— ¿Dejarlo así? ¿Cómo te sentirías si descubrieras que tus padres te habían engañado y que tu ex podría haberlos matado?

— Eso no es lo que quise decir en absoluto y en cuanto a tu pregunta... no conozco a mis padres. Si hubiera un tono más intenso que el rojo fuego, su rostro habría adquirido ese color ahora mismo. Él le había perdonado el desliz, y ella se había puesto así porque había malinterpretado sus palabras. ¿Podría ser más embarazoso?

— Lo siento, creo que el whisky era malo.

Navar se rio a carcajadas.

— Bueno, pequeña borracha, la botella costó seiscientos dólares, así que es poco probable.

Inconscientemente, ella tomó un croissant y lo mordisqueó.

— ¿Qué pasó? Con tus padres, quiero decir. — Ella volvió a sonrojarse. — No tienes que responderme. Realmente no es asunto mío.

— Hm. Solo sé que están muertos. Mis tíos me criaron, si se puede llamarlo así. No eran precisamente un orgullo para los de mi especie.

Danielle lo miró con curiosidad. Lo dijo tan impasible como si estuviera hablando del clima de ayer.

— ¿Qué significa eso exactamente? ¿No eran un orgullo para los de tu especie?

— Bueno, ambos tenían una fuerte adicción por ciertas sustancias. Las drogas tienen un efecto diferente en nosotros en comparación con los humanos, así que necesitaban muchas. Ya sabes cómo es la gente así. Finalmente, ya ni siquiera eran capaces de transformarse.

— Terrible.

Ella intentó imaginarse al pequeño Navar en un entorno así. Qué terriblemente solo debió haberse sentido.

— Tu primera transformación, ¿al menos te ayudaron con eso? Loretta, o sea, mi amiga, me dijo que daba un poco de miedo y que no era del todo seguro. Bueno, ella tenía tres hermanos mayores y a su padre lobo que estuvieron a su lado en aquel entonces.

— Desgraciadamente, ellos estuvieron allí. — Navar no evitó su mirada mientras continuaba. — Mi tío me dijo que no actuara de esa forma y luego me echó. Vivíamos en un parque de caravanas al borde del desierto. Simplemente salí corriendo en medio de la noche. Y al cabo de un tiempo, incluso me parecieron estimulantes todos los sonidos, los olores, la fuerza. — Él se frotó las manos. — No es exactamente lo que esperabas, ¿verdad? Tu infancia de seguro fue más agradable.

— Tienes razón, al menos en lo que respecta a mi infancia. Y en cuanto a mis expectativas, bueno, solo me sorprende que no te hayas desplomado también. Con ese ejemplo a seguir...

Navar se encogió de hombros. — Pura casualidad, probablemente.

Sintiéndose considerablemente mejor, terminó su croissant. Las casualidades existían, de eso no había duda. Había buenas y malas, según cómo se dieran. Pero del mismo modo que no creía que su accidente había sido pura casualidad, tampoco creía que alguien pudiera levantarse por sus propias fuerzas por casualidad. Eso requería un carácter inmensamente fuerte, y eso no era algo que podía adquirirse, tenía que ser innato.

— ¿Intentaste averiguar algo sobre tus verdaderos padres?

— Eso no fue necesario. Murieron a causa de un desprendimiento de rocas. Y acabé brevemente en un orfanato, donde buscaron parientes cercanos. Supongo que mi tío solo me acogió porque de ese modo podía despilfarrar mi modesta herencia. Pero las monjas del Convento Ravenna debieron pensar que me estaban haciendo un favor.

— Bueno, ciertamente fue lo mejor para las monjas — intentó bromear ella. — Tu primera transformación probablemente habría sacudido la fe de esas pobres mujeres.

Navar levantó una ceja y luego se rio suavemente. — Nunca lo había visto de esa manera, como una buena acción por mi parte.

— No es la única, que yo sepa — respondió ella espontáneamente.

— ¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

Él se reclinó despreocupadamente. Una vez más, no pudo evitar sentirse cautivada por su figura. No descubrió ni un gramo de grasa, ni una sola lorza que sobresaliera traicioneramente de su cintura. Las mangas de su camisa y las perneras de sus pantalones se extendían sobre sus músculos tonificados y en su entrepierna se podía notar un abultamiento considerable... Rápidamente volvió a levantar la vista, ya que de repente sintió un cosquilleo entre las piernas.

— Por ejemplo, la Sra. Stratham, a la que no despediste. Y a mí me has ayudado, dos veces de hecho. Primero hiciste que Scott se involucrara y luego me dejaste pasar la noche en tu casa. Luego está el asunto de la compra de tierras. No son solo para ti. Estás creando un refugio para los cambiaformas, ¿no? Novum Regnum, el nombre lo simboliza, ¿o me equivoco?

Recibió un resoplido desconcertado como respuesta, lo cual fue suficiente para confirmar su teoría.

Ella sonrió con picardía. — Eso es algo lógico cuando uno sabe quién eres en realidad. Tu naturaleza es el factor X desconocido para todos los demás, por eso no hay forma de que puedan conectar los puntos.

Una expresión muy seria se dibujó en el rostro antes relajado de Navar.

— ¡Danielle! ¡No debes hablar de esto con nadie, ni siquiera con tu amiga! Nada debe filtrarse, porque eso podría provocar inquietud entre los cambiaformas, lo que a su vez alarmaría aún más a los Cazadores de Plata. Todavía no estoy lo suficientemente preparado.

Ella asintió. — Lo entiendo. De todos modos, como tu asistente, mis labios están sellados. O sea —ella tragó saliva— si es que sigo siendo eso, tu asistente.

Ahora Navar volvió a sonreír, con bastante picardía.

— No sería muy inteligente si te convirtiera en mi enemigo poniéndote en la calle. Tu problema con el alcohol también es otro tema. Necesito mantenerte cerca de mí.

La primera frase estaba basada en el sentido común, la segunda era una broma. Pero la tercera no la había dicho en broma. Había un tono en sus palabras, tal vez algo en el rango de los ultrasonidos que ella no podía oír realmente. Sus nervios vibraban intensamente, como si él los hubiera pellizcado. Sus ganas de revolcarse en las sábanas con él alcanzaron un nivel inconmensurable. Por supuesto, solo se lo estaba imaginando. Así que, ahora tenía que marcharse antes de que se le fundiera un fusible.

Ella se levantó bruscamente. — Sí, bueno, supongo que debería irme ahora mismo. Ya es tarde. Regresaré a casa brevemente y luego iré al trabajo lo antes posible.

Navar también se levantó. Su cara volvió a tener esa expresión de hermetismo.

— Jasper está esperando abajo con el auto. Para agilizar las cosas, él puede llevarte.

— ¡No! Ya te dije que...

— No lo he olvidado. ¡Pero Danielle! — Él rodeó la mesa y le tocó la mejilla. — Tienes que afrontar tus miedos. De lo contrario, nunca superarás el accidente, sin importar lo que descubramos al respecto. Jasper tiene los ojos puestos en todas partes, no te pasará nada. ¡Confía en mí!

Se inclinó y la besó en los labios muy suavemente y solo durante un milisegundo. Luego la miró a los ojos. El brillo calculador de sus ojos de repente volvió a desaparecer. Por alguna razón, Navar confiaba en ella. Fácilmente podría divulgar todo sobre él a todo el mundo. Si temiera eso, seguramente ya no estaría aquí. Y tenía razón. Su miedo a conducir era irracional. Si no lo superaba, el trauma siempre permanecería en ella.

— De acuerdo.

Sonriendo, le pasó un mechón de cabello por detrás de la oreja.

— Entonces nos vemos en la oficina.

Ella salió a toda prisa, bajó el ascensor, pasó corriendo junto al amable portero y salió a la acera. Solo quería ser lo más rápida posible, no quería pensar. Porque eso le daría tiempo para volver a imaginar posibles escenarios de terror. Por esa razón, pasó corriendo junto a Jasper, que ya la estaba esperando con la puerta abierta, y se sentó en el amplio asiento trasero.

El chófer cerró la puerta y subió al auto.

— Buenos días, Srta. Barns.

— Hola, Jasper — respondió ella sin aliento.

El auto se alejó de la acera. De inmediato clavó los dedos en los suaves asientos de cuero y miró fijamente la impecable línea de cabello de Jasper para no mirar por la ventana.

Pero, poco a poco, se fue relajando. Jasper hablaba sobre cosas triviales, no conducía de manera precipitada y dirigía el coche con maestría. Además, se aseguraba de que no fuera empujada lateralmente contra la puerta en cada curva. Jasper estacionó el auto frente a su casa en un abrir y cerrar de ojos.

— Ya hemos llegado, señorita. Gracias por volar con Air Jasper.

Él se bajó y le abrió la puerta. En ese momento, Loretta salió corriendo por la entrada principal.

— ¡Por el amor de Dios! ¡He intentado llamarte mil veces! ¡Normalmente nunca pasas la noche afuera!

— Sí, eh, yo sé. Tuve...

Entonces se dio cuenta de que Loretta no la estaba escuchando en absoluto. En lugar de eso, su amiga se había quedado mirando boquiabierta a Jasper como si estuviera envuelto en papel dorado con un gran lazo rojo y su nombre escrito en él.

— Hola — dijo Loretta.

La boca del chófer se abrió y se cerró varias veces antes de responder.

— Jasper, me llamo Jasper.

Danielle sonrió para sus adentros. ¡Qué cosas! Al parecer, una pareja perfecta. Ojalá las cosas siempre fueran tan obvias. Sus sentimientos por Navar crecían inexorablemente, pero ¿y él? Confiaba en ella, muy bien. Sin embargo, eso no era indicio de una relación que iría más allá del trabajo o la amistad. Tenía que conformarse con eso, porque al fin y al cabo no tendría un lugar en su mundo.

— Subiré a mi apartamento.

Esta información también fue ignorada por ambos.

Mientras se dirigía a la entrada, se preguntó si Jasper sabía lo de Navar. Eso era incierto. Esperaba que Loretta no se pasara de la raya.



Capítulo 9

Navar

Se había quedado mirando la puerta durante un rato. Una extraña sensación había crecido en su interior, como si le hubieran arrebatado algo. Solo cuando el ruido del ascensor se desvaneció, regresó a la terraza.

Nunca se había sentado aquí afuera a disfrutar de la vista. El portero, un poco perplejo, había preguntado si el Sr. Ammwald realmente había pedido comida al mejor servicio de entrega a domicilio de la ciudad. Desayunar con Danielle bajo el sol de la mañana y revelar un poco sobre sí mismo no le había resultado tan difícil. En realidad, no hablaba con nadie sobre su pasado poco glorioso. ¿Con quién iba a hacerlo? Necesitaba la lealtad de sus confidentes, no comprensión ni lástima.

Con un dedo quitó una migaja de la mesa. ¿Debería haber aceptado su oferta anoche? La pregunta había resultado sumamente inmoral, pero desde su punto de vista, estaba totalmente justificada. Tal vez no tendría una segunda oportunidad. Pero Danielle ni siquiera sabía de lo que estaba hablando. Aprovecharse de esa situación sería digno de un bastardo sin escrúpulos. Y no se rebajaría a ese nivel. Si se acostaba con ella, debería querer hacerlo, debería quererlo a él, exclusivamente y para siempre.

Horrorizado por sus propios pensamientos, arrojó una taza contra la pared. Colette, su compañera para ciertas necesidades, le había advertido sobre esto. Que un día conocería a una mujer de la que desearía algo más que una simple aventura. En aquel entonces, él se había reído ligeramente ante sus palabras. Hoy, sin embargo, no podía imaginarse volver a pasar unas horas agradables con Colette.

Ciertamente, era una mujer experimentada, inteligente, guapa y siempre estaba dispuesta a una cita. Pero siempre la había visto solo como un medio para lograr un fin. La propia Colette nunca lo había ocultado.

— Lo que yo sienta aquí dentro —ella se había golpeado ligeramente el pecho— no te interesa. Tampoco quiero saber nada de ti. Nuestra relación, mi querido, solo funciona porque esa es la piedra angular. Si alguna vez conozco a un hombre cuya vida interior sea importante para mí, serás el primero en saberlo. Y si alguna vez eso te pasa a ti, lo sabré. Porque entonces no volverás a llamar.

No solía tomarse en serio sus consejos. Su rechazo hacia la raza humana estaba profundamente arraigado en él, como si estuviera en su genética. Pero dependía mucho del apoyo de los humanos. ¿Qué estaba pasando con él? Por un lado, aconsejaba a todos los cambiaformas que no se relacionaran con los humanos. Y, por otro, utilizaba el apoyo humano cuando le convenía. De repente, le pareció repugnante su evidente doble moral. Incluso había intentado impedir que Carly aceptara a Scott como su compañero. Pero sin el astuto policía, nunca se habría acercado tanto a los Cazadores de Plata.

Tampoco tenía que hacerse el ingenuo cuando se trataba de su propia especie. Su tío y su tía eran

la mejor prueba de que también había escoria entre los cambiaformas.

Sus pensamientos volvieron a tomar otro rumbo. Aunque había querido acordar una cita con Colette hace apenas dos días, no lo había hecho y, de hecho, lo había olvidado por completo. ¿Entonces era Danielle la mujer que Colette había predicho? En general, todos estos años se había negado a tener una compañera, ¿y ahora estaba considerando precisamente a una humana?

¡Un momento! Recién acababa de percatarse de que el mundo no solo era blanco o negro. Muchos de los de su especie eligieron una pareja humana, y esto debió haber sido así durante siglos. Todas las generaciones anteriores han mantenido en secreto la existencia de los cambiaformas lobo. Danielle tampoco revelaría nada, lo sabía con absoluta certeza. Confiaba en ella y la deseaba. El vestido que se había puesto resaltaba sus curvas, sus largas piernas, sus caderas redondas y sus pechos voluminosos. Su figura era perfecta para su gusto y la forma en que se había tumbado en la cama frente a él había sido pura tentación. Sin embargo, lo que no sabía era cómo lo veía ella.

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. Al menos eso decía un dicho humano. Entonces, podía especular que ella no había querido llevarlo a su cama solo debido a su estado de desorientación. Tampoco había castigado de inmediato su breve beso con una bofetada. Por desgracia, solo eran especulaciones. ¡Maldición! Realmente no sabía nada sobre las mujeres. No sabía cómo coquetear ni cómo presentarse de forma atractiva sin agitar un fajo de billetes.

La siguiente taza se hizo añicos contra la pared. Lo mejor sería olvidar todo este asunto de inmediato. Dios sabía que tenía cosas más importantes que hacer. ¿Y dónde diablos estaba Jasper? ¡Debería haberlo recogido hace mucho tiempo! Pero, por favor, después de todo, él no dependía de su chófer. ¡No dependía de nadie, y mucho menos de una compañera! ¡Eso es!

Sin más preámbulos, trotó hacia su armario y se puso la corbata y la chaqueta. ¡Vaya! Ni siquiera tenía unos vaqueros o algo informal. Todo estaba orientado hacia el objetivo mayor, desde su ropa hasta su comportamiento, incluso su vida de ermitaño. Había llegado bastante lejos, pero la recta final tenía sus dificultades, ya que tenía que ocuparse de varias cosas al mismo tiempo. Sin embargo, le faltaba una idea brillante o su ingenio se estaba resintiendo a causa de la montaña rusa emocional.

¿Con quién debía hablar? Scott estaba fuera de discusión porque necesitaba un respiro. Por supuesto, Carly lo escucharía. Pero ella estaba especializada en cómo robar objetos valiosos sin que nadie se diera cuenta. Y él quería exactamente todo lo contrario.

En su mente, enumeró a sus otros aliados: Mike, Dayton, Madeleine, Finnan, Evan, Sophia, Vivienne y, y, y... Pero no, no quería ni podía molestar a ninguno de ellos con sus preocupaciones. A diferencia de él, todos ellos tenían una vida fuera de la misión.

Aunque Danielle tenía el extraordinario don de vincular aspectos aparentemente no relacionados para formar una imagen global coherente, él tampoco quería molestarla con eso. Por muy relajada que pareciera, el pasado la estaba afectando bastante. Pues claro, ¿cómo se sentiría él en su lugar? ¡Absolutamente devastado, así de simple! Ciertamente estaba su rencor contra los humanos, y no sin razón, pero jamás se le ocurriría asesinar a alguien solo por pertenecer a esa especie. Si sus padres lo hubieran hecho, tampoco podría tolerarlo. En ese sentido, era casi mejor no saber nada sobre ellos. Sin embargo, si resultaba que ese canalla de Sebastian había matado a los padres de Danielle, tal vez no sería tan aprensivo. Porque, en ese caso, Deveraux habría

consentido o incluso habría deseado la muerte de Danielle.

Decidido, tomó su teléfono móvil y marcó el número de Scott. Cuando contestó, no se molestó con preámbulos.

— ¿Puedes encargarte de cotejar las huellas dactilares? ¿Las que no pudieron identificar con las de Deveraux?

— Navar, amigo mío, ya pensé en eso hace tiempo. Pero necesito tiempo. La próxima vez que me encuentre con él, conseguiré las huellas. Pero aun así seguiría siendo problemático. Porque si encontrara una coincidencia, eso no probaría nada ante el tribunal. Además, tendríamos que explicar cómo lo habíamos encontrado en primer lugar. Todo el asunto explotaría en nuestras caras y mi tapadera sería descubierta. El momento sería muy inoportuno. Estoy a punto de ser aceptado en los Cazadores de Plata. Definitivamente quiero seguir adelante con esto, porque es la única manera de conseguir los nombres de los agentes inactivos.

Él se frotó la frente. — No lo sé. Te estarías metiendo en la boca del lobo. No puedo pedirte que hagas eso, y si te pasara algo...

Scott se rio suavemente. — No hago esto por ti, lo hago porque es lo correcto. Yo empecé esto y voy a terminarlo. Por cierto, ¿cómo está Danielle? Debe estar conmocionada.

— No noté nada esta mañana. La veré en la oficina más tarde.

— Ah, sí. ¿Y qué más?

— ¿Y qué más? No hay nada más.

Scott volvió a reírse. — Bueno, yo no tengo tus sentidos, pero Carly sí. Déjame darte un consejo que me dio mi abuela. No hay nada malo en tener un gran trabajo o una vocación, pero piensa en ti de vez en cuando.

— Entonces, ¿qué quieres decir con eso? No necesito...

— ¿Qué es lo que no necesitas? ¿El consejo de un humano, ni amigos, ni compañera, ni amor? Eres un tonto si piensas así. Créeme, sé de lo que estoy hablando. ¡Voy a colgar ahora, Navar! Hasta luego.

Mientras Scott cumplía con su anuncio, refunfuñó en voz baja para sí mismo. ¡Carly! Él debería haber asumido que lo descubriría. Y, por supuesto, le había contado de inmediato sus observaciones a su compañero. La próxima vez que la viera, le tiraría de las orejas. Pero ¿por qué? ¿Porque ella no le guardaba secretos a Scott?

Como no podía localizar a Jasper por teléfono, se puso un poco nervioso y marcó el número de su receptor.

— Sr. Ammwald, eh, Navar, ¿qué sucede? ¿Está todo bien?

La voz de Danielle lo hizo soltar un suspiro de alivio.

— No puedo localizar a Jasper. Y ya debería haber estado aquí.

— Sí, sobre eso. — Ella soltó una risita traviesa. — ¡No te preocupes! Jasper fue, cómo decirlo, tomado por sorpresa.

— ¡¿Tomado por sorpresa?! ¿En el sentido de que le han dado una paliza, o qué?

— No, más bien fue derribado por una pluma. Te lo explicaré cuando llegues, ¿de acuerdo?

Toma el autobús por esta vez, puedes hacerlo. ¡Hasta luego!

De nuevo, la conversación terminó sin que pudiera decir nada más. ¿Se habían vuelto todos locos? Uno de ellos le había aconsejado que pensara en sí mismo y su asistente quería que viajara en transporte público. ¡Viajar en autobús, una mierda!

Sacó de un cajón la tarjeta de acceso al estacionamiento subterráneo y las llaves de su auto. Normalmente, Jasper se encargaba de que el auto estuviera siempre listo para conducir. Sin embargo, él nunca lo usaba. El Camaro ciertamente no era el vehículo más caro del mercado, pero no lo había comprado por eso. Le había gustado la pintura, porque el lobo aullador sobre el capó parecía como si él mismo lo hubiera modelado.

Cuando salió del estacionamiento con el motor rugiendo, tuvo que sonreír. Era extraño. A mucha gente le fascinaban los lobos. ¿De dónde venía eso? Tal vez era un conocimiento transmitido durante eones, tal vez en el fondo los humanos recordaban a sus antiguos aliados. Si eso era cierto, aún había esperanza de reconciliación. Nunca había pensado en eso, pero sería beneficioso para ambas partes. Sin embargo, tal vez sería ingenuo aspirar a tal cosa. Después de todo, los cambiaformas ya habían sido traicionados una vez y los aparentemente invencibles Vargs habían pagado aún más caro su oferta de paz.

Después de haber estacionado su auto bajo las miradas casi sorprendidas de algunos de los empleados, se preparó mentalmente para no dejar que ninguno de sus sentimientos se filtrara delante de Danielle. Nunca se había sentido tan inseguro. Normalmente cuando tenía un objetivo, seguía los pasos de la A a la Z y estaba seguro del éxito desde el principio. Pero si el objetivo tenía voluntad propia y, no quería ser un objetivo, tenía la peor mano de póker de todos los tiempos. Tal vez sería mejor saltarse esta ronda.

— ¡Buenos días, señor! — lo saludó Danielle formalmente después de que entrara.

Malhumorado, él entrecerró los ojos. ¿Primero Navar y ahora otra vez señor?

— Pensé que habíamos acordado tutearnos.

— ¡Sí, lo habíamos hecho! Pero lo he vuelto a pensar. Por supuesto, usted puede llamarme como quiera, pero en mi caso... es mejor para todos los implicados si mantengo cierta distancia.

Él se acercó más a ella. Le temblaron un poco las manos, pero no retrocedió.

— ¿A qué se debe este cambio de opinión, si no te molesta que te lo pregunte?

Él no pudo evitar sonar ofendido.

— Bueno, cambiaformas lobo, un nuevo reino, conspiraciones y todo eso, no es lo mío. Luego está la historia de mis padres y Sebastian. Tengo que asimilarlo de alguna manera y, para ser sincera, no quiero seguir involucrándome más. Básicamente, ya sé demasiado.

— Averiguaremos lo que pasó esa noche, y entonces...

— ¡Pero ese es el punto! No hay un «y entonces» no puede haberlo — lo interrumpió ella, agitada.

— No lo entiendo. ¿No quieres que Sebastian sea castigado si es culpable?

— Por supuesto que sí. Pero ¿cómo se supone que eso suceda sin revelar todo sobre los Cazadores de Plata? Si no fuera así, él no habría tenido ningún motivo para cometer el crimen, y cualquier acusación carecería de fundamento. Aunque sacara a relucir lo de «Chasseur d'Argent»

nadie creería mi razonamiento. Solo pensarían que estoy siendo vengativa por la boda cancelada. Él la miró fijamente. Danielle jugó con sus dedos y evitó su mirada. De repente, se dio cuenta. Lo importante no era lo que ella había dicho, sino lo que había omitido.

— La gente creería tu razonamiento si el mundo supiera de nosotros, si pudieras presentar a un cambiaforma lobo. Y podrías hacerlo, tu amiga, por ejemplo, Carly o yo. Pero no quieres.

Ella tragó saliva antes de sacudir la cabeza con decisión. — No, no quiero eso. No puedo poner en peligro a un solo cambiaforma solo por mi satisfacción. Eso es exactamente lo que sucedería, porque el factor tiempo es crucial. Y antes de que un tribunal se encargue de los crímenes de los Cazadores de Plata, ellos podrían seguir asesinando tranquilamente. En general, es dudoso si alguna autoridad se animaría a hacerlo. Como ya lo he dicho, tengo que ocuparme de esto sola. Todo lo demás no es asunto mío. ¿Un expreso?

Ella levantó la taza interrogativamente, como si quisiera seguir con sus actividades cotidianas sin más vueltas. Sin decir una palabra, ella le dio la espalda y se dirigió hacia la máquina de café. Se encogió de hombros mientras lo hacía. Sí, él no sabía nada sobre las mujeres, pero ésta en particular era obviamente un regalo para los de su especie. Ella no iba a hacer justicia porque no quería correr riesgos y quería proteger sus planes.

Durante unos segundos, él se quedó allí parado, impotente. Ni un simple gracias salió de sus labios, pues eso no honraría ni un poco su sacrificio. Ella debía estar terriblemente triste y, lógicamente, enfadada. Tener conciencia a veces tenía un precio terriblemente alto.

Sin pensárselo dos veces, se puso detrás de ella y le dio la vuelta.

En sus ojos brillaban las lágrimas.

— Ven aquí.

La acercó a su pecho, y le acarició la espalda. Danielle se aferró a su chaqueta y moqueó con cautela.

— Lo siento — susurró él.

— No lo sientas. Si realmente se descubriera que mi madre y mi padre también eran... ya sabes. Simplemente no puedo decidir si quiero saberlo. Y si se confirmara, Dios, de seguro me odiarías. ¿Eso es lo que ella asumía? ¡Qué tontería! Como si se pudiera culpar a los hijos por las acciones de sus padres. Él pensó eso, pero no lo dijo. Cada pensamiento, cada palabra que no era seguida de una acción era un desperdicio de energía.

Así que, por primera vez, actuó guiado únicamente por su corazón.

Le levantó la barbilla con un dedo y buscó su mirada. — Nunca podría odiarte, ¿me escuchas? ¡Nunca!

Trazó el contorno de sus labios con el pulgar antes de besarla en la boca. Danielle se quedó paralizada por un instante, pero luego le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso. El lobo en su interior parecía haber estado esperando este momento, porque de repente estaba completamente despierto.

De su garganta escaparon gruñidos tentadores, una melodía de deseo, pasión y devoción que hasta entonces no había conocido. Danielle respondió frotándose contra él y suspirando. Tenía que parar esto. Éste no era ni el momento ni el lugar. ¡Pero maldición! Su miembro estaba tan

duro como el acero y el dulce aroma del deseo de Danielle llegó a su nariz.

Una voz interior le susurró. — ¡Piensa en ti también! ¡No, es mejor no pensar en nada! ¡Cógela! ¡Ahora! ¡Aquí mismo!

Entonces la sujetó por el trasero y apretó su abdomen contra su entrepierna. El calor entre sus piernas casi lo volvió loco. No, ya no pudo contenerse.



Capítulo 10

Danielle

Se suponía que había cosas que eran demasiado buenas para ser verdad. Ese beso, el cuerpo de Navar cerca del suyo, la lujuria que surgía en su interior... todo aquello, sin duda, formaba parte de ello y era real. Por desgracia, la oficina y sus alrededores también eran muy reales. Alguien podría entrar y encontrarlos a ambos en una situación bastante explícita. En lo personal, solo le molestaría mínimamente, porque durante ese breve momento se había sentido bastante bien. A Navar, sin embargo, no le convendrían las habladurías, lo cual tendría un impacto negativo en su negocio. A fin de cuentas, él no iba en serio con ella. Pero una cosa era cierta. Si la sostenía así por un minuto más, si sentía la dura evidencia de su deseo contra su abdomen un poco más. ¡Entonces iría muy en serio!

— ¡Navar! — jadeó ella, apretando las manos contra su pecho.

Él la miró distraídamente. Sus ojos oscuros eran casi negros y parecían devorarla. Un gruñido indignado escapó de su garganta mientras la agarraba con más fuerza.

— ¡Navar! — repitió ella ahora con énfasis. — ¡Suéltame!

Sus manos cayeron. Luego cerró los párpados con fuerza. Cuando volvió a abrir los ojos, notó con tristeza que el fuego que había en ellos se estaba apagando. Ella sabía que era solo un fuego pasajero, ardiente pero efímero. Con demasiada rapidez, la razón volvió a tomar el control. Pero eso era lo que ella quería, ¿cierto?

— ¡Lo siento! — Con las manos cerradas en puños, él dio un paso atrás. — Solo pensé... bueno, no sé lo que estaba pensando. Pero tengo que insistir en que me llames por mi nombre. ¡No más «señor»!

Bueno, ¿qué se suponía que debía responder a eso?

— ¿Es una orden oficial?

— Muy oficial. Puedo emitir un memorándum al respecto si te hace sentir más cómoda.

Ella le sonrió irónicamente. Como si tuviera que ver con lo que pensara la gente. Más bien, necesitaba mantener cierta distancia de él, y tutearlo no era una buena manera de hacerlo.

— Bueno. — Navar se sentó en una esquina del escritorio, evidentemente no dispuesto a darle un respiro. — ¿Y cómo estuvo tu viaje en auto? ¿Soportable o fue una tortura?

— Bien, la verdad que muy bien. No chillé ni intenté saltar del auto yendo a toda velocidad.

Intentó sonar ligeramente sarcástica. En realidad, no lo había pensado siquiera un segundo. El miedo de repente había desaparecido. Pero seguía siendo extraño. Loretta había intentado persuadirla varias veces para que se subiera a un auto al menos por un rato. Y nunca se había atrevido a hacerlo. Hoy, unas pocas palabras de Navar lo habían cambiado todo. Pensó que este cambio de mentalidad probablemente se debía a que él la desafiaba constantemente. Hace apenas una semana, habría evitado cualquier confrontación con el pasado, pero ahora tenía la fuerza para afrontarlo como era debido. En realidad, había creado su propia pequeña dimensión. Ni siquiera

la naturaleza de Loretta la había sacado de su estupor. ¡La vida pasaba rápidamente ante sus ojos y, sin embargo, ahora era tan emocionante! Quería formar parte de ella y no solo observar.

— Sabía que podías hacerlo — respondió Navar con total naturalidad. — ¿Y Jasper? ¿Qué pasó con él? Ese comportamiento no es propio de él.

¡Maldición! Ella no quería hablar de eso precisamente ahora. ¿Y por qué? De repente entendió exactamente lo que pasaba por la cabeza de Loretta, porque ella había sentido lo mismo cuando Navar la había mirado a los ojos por primera vez en la oficina diáfana. Desde entonces, la corteza de su corazón se había ido desmoronando. No había mirado a un hombre durante ocho años porque Sebastian había corrompido por completo ese tipo de emociones.

Le picó la garganta. Tosió para ganar tiempo. Se había enamorado perdidamente de Navar. Por muy liberador que fuera admitirlo finalmente, por muy agradables que se sintieran las mariposas en el estómago, por desgracia, había vuelto a equivocarse. Si Navar eligiera alguna vez a una mujer, probablemente sería a una loba, una dama de mundo con estilo e ingenio, pero definitivamente no a la mejor mecanógrafa con conexiones ocultas con los Cazadores de Plata.

Ella tosió una vez más y luego hizo que su voz sonara lo más neutral posible.

— Supongo que Jasper ha conocido a la mujer de sus sueños. Bueno, y la cautivadora impresión ha sido mutua. En todo caso, no ha olvidado sus deberes. Él quería traerme aquí, pero le di el día libre, por así decirlo, para que él y su amada pudieran conocerse mejor.

— ¿Le diste el día libre a mi chófer sin mi autorización?

Navar la miró con bastante seriedad y se cruzó de brazos. Entonces ella hizo lo mismo y se encogió de hombros. No pudo evitarlo. Enfrentarse a él la excitaba.

— Sí, puede que haya sido un poco descarado, pero qué importa.

Sus labios se torcieron, por el momento era difícil saber si era por diversión o por enfado.

— ¿Y quién es la mujer, si es que se puede saber?

— Mi amiga Loretta. — Ella se dio la vuelta, tomó la taza de café y bebió un sorbo. — Muy conveniente, ¿no crees? Si todo va bien, se lo contará a Jasper. Sería fabuloso que él también estuviera al tanto. Cuantos más aliados, mejor.

Navar le quitó la taza de la mano y bebió un sorbo. Había algo íntimo en ese gesto, pero no estaba segura si lo había hecho accidentalmente o a propósito.

— ¿Y cómo pasó eso realmente?

— Bueno, Jasper me llevó a casa, Loretta salió corriendo a la acera porque estaba preocupada por mi ausencia y, ¡pum! — Ella dio una palmada. — Los dos simplemente se miraron y eso fue todo.

Ella pensó que había contado la historia con bastante desenvoltura, sin delatarse. Pero, de repente, Navar la miró intensamente y sus ojos volvieron a oscurecerse. Se sintió acalorada por la vergüenza. ¡Santo cielo! Tal vez él podía oler lo que estaba pasando con ella. Ah, tonterías, se tranquilizó a sí misma. Los sentimientos seguramente no desprendían olores. Lo mejor que podía hacer era seguir hablando inocentemente.

— Eso suele suceder. Ves a alguien y, de la nada, te enamoras. Es instinto, creo. Nadie puede justificarlo.

Navar se levantó sin decir una sola palabra y se acercó un poco a ella. Entonces, ella sonrió tontamente, ya que sus nervios inmediatamente comenzaron a bailar claqué.

— Bueno, no es que lo haya experimentado alguna vez, solo he oído hablar de ello o tal vez lo he leído, así que... bueno...

— Hm. — Ahora él estaba parado de nuevo a pocos centímetros de ella.

Su corazón latía con fuerza.

— Suena bastante inverosímil, ¿no crees?

— Sí, por supuesto. — Ella soltó una risita. — Primero deberían conocerse bien. Una relación así debe ser bien pensada. Si no, el fracaso estaría garantizado. Después de todo, yo también pensaba que conocía a Sebastian al dedillo. ¡Qué idiota!

Ella hizo una mueca. El inesperado final de su relación con Sebastian solo merecía una acotación marginal, ya que al tipo probablemente se le debían atribuir cosas mucho peores que una insensible ruptura.

Navar puso un dedo índice bajo su barbilla y le levantó la cabeza.

Él la miró fijamente a los ojos.

— Te estás contradiciendo. Parece que todos esos años de conocerse tampoco aportan la seguridad deseada.

— Sí, eso parece.

La conversación tomó un giro extraño. Esos temas pertenecían a una noche de chicas, no se discutían con el jefe. Ella quiso girar la cabeza hacia un lado, pero él apretó su barbilla con más fuerza y la detuvo.

— Entonces uno podría evitar todas esas equivocaciones y confusiones.

Ella tragó saliva. El ambiente que la rodeaba estaba cargado de tensión.

— Es posible — jadeó ella entre dos respiraciones más o menos entrecortadas.

— Bien, entonces estamos de acuerdo. ¡Cásate conmigo!

— ¡¿Qué?!

Ella debería haber chillado de sorpresa o al menos de asombro, pero su pregunta solo salió débilmente. Sus rodillas se convirtieron en mantequilla, lo que hizo que se tambaleara hacia atrás y se dejara caer en su silla.

Sonriendo pícaramente, Navar acercó otra silla y se sentó en ella. Cruzó las manos y se inclinó hacia adelante.

— Sí, es muy lógico — empezó a explicar él. — En primer lugar, tú misma dijiste que cuantos más aliados, mejor, y en nuestro caso sería recíproco. De todos modos, trabajamos juntos y nos llevamos bien. Necesito una mujer inteligente a mi lado a la que no tenga que ocultarle mis verdaderos planes, por no hablar de las ocasiones oficiales. Tú, por otra parte, necesitas a una persona privilegiada que te ayude a aclarar lo del accidente. Quid pro quo, diría yo.

¿Cómo era el dicho? ¿Quedarse parada como una vaca frente a la puerta nueva de un granero? Así era exactamente como ella se quedó mirándolo, sorprendida y sin palabras. Su mandíbula crujió audiblemente cuando cerró la boca.

— ¿Qué te pasa? — preguntó ella, sacudiendo la cabeza. — No podemos casarnos así sin más.

— Sí podemos. Para eso está el registro civil.

— Pero los cambiaformas lobo no se casan de la forma tradicional.

— Si lo hacemos. Es una concesión al mundo en el que vivimos. Además, puedo ofrecerte más que otros.

Ella entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas. — ¿Eso es lo que crees que busco o qué?

— No, solo quería mencionarlo.

El hecho de que siguiera sonriéndole era absurdo. Pero lo que era aún más absurdo era que quería estar de acuerdo. Casi se había casado con un asesino, ¿por qué no con un cambiaforma lobo? Ese razonamiento también era extraño. Ella enterró brevemente su rostro entre las manos, tratando de controlar su confusión.

— ¡Un matrimonio, en serio! — empezó ella de nuevo. — ¿Qué pasa con el amor, el sexo y todo lo que conlleva? No me hace tanta ilusión una relación platónica.

Sus manos inmediatamente empezaron a sudar porque había expresado con total franqueza lo que pensaba en el fondo de su ser. ¿Por qué diablos no se negaba categóricamente?

— Sexo, ¿eh? No creo que eso nos cause ningún problema. Podríamos continuar justo donde lo dejamos antes. El resto, creo, vendrá después.

Su ceja levantada, y ella casi no podía creerlo, la llevó poco a poco a un punto en el que los pros superaban a los contras. En realidad, no había contras, porque ¿no acababa de decirle indirectamente que el amor no estaba descartado?

— ¡Estás loco! — espetó ella, en un lamentable intento de hacerle comprender la locura que suponía todo aquello.

— Probablemente. Entonces, ¿qué dices? ¿Quieres casarte conmigo?

— Sí. — Esa era la parte fácil, pero ella todavía tenía que quitarse de encima lo más importante.

Tal vez cambiaría de opinión después de escuchar esta advertencia.

— ¡Pero Navar! Si hacemos esto, entonces el matrimonio no tendrá fecha de caducidad.

Ella inclinó la cabeza para poder ver bien cuál era su reacción. La expresión del rostro de Navar permaneció relativamente inalterada. Pero un brillo apareció en sus ojos que parecía como si estuviera sonriendo de oreja a oreja.

Él tomó su mano y le besó los dedos. — Soy un lobo, mi elección también es definitiva. — Luego él se levantó. — Bien, Sra. Ammwald. ¡Entonces hagámoslo!

Mientras él desaparecía en su despacho, ella gritó tras él. — ¿Cómo procederemos ahora? ¿Debería...?

— ¡Confío plenamente en ti, cariño! — se escuchó detrás de la puerta que se cerraba.

Ella se rio sin querer. Navar estaba loco, pero ella aún más. Así que nunca se aburrirían. No estaba nada mal para empezar. Otros matrimonios a veces se basaban en mucho menos.

Ella se quedó sentada sin hacer nada durante diez minutos. Luego se pellizcó el costado con fuerza. Eso realmente le dolió, lo cual, como pudo diagnosticar de inmediato, no indicaba delirios psicóticos.

— ¡Estupendo! Entonces me ocuparé de las formalidades. — Mirando hacia la puerta cerrada del despacho, añadió con una sonrisa. — Cariño.

Aunque ahora estaba claro que había unos cuantos tornillos sueltos en su cabeza, se sentía fantástica. Las lamentaciones seguramente la afectarían en algún momento, pero por el momento todo esto le parecía como una opulenta cena de cinco platos. Aunque probablemente eso la enfermaría. Aun así, quería comérselo, incluido el postre, por supuesto.

Como si fuera lo más normal del mundo, preguntó a las autoridades sobre los documentos necesarios para contraer matrimonio. Aparte del documento de identidad, solo necesitaba su acta de nacimiento y el de Navar. El suyo estaba en casa, en un cajón con todos los demás papeles importantes. Navar seguramente también tenía una colección así, porque él mismo había dicho que los cambiaformas tenían que hacer las mismas concesiones al mundo que los humanos. El burocratismo era igual para todos.

— Escucha — dijo ella tras empujar la puerta de su despacho.

Él estaba hablando por teléfono y ella estuvo a punto de retirarse por costumbre cuando él puso la mano sobre el micrófono y le sonrió.

— Tu acta de nacimiento, ¿lo tienes en alguna parte? Para el registro civil, ya sabes.

De repente se le helaron las manos. Él se reiría de ella por haber caído en una broma pesada. Ella sabía muy poco sobre él. Tal vez él tenía un sentido del humor totalmente enfermizo.

— No que yo sepa. Nunca lo he necesitado.

Ella cerró los ojos para procesar las palabras. Esa era una respuesta directa, no un regodeo.

Navar le guiñó un ojo. — Eres mi asistente. Seguramente se te ocurrirá algo. Cuento contigo para eso.

Ella frunció los labios y puso los ojos en blanco.

— Si te casas con tu asistente, consigues dos por el precio de uno, ¿eh?

— ¡Me has descubierto!

El gesto pícaro de sus labios la hizo reír. En algún lugar dentro de él había un tipo simpático, tal vez incluso cariñoso. Al igual que su lobo, ocultaba ese lado de los ojos del mundo. Él tenía que hacerlo, pero no había duda de que ocultar su personalidad era terriblemente agotador. Por eso necesitaba toda la ayuda posible, aunque nunca lo admitiría. Entonces, si solo le había pedido que se casara con él porque no conocía una mejor manera de pedir su apoyo, ella no tenía por qué tomárselo a mal. La manera en que ella había afrontado el pasado también había sido bastante desastrosa. ¿Se podía considerar eso como algo que ambos tenían en común? Afortunadamente, nadie más que ella podía decidirlo y se decidió a favor de ello.

Entonces, ¿cómo iba a conseguir el acta de nacimiento de un hombre que no conocía a sus padres y, por lo tanto, ni siquiera sabía dónde había nacido? Se sentó en su escritorio y reflexionó un rato. Un poco más tarde, se dio una palmada en la frente. Él había mencionado el orfanato en el que había estado por un tiempo, algo eclesiástico con monjas... Ah, sí, el Convento Ravenna. Era un nombre bastante inusual, pensó ella. Normalmente, los conventos llevaban el nombre de algún santo o de alguna comunidad religiosa. Bueno, ella no era una experta en el tema y probablemente por eso nunca había oído hablar de una Santa Ravenna.

Encontró rápidamente el número del convento, pero tuvo que cuestionarse por la dirección. El

convento estaba tan aislado que ni siquiera había un pueblo en cien kilómetros a la redonda. Se preguntó qué había llevado allí al pequeño Navar sin padres. Sin embargo, sus padres habían muerto en un desprendimiento de rocas. Tal vez el accidente había ocurrido en una excursión cerca del lugar y las monjas lo habían encontrado o él mismo se había refugiado en el convento. Bueno, por muy misterioso que pudiera parecer, no le preguntaría al respecto. Él estaba vivo y eso era lo único que importaba.

Marcó el número de teléfono sin perder más tiempo. La línea crepitaba como hace cien años. Esperaba que la señora de la secretaría contestara. Al mismo tiempo, buscó entre los registros fiscales almacenados algún documento con la fecha de nacimiento de Navar. ¡Vaya! Ya tenía cuarenta y tres años, ella nunca lo habría adivinado. Así que ella era diecisiete años más joven que él.

Sonriendo, dejó que la llamada siguiera su curso. Vaya cliché que cumplían los dos; la joven empleada que conquistaba al viejo y rico jefe de la empresa. Pero, en primer lugar, Navar no era tan viejo como Matusalén y, en segundo lugar, ella no lo había cortejado hasta que él no tuvo más remedio que proponerle matrimonio. Él había tomado la iniciativa y ella no le había dicho que sí por interés económico, sino porque realmente tenía sentimientos profundos hacia él. Ella no tenía por qué defenderse si alguien hiciera comentarios estúpidos.

— Convento Ravenna. Soy la hermana Liliana.

— Sí, habla Danielle Barns. Soy la asistente de Navar Ammwald. Él estuvo en su orfanato hace aproximadamente cuarenta años. Esperaba que aun tuvieran algún documento, su acta de nacimiento o algo así.

— ¡Debe estar equivocada! No dirigimos un orfanato — gruñó la mujer al otro lado del teléfono de forma bastante malhumorada.

— No, no estoy equivocada. Él mismo me lo dijo. Fue llevado de su convento por su tío y su tía. Ella escuchó varias voces discutiendo en voz baja.

— ¿Quién dijo que era usted?

— La asistente del Sr. Ammwald, bueno, su futura esposa. Queremos casarnos, pero necesitamos urgentemente su acta de nacimiento. O quizás otro documento que aclare suficientemente su origen bastaría para el registro civil.

— Me temo que no puedo ayudarla con eso.

— Por favor... — intentó hacer cambiar de opinión a la monja. — Seguramente tienen alguna prueba de ello. Es para una boda, nada criminal o dudoso. ¿No podría hacer una excepción?

— Veré lo que puedo hacer.

Sin más ni más, la monja terminó la conversación. Danielle intentó volver a llamar varias veces, ya que la hermana Liliana ni siquiera le había pedido su número. Pero nadie contestó. ¡Maldición! ¡Qué lugar tan extraño! Se supone que las hermanas en la fe practicaban la caridad y la bondad. Al parecer, se había topado con una congregación religiosa que defendía los valores contrarios. ¿Y ahora qué?



Capítulo 11

Navar

En su opinión, había hecho un movimiento inteligente. Comprometerse a Danielle de forma permanente le parecía lógico y necesario para su tranquilidad. Como ella le había impedido ir más lejos con el beso, solo podía suponer que ella no estaba realmente enamorada de él. Tal vez era la diferencia de edad. Pero, en retrospectiva, no entendía cómo había llegado espontáneamente a la conclusión de que el matrimonio resolvería ese problema. Aun así, podía considerarse afortunado porque, evidentemente, se tomaba esa promesa muy en serio. ¡Ninguna relación platónica! Eso era exactamente lo que quería, pero había más. Aunque no sabía qué más podía haber además del sexo y la colaboración productiva.

No le había dejado los preparativos a ella sin segundas intenciones, y por eso se había metido en su despacho. Eso le daría tiempo suficiente para cambiar de opinión. Entones él tendría que aceptarlo, a regañadientes, porque difícilmente podría obligarla. No todas las negociaciones comerciales terminaban en un contrato firmado. ¿Y no era eso el matrimonio, al fin y al cabo, un negocio beneficioso para ambas partes? Su cabeza apoyaba esta tesis, pero en el fondo de su corazón sabía que eso no era verdad. Para Scott, por ejemplo, no había ningún beneficio objetivo de su relación con Carly. Al contrario, él se jugaba la vida constantemente. Lo hacía por amor, todo bien, pero, para él personalmente, el amor era una palabra vacía sin una definición concreta. Bueno, no necesitaba entender ese concepto, lo importante era que tenía a Danielle.

Conscientemente, ignoró todos los sonidos y no escuchó las llamadas telefónicas que Danielle estaba haciendo. En lugar de eso, centró sus pensamientos en el futuro. Tenía suficientes tierras para invitar a todos los cambiaformas lobo interesados. Pero, sin un líder, en primer lugar se desatarían peleas entre ellos. Había que formar manadas y nombrar alfas. Era necesario revivir esta tradición. Por desgracia, estaba en la naturaleza de los lobos que estas manadas intentaran superarse unas a otras. Él tenía que convencerlos de que eligieran un rey para que su reino pudiera afirmarse en el mundo humano. De lo contrario, no duraría.

El segundo desafío también le producía dolores de cabeza. La humanidad tenía que enterarse de su existencia, había que revelar las identidades de los Cazadores de Plata y sus crímenes. Desgraciadamente, no tenía pruebas de todos los asesinatos, nada que fuera legalmente relevante. Hoy en día, ya no existían torturadores que pudieran forzar una confesión. En ese momento, sonrió irónicamente. La imagen de un Cazador de Plata en el ecúleo no carecía de cierta satisfacción. Sin embargo, en los tiempos modernos, todo el mundo sabía que tales confesiones rara vez eran fieles a la verdad. Además, no beneficiaría a los de su especie si también utilizara la violencia para lograr sus objetivos.

No podía decir cuánto tiempo había estado cavilando así para sus adentros. Sin embargo, en algún momento, se abrió la puerta y entró Danielle. Llevaba un papel en la mano y lo agitaba con entusiasmo.

— ¡Toma! Tienes que ver esto. — Ella le acercó la hoja. — Llamé al Convento Ravenna porque necesitaba el acta.

Él echó un rápido vistazo al documento y sonrió. — Sí, ya lo tienes. Entonces, ¿por qué estás tan alterada?

— Porque yo también podría haber escrito eso. El papelucho es muy sospechoso.

— ¿Eh?

En realidad, no estaba particularmente interesado en eso ahora mismo. Prefirió mirar sus pechos, que se apretaban contra la fina tela de la blusa mientras ella respiraba agitadamente. Tenía los labios ligeramente entreabiertos y las mejillas sonrojadas. Le pareció un anticipo del sexo que, con suerte, pronto tendría con ella. Danielle era sin duda una mujer apasionada. Ya estaba deseando explorar su lado salvaje.

— ¡Eh! Sí, eso es lo que pensé cuando llamé. La monja fue muy desdenosa. Por cierto, me dijo que el convento no tenía un orfanato. Eso tiene sentido, porque está en una zona completamente despoblada. Bueno, en cualquier caso, me llegó esto por correo electrónico. Me pregunto de dónde sacó la dirección. Pero se pone aún peor. Para estar segura, llamé a la diócesis responsable de esa región. No conocen ningún Convento Ravenna, pero, aquí abajo, ves —ella tocó ligeramente la hoja— está el sello de la diócesis y la firma del obispo. Todo muy legal y, sin embargo, fraudulento.

Ahora sintió curiosidad y leyó el contenido. Básicamente, no había nada inusual. Se confirmaba su ingreso, su fecha de nacimiento y que había pasado a manos de sus familiares. También explicaba que nunca se pudo determinar con exactitud la identidad de sus padres.

— ¿Reconoces la discrepancia? — preguntó Danielle, antes de que él mismo pudiera sacar conclusiones. — ¿No sabían quiénes eran tus padres, pero te entregaron a unos parientes? ¿Entonces de dónde salió la herencia que crees que tu tío despilfarró? ¿Por no hablar del sello y la firma falsificados!

Ella se dejó caer en uno de los sillones destinados a los invitados.

— ¿Qué edad tenías entonces? ¿Tres o cuatro años? Quiero decir, podrías haber mencionado los nombres de tus padres. Hay algo raro en todo esto.

Él se reclinó. Unas cuantas imágenes pasaron por su cabeza, cosas confusas sin contexto. Como todos los lobos, recordaba el olor de sus padres, porque era la primera percepción sensorial. ¿Pero sus nombres? Vio a un hombre alto de cabello oscuro y a una mujer mucho más pequeña con un corte de cabello corto y rizado. Su sonrisa era maravillosa, como una caricia. Ella lo había tomado de la mano y lo había llevado a algún sitio. El hombre le había prometido que pronto volverían a recogerlo.

— Clarissa — murmuró él. — Así se llamaba mi madre. Y mi padre, se llamaba... Curt, no, Curtis.

Él frunció el ceño. — De acuerdo, sé sus nombres. ¡Pero ya no están! Las monjas del Convento Ravenna me dieron un hogar, no el mejor, claro, pero mejor que ninguno. ¿Qué sentido tiene seguir indagando? Realmente no me importa si el lugar está en regla o no.

Danielle se limitó a sonreír. Luego se levantó, se puso detrás de él y le apretó los hombros.

— Sé lo que estás pensando. Que quizás tus padres simplemente te abandonaron allí porque ya no te querían. Duele pensar eso. La idea de que mis padres pudieran haber sido unos sinvergüenzas también me duele. Por eso no estoy segura de querer saberlo. Pero ese «quizás»

corroe más que la certeza, ¿no crees?

¿Acaso ella tenía habilidades telepáticas? Realmente se le había ocurrido que sus padres no habían muerto en absoluto. Quizás él solo era el producto de una noche descuidada. Danielle tenía razón. ¿Cómo podía avanzar hacia adelante si había demasiados cabos sueltos colgando detrás en los que podía quedar atrapado fácilmente?

Con los ojos cerrados, se apoyó contra el pecho de ella, respirando profundamente su aroma. Dentro de él creció una extraña sensación que nunca había sentido. Era el miedo a ser insuficiente.

— Todavía vas a casarte conmigo, ¿verdad?

— A menos que el oficial del registro civil descubra la discrepancia, sí. — Ella soltó una risita suave y le susurró al oído. — No te librarás de esto. Tenemos una cita mañana a las nueve, cariño.

No había rastro de ironía en la forma en que ella enfatizó la palabra. Sonó honesto, lo cual le gustó mucho.

Él tomó su mano y la subió abruptamente a su regazo. — ¡Dilo otra vez!

— Mañana a las nueve... — jadeó ella, extrañada.

— ¡Lo último!

— ¿Cariño?

Solo la besó brevemente en la boca, o de lo contrario perdería el control. Luego la puso en pie y le dio una palmada en el trasero.

— Eso es lo que me gusta oír. ¡Así que será mejor que no lo olvides!

— ¡Sí, jefe!

Ella realizó un saludo militar y luego salió corriendo mientras reía.

Se detuvo brevemente en la puerta. — Hoy me retiro temprano. Tengo que comprarme un vestido porque mañana me caso. ¡Y otra cosa! Ya planeé nuestra luna de miel y he cancelado todas tus citas. Iremos a las montañas, más específicamente a un convento remoto.

Sacudiendo la cabeza, él la siguió con la mirada sin protestar. ¡Qué mujer! Por un momento había creído que ella intentaría sacar provecho del matrimonio. Por ejemplo, podría haber organizado unas vacaciones de lujo en Hawái o en las islas Mauricio. En lugar de eso, había planeado una especie de vacaciones de acampada, y solo para saber más sobre él. Se tragó el grito de alegría en su garganta.

Traje, camisa, corbata; todo encajaba perfectamente, como siempre. Un vistazo al reloj le indicó que tenía que irse. Navar se pasó los dedos por el cabello y esperó la voz de advertencia que le dijera que cancelara la boda. Pero, en lugar de eso, le aconsejó que no estropeara las cosas.

Había dormido muy bien y ahora sentía una especie de nerviosismo positivo. Pero una pequeña parte de él rezaba para que Danielle sintiera lo mismo. Si llegaba al registro civil y ella no estaba

allí, realmente no sabía cómo afrontar la situación. Él nunca había deseado nada en su vida tanto como la deseaba a ella, aunque no entendía del todo este deseo.

Pisó alegremente el acelerador mientras se dirigía al centro de la ciudad. Mientras lo hacía, pensó en la extravagante disculpa de Jasper por su ausencia de ayer, lo cual hizo que se riera. Su chófer probablemente había practicado las palabras varias veces. Pero había deducido de su pequeño discurso que, a Jasper le importaban un comino las consecuencias en este caso en particular. Por esa razón, estaba deseando ver a Loretta, quien actuaría como la testigo de Danielle.

Buscó un lugar para estacionar y luego subió corriendo las escaleras del histórico ayuntamiento. Frente a la oficina del registro civil, había otra pareja y sus invitados. Scott y Carly estaban esperando un poco más lejos. Scott le sonrió conspirativamente.

— Vas directo al grano, ¿no? ¡Navar va a casarse! Nunca creí que llegaría a ver este día.

— ¡Oh, ya cállate! — Él miró a su alrededor. — ¿Dónde está Danielle? ¿Aún no ha llegado?

Mientras Scott se reía, Carly le dio un golpecito en la frente.

— ¡Oye, tranquilo, jefe! Es prerrogativa de la novia llegar al último momento.

Él miró el gran reloj de la entrada. ¡Faltaban cinco minutos para las nueve! Se sintió mal del estómago. Unas gotas de sudor se formaron sobre su labio superior y un gruñido agresivo escapó de su garganta cuando uno de los invitados desconocidos le dirigió una mirada que, al parecer, pretendía expresar lástima. Pero no estaba enfadado, simplemente la espera lo estaba poniendo de los nervios. Llevaba años trabajando en su plan y el tiempo nunca había sido su enemigo. Pero ahora parecía como si no pudiera pasar esos cinco minutos sin imaginar mil escenarios terribles sobre lo que podría haber pasado. Sin embargo, lo peor de todo era el posible hecho de que Danielle simplemente hubiera decidido no hacerlo. Ahora el reloj marcaba las nueve menos cuatro.

Pero, de repente, oyó unas voces risueñas y parlanchinas. La pesada puerta del ayuntamiento se abrió. Al principio solo vio a Jasper, pero detrás de él venían Danielle y su amiga.

Expulsó audiblemente el aliento, lo que Carly respondió con una sonrisa triunfal.

— ¡Te lo dije!

De repente volvió a sentirse de maravilla. Danielle lo miró con ojos radiantes mientras deslizaba la mano por el pliegue de su brazo. Lucía hermosa con su vestido de color lila, cuya amplia falda de tela sedosa apenas le cubría las rodillas. Algunos rizos sobresalían de su peinado recogido y su ramo de novia, de unos colores cuidadosamente armonizados, desprendía un aroma agradable. Le pareció que combinaba la elegancia con el encanto erótico sin resultar demasiado elegante o sexy.

¿Acaso estaba admirando a su novia? Notó cómo los cuatro testigos sonreían reservadamente. Él tosió avergonzado. ¿Qué le estaba pasando? Normalmente siempre tenía su expresión totalmente bajo control.

— ¡Sí, eh! — Las mejillas de Danielle se sonrojaron. — Si me permites presentarte a mi amiga, Loretta.

La atractiva mujer de cabello negro le estrechó la mano. Como con tantas otras, notó cierta reserva. Siempre lo había atribuido a su estatus de empresario rico, pero éste era un entorno completamente privado.

— Encantado de conocerte — dijo él y sonrió.

— Yo... yo también... señor.

Danielle inclinó la cabeza. La reacción de su amiga pareció sorprenderla. Pero enseguida volvió a mirarlo cuando el oficial del registro civil salió de su resguardo.

— ¿Estás lista? — preguntó él con una última pizca de inseguridad que recorría sus entrañas.

— ¿Tú lo estás?

Él asintió con decisión. — Creo que nunca he estado tan seguro de algo.

— Una locura, ¿verdad? Sé exactamente a lo que te refieres.

Entraron y diez minutos después había terminado la ceremonia. Aunque normalmente prefería los caminos directos y sin florituras, después se sintió como un viejo tacaño. Miró discretamente a Danielle. Ella se rio alegremente cuando Loretta le rodeó el cuello con los brazos y la colmó de felicitaciones. Aun así, ella se merecía algo más que un breve discurso, un simple; *sí quiero*, seguido de una firma en un documento sin adornos. ¡Mierda, maldición! Ni siquiera le había comprado un anillo. Incluso el delgado oficial del registro civil había resoplado un poco molesto cuando Danielle había anunciado con seguridad que no intercambiarían anillos. Carly le había dicho una vez que él era un monstruo, y al parecer tenía razón. En ese momento, juró que lo compensaría.

Él se inclinó y besó a Danielle en la mejilla.

— ¡Lo siento! Debería haber...

— ¡Oh, tonterías! — Una vez más, ella leyó sus pensamientos. — El resultado final sigue siendo el mismo. ¿O ya estás arrepentido de haber dicho que sí?

— No, definitivamente no, Sra. Ammwald.

— ¡Pues entonces! ¡Todo está bien! — Ahora ella le dio un beso en la barbilla. — Sra. Ammwald, ¿eh? Definitivamente tendré que acostumbrarme a eso.

Mientras todos caminaban juntos hacia el estacionamiento, él le rodeó los hombros con el brazo. Disfrutaba de este sentimiento de pertenencia. Danielle le pertenecía y él le pertenecía a ella. A ella también parecía gustarle. Ella puso sus dedos sobre su mano y no los apartó. Por primera vez en su vida, sintió paz en su corazón. No había absolutamente nada que tuviera que hacer en este momento, ninguna intriga empresarial que urdir, ningún imperio que construir, ningún dinero que mover de un lado a otro. Sonrió ensimismado, pero fue sacado de sus fantasías por un ruidoso *alboroto*.

— ¡Su carruaje nupcial, señor! Equipo de camping incluido.

Jasper señaló un destartalado todoterreno con un par de latas vacías atadas al parachoques trasero. Tampoco faltaba el obligatorio «recién casados».

— ¿Qué demonios es eso?

Danielle saltó a su alrededor, lo tomó de las manos y lo arrastró hasta el auto.

— Iremos a las montañas en esto. Ya te lo había contado.

Mientras tanto, Jasper le entregó las llaves.

— Es de mi amigo. Apto para todo tipo de caminos, muy confiable, señor. La tienda de campaña

es alquilada, Scott y Carly han contribuido con algunas provisiones y Loretta les consiguió ropa adecuada para ambos. Nos encargaremos de todo hasta que regresen.

Sin perder el tiempo, Jasper lo empujó al asiento del conductor y cerró la puerta de un portazo, mientras Danielle subía al asiento del acompañante.

— ¡Ah! — bromeó ella— ¡La vida sencilla! ¿Te sientes agobiado ahora?

Él levantó una ceja en su dirección. — No, más bien superado por mi esposa, mi chófer y su fanática de la moda, un policía y una ladrona.

— ¡Ahora no refunfuñes, y arranca el auto! ¡Que empiece la aventura!

Él se rio inesperadamente. Nunca había pensado en su vida de esa manera; como una aventura. Pero eso es lo que era, estaba llena de posibilidades. No tener que calcular lo que acechaba a la vuelta de la siguiente esquina tenía su atractivo. Su compañera, que no tenía pelos en la lengua, le pareció aún más refrescante. No podía esperar a hacerla completamente suya, a explorar su cuerpo, a escuchar sus gritos de placer. ¿Pero ella se lo permitiría? La paciencia no era precisamente su punto fuerte. Tal vez tendría que aprender a lidiar con la tentación que tenía frente a él.

Resoplando, giró la llave y salió del estacionamiento con el sonido de las latas traqueteando.

Mientras tanto, Danielle sacó su teléfono móvil.

— Tenemos que recorrer un largo camino hacia el oeste. Lo mejor será tomar la autopista para salir de la ciudad y luego viajaremos por tierra.

Ella permaneció en silencio durante aproximadamente una hora, pero luego se dirigió a él de reojo.

— ¿Qué quisiste decir con que Carly es una ladrona?

— Bueno, ella es una ladrona, y trabaja para mí para ser más precisos. Me consigue todo lo que no puedo comprar sobre el antiguo reino de los lobos.

— Pero eso no es un robo, sino un retorno legal. ¿Puedes contarme más al respecto?

Sin dudarle, le contó todo, incluso lo que no le había dicho a Scott o a Carly. Se sintió muy bien confiarle toda la verdad. Algunas personas podrían llamarlo insensato, pero no quería ocultarle ningún secreto. Él necesitaba eso y ni siquiera sabía por qué.

— ¡Detente ahí delante! — dijo ella, señalando un espacio abierto en el denso bosque al que habían llegado.

Cuando frenó y se detuvo, ella salió del auto, lo rodeó y abrió la puerta del conductor.

— En aproximadamente media hora montaremos la tienda en esa dirección. Es casi de noche. Investigué un poco, nadie vive aquí en un radio de cincuenta kilómetros y no hay zonas de acampada ni nada por el estilo. Puedes correr si quieres. Yo conduciré, de todos modos, tengo que volver a acostumbrarme y aquí no pasará nada.

Sonrió con complicidad cuando él instintivamente levantó la nariz y olfateó los olores de la naturaleza. Se bajó del asiento, pero de repente se sintió cohibido. ¿Qué es lo que ella vería si se transformara? ¿A su esposo, a su jefe, a un depredador o solo a él?

Inesperadamente, ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

— Quiero verte, Navar, cada lado tuyo. ¡Así que corre!

Le quitó cariñosamente la corbata del cuello y luego dio un paso atrás. Animado, se quitó la ropa y se transformó. Muchos sentimientos fluyeron a través de él, pero el más fuerte probablemente era la felicidad. Luego salió corriendo.



Capítulo 12

Danielle

Miró tras él mientras salía corriendo. El lobo de Navar era magnífico, enorme y negro, las puntas de su pelo eran ligeramente plateadas, poderoso. Tal vez no debería decírselo a Loretta, pero comparada con él, ella solo era un cachorro. Por su mente pasaron algunas palabras; guerrero, alfa, rey. Tal vez solo fueran el fruto de su visión indudablemente idealizada de él. Aun así, la impresión permaneció, porque para su gusto, esos términos le hacían justicia como humano y como lobo.

El hecho de que le hubiera mostrado su forma de lobo y le hubiera contado tantas cosas la llenaba de orgullo y alegría. Por supuesto, su matrimonio no se basaba en los habituales votos de amor, pero aun así tenía la intención de cumplir su promesa. Quería estar a su lado, en las buenas y en las malas. Esto incluía la franqueza, y Navar evidentemente lo veía de la misma manera. Ella apoyaba y respetaba sus objetivos, al igual que él los suyos. Para empezar, no estaba nada mal. Sería bueno que él también aportara sentimientos a su relación, pero probablemente esperaba eso en vano.

Sin embargo, había una gran diferencia entre imaginación y conocimiento. No se sentía engañada, porque Navar no la engañaba. Sebastian, en cambio, constantemente hablaba de su profundo amor, pero cuando más lo necesitaba, sus afirmaciones resultaron ser pura palabrería. Así que, solo se había imaginado que la querían. Con Navar sabía exactamente cuál era su situación.

Por eso, no se había molestado cuando él no había sacado un joyero para ponerle un anillo en el dedo. Amablemente, él había querido disculparse por eso, aunque probablemente solo porque había cometido algún tipo de error formal. Al fin y al cabo, él también era un cambiaforma lobo. Ahora era su trabajo subsanar cualquier pequeño error que pudiera delatarlo. Afirmar con convicción que no habían intercambiado anillos a propósito ha sido una de sus tareas más fáciles.

Sonriendo, se subió al asiento del conductor, cambió rápidamente sus zapatos de tacón por un par de zapatillas y arrancó el todoterreno. En los primeros quinientos metros, el auto se paró unas tres veces, luego traqueteó y se sacudió durante otros cien metros, pero de repente todo funcionó a las mil maravillas.

— ¡Yuju!

Pisó el acelerador y cantó en voz alta. Había recuperado una parte de su antigua personalidad, lo cual se sentía fantástico.

Mientras conducía, se mantuvo alerta. Tenía que haber un camino forestal en algún lugar cercano que conducía a un descampado oculto. Gracias a Google Earth, era posible encontrar los lugares más recónditos incluso sin tener conocimientos locales. Por supuesto, recién ahora se dio cuenta de que podría haber confiado en el olfato de Navar. Tal vez podría haber reservado un hotel, pero ella había querido darle un toque romántico a su noche de bodas. Con optimismo, supuso que sería más fácil seducir a un cambiaforma lobo en una cálida noche de verano, bajo las estrellas y

junto a una fogata. Danielle soltó una risita. Sí, ella también tenía planes, y el de hoy consistía en tener actividades sexuales desenfrenadas con su esposo.

Finalmente encontró el desvío. Sin embargo, este sendero no podía describirse como un camino. Se trataba más bien de una serie de antiguas huellas de tractor llenas de baches, agujeros profundos y canales llenos de barro. Como ya había anunciado Jasper, el viejo vehículo todoterreno siguió avanzando sin detenerse. Chillidos asustados y gritos entusiasmados salieron de su boca en rápida sucesión. Después de aproximadamente dos kilómetros, llegó al descampado, sudando y llena de adrenalina.

Se bajó del auto de un salto, se quitó los zapatos y bailó sobre la hierba con los ojos cerrados. El sol ya se había puesto y, por esa razón, tardó unos minutos en darse cuenta de que Navar estaba apoyado contra el auto, observándola. Ahora llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, una vista poco habitual. Su rostro tenía una expresión seria, casi de reproche, y eso de repente la hizo sentirse infantil.

Tragó saliva y se acercó a él. — Conduje en un rally individual. ¡Estuvo genial! Siempre quise hacer algo así.

— Lo sé — gruñó él. — Te seguí. Condujiste como una loca.

— ¿Me seguiste?

Él se dio la vuelta y arrastró la tienda fuera de la zona de carga.

— Eres mi esposa, Danielle. Es mi deber cuidarte.

Ella frunció los labios. — ¡Ya veo! Bueno, entonces...

Navar tiró la bolsa con la tienda al suelo y luego la sujetó por los hombros.

— No quiero que corras ningún riesgo, aunque solo sea por diversión. ¿Entiendes? Si te pasara algo, no podría...

¿Acaso había preocupación en sus ojos? Eso desmentiría su dura reprimenda.

Ella entrecerró los ojos, molesta. — ¿No quieres que corra ningún riesgo? ¡Qué gracioso! ¡Entonces no debería haberme casado contigo en primer lugar!

Ella se retorció en su agarre, preguntándose si debería darle una patada en la espinilla. ¡Qué tonto tan engreído!

Las manos de Navar se deslizaron hacia abajo. — No me refería a eso en absoluto.

— ¡Ah! ¿Y entonces? ¡No creas que ahora puedes decirme lo que tengo que hacer! Mi vida privada no es de tu incumbencia.

Ella se marchó enfadada sin siquiera mirarlo. Su último comentario fue ridículo dadas las circunstancias, lo sabía muy bien. Pero él había arruinado su pequeño triunfo, lo que la molestó bastante. Por otra parte, nunca habían discutido ni por un segundo cómo querían organizar su vida juntos. Sin embargo, si él pensaba que ahora podía decirle lo que tenía que hacer, había elegido a la mujer equivocada. No estaba luchando para salir poco a poco de la prisión que ella misma había construido, solo para acabar en la siguiente.

Mientras regresaba, refunfuñando para sí misma, se sacudió un mosquito molesto. Navar ya había montado la tienda. Durante dos segundos se preguntó dónde había aprendido a hacerlo. Había una pequeña fogata encendida. Navar le tendió un palo con una salchicha. Se sentó en la

hierba lo más lejos posible de Navar y sostuvo su humilde cena sobre las llamas.

— ¡Escucha, Danielle! — él levantó la voz. — Desde luego, no pretendo decirte lo que tienes que hacer. ¡Pero no permitiré que hagas nada tan peligroso como lo que hiciste hace un rato! Tienes que cuidarte.

— ¿Sabes realmente lo que estás diciendo? — respondió ella mordazmente. — ¿Dices que no quieres decirme lo que tengo que hacer, solo para prohibirme algo al mismo tiempo? ¡Eso es absurdo!

Ella agitó su ramita, haciendo que la salchicha saliera volando y cayera sobre las brasas de la fogata.

— ¡Genial! — Luego también lanzó su brocheta improvisada. — Me voy a dormir. Muchas gracias por la exitosa velada.

Se metió en la tienda, se retiró el vestido por encima de la cabeza y se metió en el saco de dormir. Después de un rato, su pulso se calmó. Poco a poco, el pensamiento racional volvió a su cabeza. ¡Santo cielo! Como una niña, había criticado a Navar en lugar de ceder o, al menos, escuchar atentamente. La forma de expresarse de Navar no era la más sensible.

La forma en que había conducido por el sendero del bosque debió haber sido un espectáculo espeluznante. En varias ocasiones había esquivado los árboles por poco y el vehículo se había inclinado peligrosamente varias veces hacia un lado, por no hablar del derrape de la parte trasera.

Había llevado al límite la alegría de no haber olvidado cómo conducir. Sin duda, la boda y el estrés de los últimos días en general influyeron en ello. Sin embargo, eso no era excusa para la imprudencia, a menos que ella solo estuviera buscando una excusa. Tenía que calmarse y no actuar como una niña testaruda.

Solo quedaba una cosa por hacer. Tenía que reconciliarse con Navar sin parecer demasiado indulgente. Él podía criticarla, pero no permitiría que le prohibiera nada. Ella quería explicarle esa diferencia. Envuelta en una manta, se arrastró fuera de la tienda para aclarar las cosas de inmediato.

Navar estaba tumbado con los brazos cruzados debajo de la cabeza y miraba las estrellas. Aunque sin duda había oído el crujido de la lona de la tienda, solo volteó la cabeza en su dirección cuando se aclaró audiblemente la garganta. Se había quitado la camisa, permitiéndole ver los músculos bajo su piel brillar casi mágicamente a la luz de la luna. Por un momento se le hizo literalmente agua la boca. Por precaución, fijó la mirada en un punto por encima de su cabeza.

— Solo quería decir que tenías razón. O sea, no en todo, sino en cuanto a mi forma de conducir. Eso fue descuidado y no volverá a suceder.

— Bien.

¿Eso es todo lo que tenía que decir? ¿Solo «bien»?

— ¿Qué significa eso en términos sencillos?

¡Dios mío! Ella volvió a sonar malhumorada.

— Que me alegraré de que sigas mis instrucciones en el futuro.

¡¿Perdón?! Ella jadeó, indignada.

— ¡Eso puede ser cierto en la oficina! Pero no solo soy tu empleada, sino también tu esposa. ¡Será mejor que no lo olvides!

— ¿Mi esposa? — Él se levantó de un salto y la atrajo hacia su pecho.

Luego acercó los labios a su oreja. — No era muy consciente de eso hasta ahora.

Ella no podía ver su rostro, pero el tono de su voz ronca la puso de un humor completamente diferente. Además, ella había puesto instintivamente las manos sobre los hombros de Navar. Por eso la manta se había deslizado hacia abajo y yacía inútilmente a sus pies. Si había estado dispuesta a provocar una acalorada discusión hasta hace un momento, su creciente y bestial estado de ánimo de repente se esfumó.

Sintió que su sujetador de encaje rozaba sus pezones, una barrera repentinamente muy molesta entre ella y su duro pecho. Su dedo recorrió el borde de sus bragas, como si indicara que ese pequeño trozo de tela tampoco era bienvenido en ese momento.

¡Él tenía razón! Esta era su noche de bodas, lo que ella había estado esperando tan ansiosamente. Aún habría tiempo para discutir mañana o pasado mañana o... Cuando Navar la besó, olvidó por completo por qué se había enfadado tanto hace apenas cinco minutos.

Navar le desabrochó hábilmente el broche del sujetador. Se lo quitó de los brazos con una lentitud tan excitante que el deslizamiento de los tirantes hizo que su piel hormigueara como si unos dedos la estuvieran acariciando. Luego se arrodilló e hizo lo mismo con sus bragas. Apenas las había tocado, pero ya estaban húmedas cuando las bragas llegaron a sus tobillos.

Navar volvió a ponerse en pie.

— ¡Ahora tú!

Como si estuviera siendo controlada por otra persona, ella se puso en cuclillas y le quitó los calzoncillos. Su duro miembro colgaba frente a sus labios. No pudo evitarlo y lo acarició suavemente con la lengua. Pero solo fue un fugaz deleite, porque Navar dio un paso atrás y extendió la manta.

— ¡Acuéstate y abre las piernas para mí!

Ella accedió con gusto a esa petición. Al mismo tiempo, un gemido reprimido escapó de su lengua. Navar puso sus cálidas manos sobre sus muslos. Le acarició las piernas y el deslizamiento de sus dedos la hizo sentir unas excitantes sensaciones de placer desde la punta del cabello hasta los dedos de los pies. Entonces sintió su lengua rodeando suavemente su amada perla.

— ¡Oh, sí! — gimió ella con una excitación desbordante.

Pero Navar solo parecía querer darle una probada. La boca y la lengua de Navar se ocuparon inesperadamente de sus pezones. Los chupó y lamió antes de soplar su aliento sobre sus pezones húmedos. Eso y el aire fresco de la noche hicieron que sus pezones se pusieran rígidos como guijarros.

Le dio unos apasionados besos en el cuello antes de apoderarse de sus labios. Ella jadeó sin poder evitarlo mientras él le sujetaba las manos por encima de la cabeza con un agarre firme. Con su cuerpo apretó el suyo contra la manta. La incapacidad de poder tocarlo también la frustró y la excitó en igual medida. Su clítoris palpitaba con una lujuria insaciable entre sus piernas cerradas mientras él frotaba su abultado miembro contra su cadera.

Navar le acarició casi todo el cuerpo con la mano libre. Pero solo casi, omitiendo el triángulo entre sus piernas. Se sintió un poco avergonzada, ya que se mojaba cada vez más debido a esas suaves caricias. Aun así, trató de mover la pelvis para poder sentir su toque cuando sus manos se acercaban a sus partes más femeninas. Además, constantemente emitía pequeños y seductores gruñidos que parecían viajar desde sus oídos directamente hasta su pubis.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si él sentiría algo. Después de todo, sus escasas experiencias sexuales habían tenido lugar hace tanto tiempo que ni siquiera las recordaba. Por supuesto, de vez en cuando ella misma se había masturbado, pero siempre lo había considerado un sacrilegio. Pero ¿por qué? Ella no tenía por qué castigarse y ahora tampoco tenía por qué esperar hasta conseguir lo que tanto deseaba.

— ¡Navar! — gimió ella. — ¡Suéltame!

Sin más ni más, lo hizo y rodó sobre su espalda. A la luz del fuego, su cuerpo parecía el de un ser místico. Excitada, se relamió y luego le pagó con la misma moneda.

Le acarició la piel, le arañó las piernas y recorrió con el dedo los contornos de su prominente barbilla. Danielle se dejó llevar por la sensación de explorar cada centímetro suyo. Su estatura era impresionante, pensó ella, imponente, electrizante, seductora. Cada vez más atrevida, masajeó su impresionante miembro, que continuó hinchándose bajo sus caricias, duro y aterciopelado al mismo tiempo.

La dejó hacer lo que quisiera, pero ahora volvió a participar en el juego. Su mano se deslizó entre sus piernas, primero acariciando suavemente su perla. Sus miradas se entrelazaron, como si incluso los ojos contribuyeran a su lujuria. Gimiendo, ella apretó su pene con más fuerza y lo frotó más rápidamente. En ese momento, Navar introdujo dos dedos en su húmeda abertura, adaptando sus movimientos a su ritmo.

No, de repente, se dio cuenta. Él no quería dominarla en absoluto, sino satisfacerla en igual medida. Este destello de comprensión eliminó definitivamente cualquier inquietud, duda o pregunta sin respuesta. Esta noche le pertenecía a ella, a él y a su lujuria compartida.

Se subió sobre él, frotando suavemente la pelvis sobre su abdomen. Navar la tomó por las caderas, gruñó de forma grave y la miró fijamente a los ojos. Ella se limitó a asentir, incapaz de pronunciar una sola palabra clara. El deseo ardía más que el sol dentro de ella. ¿Qué más había que decir?

Centímetro a centímetro, se sentó sobre él, acogiéndolo, ajustándose a su interior. Era extraño, pero sintió una especie de despertar, o tal vez era una visión simbólica. Sus viejas heridas se estaban curando lentamente gracias a él y, si ese era el caso, ¿no podía curarse también el mundo entero?

Durante unos segundos no se movió, estaba tan impresionada. Pero su cuerpo ansiaba algo más que placeres espirituales. Los gemidos lujuriosos de Navar se encontraron con sus gritos de satisfacción. Al principio de forma reservada, pero luego impulsada por un intenso placer, comenzó a cabalgarlo.

Al principio, Navar respondió a sus movimientos con embestidas suaves. Pero cuanto más fuerte gritaba ella, más fuerte la penetraba con su miembro. Él la llevó cada vez más cerca de la cima. Sus manos la sujetaban, dándole calor, seguridad y protección. Ella necesitaba todo eso ahora, porque de alguna manera sentía que ya no tenía el control de sus sentidos. El éxtasis era

indescriptiblemente intenso, como si ella, él y todo lo que les rodeaba se fusionaran y fueran transportados a otra dimensión en un vórtice circular.

Cuando la liberación la invadió, ella gritó su nombre en la noche, una, dos, cien veces. Navar la siguió solo unos segundos después. La parte superior de su cuerpo se irguió, sus músculos temblaron.

En ese momento, ella abrió los ojos. No vio a Navar; el jefe, ni a Navar; el lobo. Vio a su esposo, el único hombre al que quería volver a dejar entrar en su corazón.

Cuando las olas de la lujuria disminuyeron, se acurrucó contra su pecho. ¡Qué tonto había sido su último pensamiento! No quería dejarlo entrar en su corazón, cuando ya lo había hecho. Ahora solo tenía que averiguar si ella tenía un lugar en el suyo. Por desgracia, las posibilidades no eran muy buenas, pero como era bien sabido, no se debía confiar en las proyecciones que uno mismo no había manipulado.

Sonrió para sí misma. Algunas personas se casaban por amor y luego encontraban una misión en común. Navar y ella se habían casado porque compartían una misión. Entonces, ¿por qué no empezar la casa por el tejado?



Capítulo 13

Navar

Danielle acababa de catapultarlo al espacio y ahora flotaba tranquilamente de regreso a la Tierra. Al principio había temido un poco que su temperamento no se extendiera al placer físico. La había desafiado, se había hecho el superior. Pero rápidamente se había dado cuenta de que también había subestimado a su esposa en este aspecto.

Al parecer, de todos modos, no era una buena idea darle órdenes. Casi le había dado un infarto cuando la había observado en su viaje infernal a través del barro. Semejante imprudencia podía acabar mal. La sola idea de que saliera lastimada hizo que se le retorcieran las entrañas. Por supuesto, en su opinión, las prohibiciones eran el medio más eficaz para protegerla de cualquier desgracia. Sin embargo, sus instrucciones no habían sido bien recibidas. Tendría que trabajar en su retórica, lo cual significaba convertir las prohibiciones en consejos bienintencionados. Tal vez ella fuera más receptiva a eso. Al fin y al cabo, solo le importaba su seguridad.

Sería fácil afirmar que comprometerse con Danielle había sido un error. Pero no lo veía de esa manera. La sola idea de sorprenderlo con este viaje demostraba claramente la seriedad con la que lo tomaba a él y a sus planes. No creía que la visita al Convento Ravenna revelaría nada nuevo. Pero si Danielle esperaba algo de ella, no tenía por qué oponerse. La cereza del pastel de este viaje fue sin duda el sexo más fantástico de su vida. Se había llevado el premio gordo. Ahora solo tenía que averiguar qué partida había ganado.

Danielle bostezó con ganas mientras trazaba pequeños dibujos en su pecho con el dedo índice.

— Deberíamos entrar en la tienda — sugirió él.

— No — murmuró ella somnolienta. — Es agradable aquí afuera y estoy muy cómoda. Eres tan acogedor y cálido.

Una suave risa subió por su garganta. De todos los cumplidos que podía hacerle: «acogedor y cálido» eran los que menos había esperado. Sin embargo, el elogio le llegó a los oídos como el dulce sonido de un arpa, porque halagaba su naturaleza de lobo. No importaba cuánto bajara la temperatura, él siempre irradiaría suficiente calor para mantenerla caliente.

La abrazó con más fuerza. Las estrellas brillantes, el suave cuerpo de Danielle acurrucado con toda confianza contra el suyo, el fresco aroma del bosque, los suaves sonidos de los animales nocturnos, una fogata encendida; todo eso le parecía el paraíso. Tenía la intención de disfrutar de este breve descanso y recargar energías para las tareas que aún tenía por delante. Más sereno que nunca, cerró los ojos.

A la mañana siguiente, fue despertado por un pequeño chorro de agua que le corría desde el ombligo hasta el costado de las costillas. Abrió los ojos con dificultad. Miró directamente al rostro de Danielle, que sonreía descaradamente. Ella le estaba echando agua con la mano.

— ¡Levántate, dormilón! ¡El sol ya salió hace un buen rato y tenemos que ponernos en marcha!

Frunciendo el ceño, se levantó. Ni siquiera se había dado cuenta de que ella se había ido. Claro,

había dormido muy bien, pero eso no debería afectar su vigilancia de ninguna manera.

— ¡Oh! — se rio ella. — ¡No pongas esa cara! Nos espera un día maravilloso y emocionante.

Él dejó a un lado su autocrítica y la sujetó.

Mientras la acercaba hacia él, murmuró. — El día puede esperar un poco más.

— Lo que tú digas — suspiró ella con devoción.

Sí, pensó él, tenían todo el tiempo del mundo en este prado. Lenta y suavemente, la llevó al clímax. Danielle, por un lado, era salvaje, pero, por el otro, increíblemente amable. Le daba la sensación de que todo era posible. Nada le parecía más imprescindible que ese conocimiento, pero en este momento no necesitaba nada más que a ella. Su compañía le proporcionaba armonía y sed de acción.

Más tarde, después de que se hayan aseado en un arroyo de aguas cristalinas y de que hayan comido algo, prosiguieron su viaje.

— Pronto deberíamos encontrar un camino secundario. Pero probablemente no sea más que otro sendero embarrado. ¿Me dejarás conducir entonces?

Danielle le guiñó un ojo burlonamente.

— Por supuesto que no — bromeó él. — Todavía quiero vivir.

— ¡Aguafiestas! — refunfuñó ella y le dirigió una mirada ofendida.

Él le lanzó una mirada irónica, lo que hizo que ella soltara una risita.

— ¡Está bien! Ya lo entendí.

Ella le dio un beso en la mejilla antes de señalar hacia adelante.

— ¡Ahí! Ese debería ser el camino correcto.

Avanzaron cuesta arriba durante otras dos horas. El camino forestal, lleno de baches y resbaladizo, se volvió cada vez más estrecho. Las huellas eran apenas reconocibles, ya que la mayor parte estaba cubierta de arbustos bajos y hierba. Poco a poco empezó a sospechar que se adentraban en tierra de nadie.

— ¿Crees que hay un convento aquí? No sé mucho sobre monjas o monjes. ¿Pero no necesitan provisiones? Parece que nadie ha usado el camino en años.

— ¿Quién sabe? — Danielle se encogió de hombros. — Tal vez sea parte de las reglas de su congregación. Tal vez montan a caballo o algo así. Sin duda hay creyentes que rechazan todo tipo de tecnología moderna. Pero me enviaron un correo electrónico, lo cual sería un pecado. Es extraño.

Ella miró rápidamente su teléfono móvil. — Según el mapa, no debe estar muy lejos. Muestra un edificio. Echemos un vistazo.

Después de diez minutos, el bosque realmente se aclaró. Llegaron a una pintoresca meseta al pie de una montaña escarpada. Justo frente a la escarpada ladera se encontraba un pequeño edificio hecho de piedra tosca cubierta de hiedra. Parecía muy antiguo, pero no estaba deteriorado.

Cuando estacionó el auto frente a un pórtico, descubrió también un huerto bien cuidado y un amplio aprisco donde unas cuantas cabras y una vaca lechera enterraban la boca en comederos de madera. Algunas gallinas picoteaban en el suelo y había ropa tendida en un tendedero para que

se secara. Sin embargo, en ninguna parte pudo ver a una sola persona. Recordaba vagamente este lugar idílico y que se lo habían llevado de allí. Pero solo eran imágenes individuales que pasaban por su mente. No podía hacer nada con ellas.

Sin decir nada, tomó la mano de Danielle antes de pasar por debajo del pórtico. Entraron en un patio empedrado, en cuyo centro había un pozo que abastecía de agua a los habitantes. Solo había una puerta que daba acceso al edificio. Del marco de la puerta colgaba una campana de latón, que Danielle hizo sonar enérgicamente.

Unos pasos suaves se acercaron desde el interior y poco después la tosca puerta de madera se abrió con un chirrido. Salió una mujer alta y delgada. Su cabello canoso estaba cortado justo por debajo de las orejas, al igual que el flequillo en la frente. Llevaba un sencillo vestido de color marrón. Al principio pareció un poco malhumorada, pero cuando lo miró más de cerca, una sonrisa se dibujó en su rostro.

— Te ha tomado mucho tiempo, muchacho. Pero finalmente estás aquí.

Él la miró boquiabierto cuando ella se hizo a un lado y los invitó a entrar. Conocía a la mujer, o más bien a su versión mucho más joven. Ella lo había alimentado y luego le había acariciado la cabeza cuando había abandonado el convento. También recordaba que ella había puesto en su mochila el pequeño pergamino con la historia de Samuel Tulip.

— ¡Cúidalo bien! — le había advertido. — Un día lo entenderás todo.

Durante muchos años había escondido el documento, pero nunca lo había leído. Bueno, en cambio, en la actualidad, lo había estudiado cientos de veces. Pero ni siquiera ahora sabía exactamente qué era lo que debía entender.

— ¿Es usted la hermana Liliana? — preguntó Danielle mientras tanto. — Hablamos por teléfono.

— Sí, soy yo. Llámame solo Liliana. En realidad, no soy una monja o una hermana en el sentido tradicional.

— Ya me lo imaginaba. — Danielle estrechó la mano de la mujer, obviamente sorprendida por su honestidad. — El sello de la diócesis e incluso la firma del obispo eran falsos. Quiero decir, ¿qué clase de monja tendría la desfachatez de hacer algo así?

— Supongo que ninguna. Pero como ya lo he dicho, no pertenecemos a ninguna iglesia.

Liliana sonrió ampliamente.

Danielle, por su parte, sacudió la cabeza. — Hasta aquí, todo bien. ¿Pero por qué tanto lío? El papel que me envió tenía algunas discrepancias extrañas.

— ¡Oh! — Liliana hizo un gesto despectivo. — Eso era irrelevante para las autoridades. Ellos solo se fijan en los sellos y esas cosas. Las inconsistencias eran para Navar. — Lo señaló con el dedo. — Pero si tuviera que adivinar, diría que tú se lo restregaste en la cara.

— Bueno, eh, yo lo leí primero, así que...

La mujer volvió a sonreír, e inmediatamente volteó hacia él e inclinó ligeramente la cabeza.

— Felicidades por tu compañera.

Danielle resopló sorprendida. Él tampoco pudo ocultar su sorpresa. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Cómo podía una simple monja o lo que fuera; saber la diferencia entre los términos esposa y

compañera?

— ¡Vengan! Se los explicaré todo.

Liliana los llevó a una especie de biblioteca. Sin embargo, la sala estaba escasamente amueblada. Había libros abiertos sobre varios escritorios y las estanterías de las paredes solo estaban llenos hasta la mitad. Otras tres mujeres estaban sentadas ante una gran mesa, con la cabeza inclinada, escribiendo pulcramente en papel grueso. Había algo tradicional en el hecho de que utilizaran pluma y tinta, pero también le pareció bastante extraño.

— ¡Permítanme que se las presente! Ellas son mis compañeras de lucha; Amanda, Verena y Maggie.

Las mujeres se levantaron y sonrieron amablemente.

— ¡Señoritas! Él es Navar y su compañera Danielle.

Él asintió automáticamente a las tres. Al mismo tiempo, se dio cuenta de una cosa. La mujer de mediana edad, Verena, pertenecía a los de su especie. Tal vez las demás no lo sabían, así que se guardó su descubrimiento para sí mismo por el momento.

Entretanto, Verena se mostró menos reservada. Corrió emocionada alrededor de la monstruosa mesa.

— Oh, eso es... bueno, ahora no sé qué hacer. — Ella miró brevemente a Liliana, quien ladeó la cabeza.

De repente, Verena se inclinó ante él y exhaló emocionada. — Es un honor.

Navar la miró consternado, ya que retrocedió dos pasos, todavía inclinada. Cuando se enderezó, lo miró como si hubiera aparecido ante ella un caballero con una brillante armadura.

Poco a poco, esto empezaba a ponerse demasiado pintoresco para él. Rodeó los hombros de Danielle con el brazo porque sintió que tenía que aferrarse a ella.

— ¿Qué es esto? ¿Una broma de mal gusto, o qué?

Liliana aplaudió, riéndose. — ¡Oh, esto es maravilloso! ¡Gruñón, testarudo y bestial! ¡Aún queda mucho de Varg en él!

Él se estremeció internamente y luego la miró a los ojos con desconfianza.

— ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo diablos sabes sobre los Vargs?

— Porque sé leer. — Ella se acercó a la mesa. — ¡Siéntate! Ya es hora de que lo sepas todo.

Él tomó asiento de mala gana. Sin duda sentía curiosidad. Pero su escepticismo era proporcional a ésta. Los Cazadores de Plata también sabían sobre los Vargs, y quizás él y su compañera habían caído directamente en una trampa hábilmente preparada.

— ¡Bueno, te escucho! ¡Y ve directo al grano! ¡No más insinuaciones abstrusas!

— Bueno, ¿por dónde debería empezar? ¿Aún tienes la historia de Samuel Tulip? En ella se cuenta que salvó al último descendiente de toda la estirpe real.

— Sí, por supuesto. Pasé años buscando un heredero, pero parece que ninguno sobrevivió.

Liliana sonrió suavemente antes de poner su mano sobre la suya. — No, Navar, solo sacaste las conclusiones equivocadas. No tienes que buscar al heredero. Porque el heredero eres tú.

— ¡¿Qué?! — Él resopló con sorna. — ¡Claro que no! ¡Yo solo soy un huérfano, criado por

drogadictos! No hay absolutamente nada de la realeza en mí. ¿Sabes cómo conseguí mi primera propiedad? La gané en un juego de dados. Eso es todo.

— ¡Navar! — Danielle le golpeó en el costado. — Aún no me has contado nada sobre eso.

Él le besó las yemas de los dedos. — No, pero eso fue hace muchos años. Además, no era más que un almacén abandonado. Pero pude vender la propiedad por un buen precio. Así nació «Novum Regnum». ¿Estás enfadada ahora?

Ella puso los ojos en blanco con fingida indignación. — Por supuesto que no.

Él entrelazó sus dedos con los suyos antes de volver a mirar fijamente a Liliana.

— ¡Entonces! ¿Qué te hace pensar eso?

— En primer lugar, tu apellido; Ammwald. Lo heredaste de tu antepasada, la Reina Camilla, esposa del Rey Varg; Harim Nakur. Incluso puedo probarlo.

Ella saltó a uno de los estantes con sorprendente rapidez y regresó con un grueso rollo de papel.

— ¡Toma! Este es tu árbol genealógico hasta los tres reyes.

Él siguió los nombres y los títulos con el dedo. La escritura cambiaba con cada generación. Cuanto más retrocedía, más pálidas y borrosas se volvían las letras. Alguien había registrado meticulosamente durante siglos su supuesto parentesco con el Rey Varg, el primer Rey Lobo y el Rey Humano. Su dedo se deslizó nuevamente hasta las últimas anotaciones.

— Clarissa y Curtis Hovart. — Él se frotó la frente. — Mis padres. ¿No debería tener sus nombres?

Liliana tocó la línea que conducía a su madre.

— Ella era la descendiente y fue quien quiso que te diéramos su apellido por si algo le pasaba. No podía haber ninguna relación entre los dos, y Ammwald no es un apellido poco común. ¿Entiendes?

Él asintió. — Los Cazadores de Plata. ¿Ellos mataron a mis padres?

— No. En aquel entonces te dije que murieron por un desprendimiento de rocas. Eso no fue una mentira. Ella y su compañero quisieron subir a las montañas para visitar la tumba. Tú eras aún muy pequeño que no pudieron llevarte con ellos. ¡Qué terrible tragedia y a la vez también una gran bendición! Si hubieras ido con ellos, habríamos perdido al último descendiente.

Liliana no le estaba contando mentiras, él se daría cuenta. Ahora sus recuerdos incompletos tenían más sentido. Su madre lo había llevado al convento y le había dicho que se portara bien. Su padre le había dicho que escuchara a Liliana, sin importar lo que le pidiera. Por eso no se había resistido cuando ella lo había entregado a unos desconocidos.

— ¿Por qué precisamente ellos dos? ¿Por qué no me entregaron a una mejor familia? ¡Tienes idea de cómo me trataron? — expresó su frustración gritando.

Unas lágrimas brotaron de los ojos de Liliana. — ¡Lo siento mucho! Él era el hermano de tu padre y tenía que ser una familia de lobos. Después de todo, tampoco podías quedarte aquí, aislado del mundo real, sin la oportunidad de descubrir tu verdadero potencial. Le di el poco dinero que teníamos. Y te juro que si lo hubiera sabido...

Ella se detuvo y se secó las mejillas mojadas.

— No — dijo ella entonces con voz firme. — No habría hecho nada diferente. Después de todo, encontrar a un cambiaforma lobo no es nada fácil. En aquel entonces ni siquiera teníamos una loba aquí. Verena se unió a nosotras hace solo cinco años. — Tras una breve pausa, añadió con seriedad. — Tú eres el Rey de los Lobos. Aquí no habrías aprendido lo suficiente para reclamar tu lugar.

Él miró a Danielle, que había estado escuchando la conversación silenciosamente hasta ahora. Ella parecía un poco pálida, atónita.

— ¿Qué pasa si no quiero ser el rey? He pasado toda mi vida trabajando para el nuevo reino, está todo listo. Otro lobo es bienvenido para ocupar el trono. Ahora quiero hacer algo por mí también.

— ¡Pff! — Liliana sacudió la cabeza. — Tu herencia no es un sombrero desgastado que puedas pasar a la siguiente persona que encuentres.

Danielle tragó saliva antes de tomar la palabra. — ¡Tengo dos preguntas antes de nombrar rey aquí a alguien! ¿Qué tumba querían visitar los padres de Navar y qué clase de grupo son ustedes?

Las cuatro mujeres de repente sonrieron.

— Solo somos mujeres que escribimos historias, historias sobre lobos y Vargs. El convento lleva el nombre de Ravenna, una loba. Ella no lo fundó, pero lo reconstruyó en este sitio después de que los Cazadores de Plata quemaran el antiguo. Pudo rescatar algunas cosas de la bóveda del sótano, otras solo las escribió tal y como las recordaba. Ella crió al pequeño príncipe que Samuel Tulip le había entregado a las hermanas con sus últimas fuerzas. Pero ella siempre supo que el niño tenía que enfrentarse a la realidad. Entonces lo envió lejos cuando tuvo la edad suficiente. El pequeño pergamino que tienes ahora, Navar, pasó de generación en generación. Tenía como objetivo recordarle a su dueño de dónde provenía. Por desgracia, nunca te percastaste de su verdadero significado.

— ¡Estupendo! — La voz de Danielle destilaba una sorna mordaz. — ¿Y no han sido capaces de ayudarlo de ninguna manera durante todos estos años? Primero lo entregan a dos casi criminales y luego lo dejan en la ignorancia sobre sus orígenes. ¿Qué clase de santas son ustedes?

— ¡Ni santas, ni monjas, nada de eso! — respondió Maggie sin rastro de remordimiento. — Nosotras solo observamos, registramos, no interferimos. Ya hemos perdido casi todos nuestros registros una vez. No podemos permitir que vuelva a suceder. Los padres de Navar se arriesgaron demasiado, alguien podría haberlos seguido.

— Está bien, Maggie. Nada de eso es culpa suya — la calmó Liliana.

— Entonces escriben una especie de crónica en secreto. Entiendo que quieran proteger su trabajo, aunque no me agradan sus métodos en este caso en particular. Y ahora mi segunda pregunta. ¿Qué tumba?

Admiraba el fervor con el que ella intentaba aclarar las cosas. Pero él no estaba seguro de poder digerir más. Una cosa era buscar al rey. Pero nunca había aspirado a serlo él mismo. Tal vez sería bueno distraerse un poco por ahora.

— Sí, exacto — apoyó la pregunta de Danielle. — ¿Qué tumba?



Capítulo 14

Danielle

Esperó ansiosamente la respuesta, porque necesitaba pensar urgentemente en otra cosa. En el fondo, casi deseaba no haber arrastrado a Navar hasta aquí. Solo quería que averiguara más cosas sobre su origen. Lo había hecho, y mucho más de lo que había sospechado.

¿Cuántos cambiaformas lobo había en el mundo? ¿Decenas de miles, cientos de miles, millones? Nadie sabía el número exacto. Pero a juzgar por la reacción de Verena ante los orígenes reales de Navar, podía suponer con seguridad que todos los cambiaformas se arrodillarían ante él si esto se hiciera público.

— ¡Bueno, *su* tumba! — anunció Amanda en un tono como si cualquier niño de primer grado lo supiera.

Liliana lanzó una mirada de reproche a su compañera, tras lo cual Amanda sonrió disculpándose.

— Es la última morada de Harim Nakur, el Rey Varg. Hemos estado custodiando este lugar desde los tiempos de Ravenna. Cualquiera que quiera subir allí tiene que pasar por nosotras. Solo hay un camino que conduce hasta arriba y el acceso está oculto por nuestros muros.

Danielle quiso soltar una risita, pero se tragó las ganas. Navar le había hablado de los Vargs, pero ella no le había creído ni una palabra. Pensó que solo era una leyenda de los lobos. A los humanos también les gustaban esas historias; ángeles que descendían a la tierra y se emparejaban con mujeres, héroes como Hércules o Perseo, hadas y elfos. En muchas culturas, estos seres se consideraban reales. Entonces, ¿por qué no iban a crear los lobos criaturas fantásticas semejantes? Ella podía asimilar el hecho de que un cambiaforma lobo no fuera una figura puramente mítica. ¿Ahora también tenía que creer que existían criaturas con patas de león y púas en lugar de pelos? No, eso era pedir demasiado.

— Con el debido respeto, pero hablando en serio. ¿La tumba del Rey Varg? ¿Acaso también tienen el Arca de la Alianza o el huevo de un dragón? ¿En serio? ¿Me están tomando el pelo?

Las cuatro mujeres jadearon horrorizadas, incluso Navar de repente la miró con el ceño fruncido.

— ¿Lo dudas? ¿Después de todo lo que les he contado, después de todo lo que has oído aquí?

Ella se desplomó. Quería que la tierra se la tragara. Su sarcasmo estaba totalmente fuera de lugar. Era como explicarle a un budista que sus creencias religiosas se basaban solo en los sueños confusos de un vagabundo que se había quedado dormido borracho bajo un árbol. Ni ella ni nadie más tenía derecho a juzgar las creencias de los demás, siempre y cuando sus principios no perjudicaran a nadie.

— Yo... lo siento. Es que todo esto es demasiado para mí.

Liliana asintió y le apretó el hombro. — Es comprensible. Sentí lo mismo cuando me enfrenté a esto por primera vez. Pero todo es verdad. Deberían subir a ver el lugar. Yo subo allí a menudo, es casi mágico. Luego podemos seguir hablando.

Ella se levantó y desapareció en una habitación contigua.

— ¡Vengan conmigo!

Verena los llevó a la parte trasera del edificio. — Aquí, esta pared está situada justo frente a la entrada.

Ella apretó una piedra. Se escucharon unos crujidos y luego parte de la pared se deslizó hacia un lado. La abertura resultante reveló una empinada escalera que había sido tallada toscamente en la roca.

— Solo tienen que seguir los escalones. ¡Pero tengan cuidado donde pisan! La piedra es resbaladiza y la escalera es muy estrecha.

— ¡Yo iré primero!

Navar se agachó y atravesó la abertura. Ella se mordió el labio inferior. ¿Debería hacerlo? Después de todo, era peligroso. La escalada les había costado la vida a los padres de Navar. Pero entonces Navar se dio la vuelta y le tendió la mano. Respiró profundamente y la tomó.

Escalón tras escalón, siguió subiendo. Por el momento, se abstuvo de mirar hacia abajo. Verena no había exagerado. La escalera apenas merecía ser llamada como tal. Cada peldaño parecía haber sido colocado al azar. Además, cada escalón tenía una altura diferente, por lo que había que pensar bien cada paso. Sin embargo, la distribución tenía sentido. Vistos desde lejos, seguramente no eran escalones, sino pequeñas salientes que no ofrecían apoyo alguno.

Pronto empezó a sentirse agotada. Las piernas le temblaban por el esfuerzo y no quería ni pensar en el descenso. Sin embargo, subió un escalón tras otro. Tenía que ver la supuesta tumba, aunque solo fuera para justificar ante su conciencia su cínico comentario. Tal vez solo habría un montón de piedras allí arriba y eso no sería prueba de una tumba real.

Navar se dio la vuelta y la miró preocupado. — ¿Aún puedes seguir? No pensé que sería tan alto.

— Sí, todo está bien. ¡Adelante!

Él ni siquiera estaba sudando. De repente, comprendió por qué él seguía subiendo sin desalentarse. Finalmente tenía una pequeña pista sobre sus orígenes y, por supuesto, quería averiguar más. Así que también se agarró a este clavo ardiendo. Él no tenía una tumba donde poder despedirse de sus padres o visitarlos. Sin embargo, ella misma tampoco había ido nunca al cementerio. Con lo que sabía ahora, probablemente seguiría sin poder hacerlo. A estas alturas, ella casi había llegado a un punto en el que ya no quería escuchar la verdad. De todos modos, ya había demasiado caos en su cabeza. Por el momento, solo podía levantar un pie, ponerlo en el siguiente escalón, impulsarse hacia arriba y luego hacerlo de nuevo.

De repente, la escalera giró bruscamente alrededor de una pared rocosa, tras la cual se reveló una estrecha cueva. Supuso que no sería visible desde abajo. La roca simplemente seguía subiendo. El pasadizo solo les permitía caminar uno detrás del otro. Después de unos veinte metros, el túnel se ensanchó hasta desembocar finalmente en una enorme gruta.

Ella miró hacia arriba. El techo parecía una cúpula y, aunque aquí debería estar completamente oscuro, algún tipo de roca mineral parecía iluminar la cueva. Navar la tomó de la mano. Casi chilló de lo fuerte que la apretó.

Con la otra mano, él señaló el lado opuesto de la cúpula.

— ¡Allí!

Ella se dejó arrastrar, porque no cabía duda de que sus ojos no veían piedras apiladas

descuidadamente.

Había un enorme sarcófago sobre un pedestal tallado en la piedra. Tres escalones semicirculares llevaban hasta él. Navar subió inmediatamente y puso la mano sobre el ataúd de piedra.

Ella lo siguió, vacilante. — ¡Oh, Dios mío! — susurró ella.

Había visto fotos de las tumbas de los cruzados. Dotados escultores habían inmortalizado a los muertos en las placas de algunas de ellas. A menudo se podía ver el rostro, la armadura, la espada en las manos con tanta claridad que uno pensaría que la imagen del difunto podría simplemente levantarse y salir caminando. Ella tuvo exactamente la misma sensación aquí, excepto que el relieve no mostraba a un ser humano.

Se trataba de un ser del que ningún humano había oído o leído jamás. A pesar de eso, claramente estaba viendo a un hombre de al menos dos metros de altura. Unas púas finamente talladas se extendían desde su frente hasta la parte posterior de su cabeza y, según la descripción de Navar, llegaban hasta su cintura. Llevaba una especie de peto y una falda que parecía estar hecha de placas metálicas semicirculares. Ella no podía ver sus rodillas, pero podía ver cómo la parte inferior de sus piernas parecían humanas, pero luego se convertían en poderosas zarpas. El artista incluso había esculpido los músculos de forma bastante realista.

Finalmente, se animó y también tocó el sarcófago. Sí, aunque aún se podría afirmar que todo aquello no era más que el producto de la imaginación de un artista. Pero la invadió una fuerte sensación de emoción, como si la presencia de este rey estuviera en el aire, como si pudiera aparecer a la vuelta de la esquina en cualquier momento.

— ¿Tú también lo sientes? — preguntó ella.

— Sí.

Navar señaló una inscripción en la pared detrás del ataúd. — Esto es viejo, muy viejo.

— No puedo leerlo. ¿Qué está escrito ahí?

Las letras le resultaron familiares, pero no pudo formar ninguna palabra.

— Aquí descansa Harim Nakur: un rey, un esposo, un padre, un Varg que no conoció el amor y, sin embargo, tenía más amor para dar de lo que uno podría imaginar.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Era como si la tristeza por la pérdida del rey aún perdurara en cada rincón de la cueva después de todos estos siglos.

— ¿Quién crees que lo enterró?

— No lo sé. Tal vez fue ella. — Él señaló a una figura femenina arrodillada a los pies del rey frente al ataúd. — Supongo que es Camilla, mi antecesora, su esposa.

Ella se acercó a la estatua y la acarició cuidadosamente con el dedo. ¡Cuán profundo debió haber sido su amor si pudo superar todas sus diferencias!

— También podría ser que sus súbditos lo trajeran aquí para ponerlo a salvo. Para todos, Harim Nakur no era solo un rey, era «el rey» — continuó hablando Navar. — Él puso fin a la guerra contra los humanos y los lobos, a pesar de que sus tropas eran muy superiores. Nadie podría haberlo detenido. ¿Por qué crees que lo hizo?

Ella sonrió suavemente. — Ahí lo dice. Porque tenía más amor para dar de lo que uno podría imaginar. Pero una cosa es extraña. Supuestamente no conocía el amor. ¿Cómo encaja eso?

— No sé nada sobre eso. Tal vez Liliana tenga la respuesta.

Miró cómo él rodeaba el sarcófago y pasaba la mano por la pared.

— ¡Mira! ¡Aquí hay más!

Navar frotó las piedras con más fuerza, revelando más inscripciones. Parecían más toscas, como si alguien las hubiera tallado en la roca con mucha prisa.

— ¿Puedes descifrarlo?

Curiosa, se acercó a él mientras Navar trazaba la escritura con el dedo.

— Perdón... no, espera. Dice... perdóname, amigo mío, no lo vi venir. Zakhar.

Navar retrocedió tambaleándose y se apoyó contra el ataúd de piedra.

— ¡Eso es... imposible!

— ¿Imposible? ¿Por qué?

Ella se puso a su lado y esperó su explicación. Si miraba a su alrededor, probablemente debería borrar la palabra «imposible» de su vocabulario.

— Entre los cambiaformas se cuenta una historia. Es sobre la especie única de lobos dorados, cómo fueron exterminados y que solo había quedado uno. Este superviviente, el tal Zakhar, había liderado una banda de ladrones formada por humanos, lobos y un monstruo no especificado, y más tarde se había convertido en un famoso alfa. En mi opinión, el monstruo había sido probablemente el primer Varg con el que los cambiaformas habían tenido contacto. No me preguntes por qué le dio la espalda a su pueblo. En cualquier caso, Zakhar firmó el tratado de paz de los tres reyes como testigo. Pero si él realmente dejó este escrito aquí, debió haber sido muy viejo en ese entonces. Que se yo, unos 120 años o algo así. Pero nosotros los cambiaformas envejecemos como cualquier humano normal. Ni siquiera creo que pudiera subir aquí cuando tenga 80 años.

Ella recurrió inmediatamente a la explicación más lógica.

— Tal vez fue otro Zakhar.

— Es posible. Pero se refirió a Harim como su amigo, lo que de nuevo sugiere que se trataba del lobo dorado. Leí en alguna parte que los dos habían mantenido una estrecha relación a lo largo de los años.

— Hm. — Ella reflexionó un momento. — Tal vez pudiera deberse a sus orígenes, su avanzada edad probablemente estaba en sus genes. Sabes, hay ciertos grupos de humanos que llegan a alcanzar una edad muy avanzada. En realidad, no se sabe exactamente por qué, pero un número inusualmente elevado de personas llegan a los cien años y aún están en forma.

— Sí, no es imposible.

Él parecía distraído, completamente absorto en sus pensamientos. Por eso ella intentó ponerse en su lugar. Aunque no consiguió hacerlo realmente. ¿Cómo se sentiría si descubriera que ella era la legítima heredera al trono de España, Noruega o cualquier otra nación? ¡Claro, eso era un juego de niños! Uno se ponía una corona en la cabeza, agitaba un poco la mano y todo se desarrollaba sin problemas. ¡Pff!

Navar sabía dirigir una empresa y conocía bien el mundo de los negocios. Pero eso no significaba que pudiera gobernar a toda su nación. También comprendía el significado de esta

noticia. Los cambiaformas lo habían perdido todo; su reino, su orgullo y sus tradiciones. ¿No era lógico entonces que esperaran a algún tipo de mesías, el verdadero gobernante que los llevaría de vuelta a su antigua grandeza?

Un escalofrío la recorrió. Miles de preguntas llovieron sobre ella como si cayeran de una nube ominosa, pero solo una de ellas permaneció. ¿Qué papel debía o podía asumir ella? Cuando Navar le había pedido que fuera su esposa, aún no sabía nada de su sucesión. Normalmente, ella no tenía dificultades para establecer conexiones de largo alcance. Pero en este caso, sus habilidades de pensamiento abstracto le fallaban. No podía resolver esta ecuación que prácticamente solo contenía incógnitas.

Probablemente estaba temblando, porque Navar la abrazó.

— Deberíamos irnos. Pronto oscurecerá y tendrás frío. Ya he visto suficiente por el momento.

¿Por el momento? Ella se quedó mirando su expresión durante unos segundos. Oh, sí, él quería pasar mucho más tiempo aquí, tal vez establecer una conexión espiritual con sus antepasados. De repente, se sintió como una entrometida. Este no era su mundo, simplemente se había topado con él por casualidad. Tenían que hablar de su futuro lo más pronto posible, porque ¿acaso no habían hecho sus votos matrimoniales, aunque involuntariamente, bajo falsas condiciones? ¿O era simplemente una cobarde porque de repente el desafío parecía estar muy por encima de sus capacidades?

Trotó tras Navar y mientras descendían, se sintió invadida por la nostalgia de su hogar. Incluso se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en sus plantas de interior. Loretta de seguro las había dejado secarse, y solo porque había necesitado viajar a París para mejorar el guardarropa de Jasper. El enorme ficus seguramente ya estaba perdiendo sus hojas y cuando llegara a casa solo quedaría un esqueleto amarillo en la bonita maceta. Sabía lo infantil que era su tristeza, pero no podía evitarlo.

Su visión borrosa hizo que pisara mal, se resbalara y se deslizara varios escalones hacia abajo sobre su trasero. Gritó como una loca, porque no podía detenerse y si se deslizaba solo unos centímetros a la derecha o a la izquierda, caería al vacío y se llevaría a Navar con ella.

Pero Navar reaccionó rápidamente. La atrapó y la sujetó con fuerza.

Luego la levantó en brazos. — ¡Todo está bien! ¡Te tengo!

Sin más ni más, él continuó descendiendo las escaleras.

— Estoy bien. Puedes bajarme. Solo me descuidé un poco.

— Estás agotada. Podría oír los latidos de tu corazón a cien metros de distancia — respondió él de forma un poco brusca.

— ¡Pero no puedes llevarme todo el camino hasta abajo!

— ¡Puedo hacerlo y lo haré!

Él se detuvo en el siguiente escalón y la besó en los labios.

— Si quieres, puedo llevarte en brazos a cualquier parte.

Tan pronto como lo dijo, siguió bajando. Ella estaba agradecida por eso, porque en realidad se sentía completamente exhausta. No quería ni pensar en los dolores musculares que con toda seguridad luego la atormentarían.

Si quisiera, él la llevaría en brazos a cualquier parte, eso sonaba bien. ¿Pero qué más quería ella? ¡Lo quería a él! Eso era fácil. Lo que realmente la molestaba era todo el equipaje que él llevaba consigo. Ella misma ya llevaba suficientes problemas a cuestas. Empezaba a temer ser aplastada por todo ese peso.

Cuando Navar finalmente la puso en pie, volvió a controlarse hasta cierto punto. No podía dejarse vencer por el miedo. En el fondo, el asunto no era tan complicado. Si ambos tenían mucho que cargar, debían ayudarse mutuamente. Así lo había dicho Navar cuando le había pedido que fuera su esposa. Ella había aceptado, y solo porque la carga haya aumentado un poco no significaba que pudiera faltar a su palabra.

Respiró profundamente, y justo en ese momento Verena se acercó corriendo.

— Casi no me atrevo a preguntarlo, pero si tú... quiero decir, si usted me hiciera el honor de correr un poco juntos, sería la loba más feliz del mundo.

Navar le sonrió a la cambiaforma, pero luego la rodeó con un brazo.

— Tal vez en otra ocasión. Danielle necesita descansar y no quiero dejarla sola.

— ¡Por supuesto! — Verena se dio una palmada en la frente. — ¡Qué tonta soy! Lo siento, Danielle. Cierto que eres humana. Cuando Liliana llega abajo, también está siempre sin aliento. Hemos preparado una habitación para ustedes, puedes recostarte allí. Será mejor que me vaya ahora.

Verena dobló la siguiente esquina a toda prisa. Un nuevo nudo se formó en la garganta de Danielle. ¡Ella solo era una humana!



Capítulo 15

Navar

Danielle y él se dirigieron a la sencilla habitación de invitados y se acostaron juntos. Giró la cabeza hacia su compañera y la observó. Aunque ella se había quedado dormida enseguida, sus brazos y piernas se movían inquietos. A veces se tumbaba boca abajo, pero inmediatamente después volvía a rodar sobre su espalda. Estaba físicamente agotada, pero su mente evidentemente seguía trabajando sin descanso.

Le dolía verla así. A fin de cuentas, era el único responsable de su estado. Había añadido su propio caos al montón de problemas que ella ya tenía. No debería haberla llevado a la tumba. Aparte del agotador ascenso y descenso, la avalancha de información había sido demasiado para ella. Pero él necesitaba apoyo, porque solo gradualmente se fue dando cuenta en lo que se había metido.

Casi deseaba no haberse enterado nunca de su herencia. Para ser un rey, tenía que querer serlo. Nunca había planeado más allá del día en que les diría a los lobos que podían tomar posesión de su propio territorio. Nunca se había preocupado por lo que sucedería después. ¿Por qué lo haría? Si ya habría logrado el objetivo de su vida.

Se frotó los ojos con las palmas de las manos. ¡Qué pensamiento tan estúpido! ¡Como si después fuera a esfumarse sin más! Por supuesto que había un después y tenía que decidir cómo quería organizar su futuro. Sin embargo, ya no se trataba solo de él. Se había casado con Danielle y con ello había asumido un compromiso que duraría toda la vida. Si él ahora era el rey de su pueblo, ella sería su reina. Por lo tanto, ella tenía que tomar la misma decisión fundamental, porque para ser una reina, ella tenía que querer serlo. Tenía que poner su corazón y su alma en ello, o de lo contrario los lobos no la aceptarían.

Ella era hermosa, inteligente, tenía un buen corazón y él la deseaba. ¿Pero era eso suficiente? ¿Por qué ella debería asumir tal tarea? ¿Por qué ella debería defender a un pueblo que no era el suyo?

Debido a todas estas preguntas y a su conflicto interno, no pudo conciliar el sueño. Como no podía descansar, se levantó y salió sigilosamente de la habitación. En el pasillo brillaba débilmente la luz de una lámpara y en algún lugar traqueteaba un generador de energía.

El sonido lo hizo sonreír. Así que la tecnología moderna también tenía sus encantos para las cuatro mujeres solitarias. Al mismo tiempo, esto también respondía la pregunta de Danielle sobre lo del correo electrónico que le habían enviado. Estaba relativamente seguro de que encontraría una computadora con conexión a Internet en alguna habitación del fondo. Si uno quería estar al día, hoy en día no había forma de escapar de la World Wide Web. En su opinión, Liliana utilizaba al máximo esta fuente de información. En la red circulaban rumores, verdades a medias y teorías absurdas sobre todo tipo de cosas, pero también hechos concretos. Solo había que saber distinguirlos. Y Liliana, con sus conocimientos previos, era sin duda capaz de hacerlo.

Él siguió la luz hasta la biblioteca. Liliana estaba allí sentada, inclinada sobre un libro, y le

sonrió cuando lo vio entrar.

— Y entonces, ¿qué dices? ¿Lo sentiste?

— Sí. — Él se dejó caer en una silla junto a ella. — Era como si su espíritu me hablara. Solo hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué Zakhar pedía perdón? Los lobos no fueron los culpables del exterminio de los Vargs.

— ¿Ah, no? ¿Y qué te hace pensar eso?

— ¡Fueron los Cazadores de Plata, todo el mundo lo sabe! — gritó él, ofendido.

— Sí, eso sería demasiado bueno. Cuando simplemente puedes señalar a alguien con el dedo, ¿verdad?

Enfadado, golpeó el puño sobre la mesa. — ¿Acaso defiendes a esos canallas? ¿Después de todo lo que sabes?

Casi lo hizo enfurecer la manera en que sonreía y no parecía avergonzada en absoluto.

— Es precisamente porque sé tanto que lo dudo. ¿Nunca te has preguntado cómo un grupo de humanos, que al principio seguramente no era muy grande, logró cazar con éxito a los Vargs y a los lobos? ¿Y llevarlos hasta tal punto que la mitad de ellos fuera destruida y la otra pasara a la clandestinidad? Tú también leíste el informe de Samuel.

— ¡Por supuesto! ¡Probablemente mil veces! ¡Me lo sé de memoria!

Liliana se inclinó hacia adelante y cruzó las manos sobre la mesa.

— ¿Pero entendiste cada palabra, Navar? Dijo que todos se aliaron con contra todos. Después de todo lo que le había pasado, aún no se había sentido capaz de nombrar a un culpable. Los conflictos y sus causas suelen ser bastante complejos. En la mayoría de los casos, no hay una cosa concreta que haya provocado el conflicto. Miles de personas se enfrentan unas a otras y, sin embargo, cada una de ellas tiene un motivo diferente, aunque crean que están persiguiendo un objetivo noble en común.

Él tragó saliva. Por supuesto, también había leído eso y siempre había considerado que esas palabras no tenían importancia. Samuel había sufrido heridas mortales. Parecía lógico suponer que había formulado una o dos cosas de forma confusa debido al dolor. Pero, se estaba mintiendo a sí mismo porque, después de todo, no había cuestionado las declaraciones de Samuel sobre los reyes y sus descendientes. Concluyó entonces que solo había deducido del documento lo que quería oír. Eso era a la vez aterrador y vergonzoso.

— ¿Estás diciendo que los lobos ayudaron a acabar con los Vargs? ¿Y que los Vargs mataron a los cambiaformas?

Liliana asintió enérgicamente. — También murieron humanos, y los Cazadores de Plata solo fueron un producto de aquellas luchas, y se aprovecharon de la situación. Las heridas de la guerra aún no habían sanado. Eso era exactamente a lo que Zakhar se refería. No lo vieron venir. Samuel mencionó algo parecido, si lo recuerdas.

Su cabeza empezó a retumbar. Se pellizcó el puente de la nariz. Eso era difícil de asimilar. Así que al principio no había inocentes. Los humanos, los lobos y los Vargs, en su odio o ignorancia, habían permitido que los Cazadores de Plata encontraran un medio apropiado para su objetivo. ¿Y después? Durante los siguientes siglos, los lobos permitieron que los siguieran cazando. Se escondieron y ya no alzaron la voz.

— Si ese fuera el caso, Liliana, entonces ¿por qué ninguno de los descendientes de los reyes opuso resistencia? Supongo que todos y cada uno de ellos encontraron el camino hacia estas murallas en algún momento.

— Sí, lo hicieron. La historia se transmitió de padres a hijos. Tal vez nadie fue lo suficientemente fuerte, tal vez por miedo a la responsabilidad, a las consecuencias, a la magnitud de la tarea. No lo sé. Creciste huérfano, nadie pudo enseñarte y, sin embargo, te sentiste llamado a marcar la diferencia. Reconozco la presencia de los tres reyes en ti. — Ella puso ambas manos sobre las suyas. — Ninguna de mis predecesoras jamás mencionó haber sentido lo mismo.

Navar apartó rápidamente las manos. No quería oír hablar de ello.

— ¡Tonterías! ¡Eso suena como si estuviera poseído! Solo soy un cambiaforma común y corriente con un poco de dinero sobrante. Pero ahora tengo una esposa, toda mi lealtad le pertenece a ella y a nadie más.

Apenas podía creerlo cuando Liliana le dio una bofetada.

— ¡Cállate! ¡No permitiré que pongas excusas! ¡No te atrevas a usar a Danielle como justificación solo porque tienes miedo!

En su interior estalló la ira. Descontrolado, sus dientes de lobo sobresalieron. Casi estaba listo para lanzarse a la garganta de Liliana.

— ¡Vuelve a meter los colmillos! — gritó ella, poco impresionada. — Eso solo demuestra que tengo razón.

Él se golpeó las sienes con los puños. No lo pensó de inmediato, pero Liliana había dicho la verdad, aunque probablemente no tenía ni idea de a que le temía. No era la responsabilidad ni la magnitud del desafío lo que lo asustaba, no, era el miedo puro y sincero de que Danielle no lo siguiera. Si ella lo dejaba, se abriría un agujero en su corazón que nunca podría llenar. Bajó la cabeza, porque no entendía este miedo. Siempre había estado solo y podía volver a estarlo, ¿cierto?

— Danielle — murmuró él sin querer.

Liliana inclinó la cabeza, pero al principio no dijo nada más. Sin embargo, su silencio resonó en sus oídos como las trompetas de Jericó. Si Danielle le pidiera que renunciara a la realeza, él cumpliría ese deseo. Pero si le pedía eso, también lo estaría obligando a negar su herencia, su deber con su pueblo. Y no podría ser feliz, porque eso se interpondría entre ellos para siempre. Por otra parte, también había hecho una especie de acuerdo de por vida con ella, que también tenía que cumplir. ¿Cómo se suponía que iba a resolver este dilema? ¿Cómo?

Mientras tanto, Liliana se levantó y lo miró con determinación. — Tú y Danielle se quedarán por un tiempo. Leerán y aprenderán. Ella será tu reina, y al igual que tú, deberá entender lo que significa liderar un pueblo.

Él se limitó a resoplar. ¡Maldición! Esta mujer era tan inflexible como el acero reforzado. Casi le temblaban las rodillas. Si se negaba a obedecer sus órdenes, ella podría sacar su bastón y darle una buena paliza. Para ser sincero, se alegraba de que ella le indicara el camino correcto por el momento. Aprendería, pero no le correspondía a ella decidir lo que haría con los conocimientos adquiridos.

Cavilando, volvió a su habitación. Danielle parecía haberse calmado. Se acostó a su lado y la

rodeó con los brazos. Ella suspiró satisfecha y de repente se preguntó si aquel dulce sonido no merecía cada sacrificio.

— ¿Dónde has estado? — susurró ella de repente. — ¿Fuiste a correr con Verena?

Su corazón latía con fuerza y de manera precipitada, una clara señal de tensión nerviosa.

— No — contestó él rápidamente. — No podía dormir y estaba en la biblioteca. — Sonriendo, él añadió. — ¿Estás celosa?

Ella se dio la vuelta e hizo una mueca. — No directamente de Verena. Es que, bueno, ella es una loba. Yo solo soy una humana con muchos problemas. ¡Y tú te convertirás en rey! No lo sé. Puede que tú y yo no hagamos una buena pareja.

Se le anudaron las tripas del susto.

Él la tomó por los brazos y la sacudió con fuerza. — ¡No digas eso! ¿Me oyes? ¡Nunca más!

Horrorizado por su propio arrebato, apartó los dedos. Danielle se frotó las zonas maltratadas.

Ella lo miró asombrada, pero sin parecer repugnada. — ¿Por qué no? Es lógico. No soy una cambiaforma. Y en el peor de los casos, soy una descendiente de sus peores enemigos. ¿Cómo se supone que funcionaría eso? ¿Debería actuar como tu reina hasta que todo salga a la luz? ¿Entonces fingirás no saber nada al respecto? Tus súbditos, o como sea que los llames, darían justificadamente por sentado que encomendaste las ovejas al lobo.

— No quiero que actúes como una reina, quiero que seas una. Mi reina, para ser más precisos.

Su mirada solo decía una cosa; no creía ni una palabra de lo que él decía. ¿Qué es lo que faltaba? ¿Qué quería oír?

Él intentó un enfoque diferente. — Nos hicimos una promesa. Fuiste tú quien insistió en que la mantuviéramos para siempre. Y comparto esa opinión sin reservas. Entonces, ¿qué es lo que esperas de mí? — A él se le hizo un nudo en la garganta, pero tenía que ofrecerle una salida. — Si no quieres esta vida, te seguiré a otra.

Danielle se estremeció. — ¿Harías eso?

— Por supuesto.

— ¿Por qué?

— Porque estoy comprometido contigo, así de simple.

Ella inspiró y espiró profundamente. Luego sonrió, una sonrisa pequeña y triste.

Pero tal vez se equivocaba, porque de repente ella apretó los labios con decisión.

— Yo también dije que sí, por si lo has olvidado. También fui yo quien te atrajo hasta aquí. Ahora tengo que afrontar las consecuencias. Por eso no puedo permitir que ni tú ni yo le demos la espalda a la realidad. — Ella sujetó su barbilla entre el pulgar y el dedo índice. — Tienes un trabajo que hacer, Navar. Por mucho que me gustaría que renunciaras a ello, comprendo su importancia. Hay algunas cosas de las que uno no puede escapar, pasarlas por alto o ignorarlas para siempre. Sé de lo que hablo, porque lo he intentado durante años.

— ¿No me permitirás un cambio de rumbo? — Se rio él brevemente. — Liliana dijo algo parecido cuando hablé con ella hace un rato.

Ahora Danielle también se rio. — Bueno, ella es como una institutriz estricta y además se ve

como una. Siempre me hace pensar en mi maestra de tercer grado. — Ella puso una cara seria y levantó las cejas con reproche. — ¡Danielle! ¡Aquí no se hacen travesuras! ¡Una buena educación es un privilegio!

— Acostúmbrate a la idea de volver a estar en primer grado. Porque ella dijo que tenemos que quedarnos y aprender, haciendo énfasis en «tenemos que».

Ella hinchó las mejillas. — ¡Genial! Entonces deberíamos dormir un poco para no llegar tarde al primer día de clases.

La acercó de nuevo y la besó. — ¡Te lo agradezco!

— ¿Por qué?

— Por tu apoyo, tu fuerza. Creo que eso es lo que más necesito en estos momentos.

Ella suspiró suavemente. — No puedo evitarlo.

A él se le cerraron los ojos, pero una pregunta seguía inquietándolo. ¿Por qué no podía evitarlo? Para ella sería fácil ponerle punto final al asunto. Con votos matrimoniales o sin ellos, las parejas a menudo se separaban cuando sus planes para el futuro iban en direcciones diferentes. Sentía en su interior que había mucho más detrás de todo esto que un simple sentido del deber. Pero no sabía qué era lo que la mantenía junto a él. Simplemente estaba feliz de que ese algo indefinido existiera.

Los siguientes días fueron muy reveladores para él. Había pensado que sabía todo sobre la historia y las tradiciones de los cambiaformas, lo cual resultó ser una conclusión errónea. Al principio, se sintió escolarizado, como si le enseñara el alfabeto un escritor galardonado. Pero su arrogancia desapareció rápidamente, ya que no sabía mucho más que la mayoría de los lobos. Todos sabían algo, fragmentos de una vida anterior, a veces disueltos o distorsionados por las transmisiones orales.

A veces, cuando estudiaba un libro o escuchaba las explicaciones de Liliana, podía verlos: a los grandes alfas del pasado. Paseaba por el salón de reuniones del palacio de los lobos, contemplando las frescas paredes y las columnas, celebrando con sus antepasados o discutiendo con sus aliados.

Los registros sobre el primer Rey Lobo; Torant estaban, por supuesto, incompletos, pero aun así daban una imagen bastante exacta de su labor. Eso le daba fuerzas. Torant tampoco había esperado ser coronado como rey. Solo había querido derrotar a los Vargs y no había planeado nada más allá de eso. Pero tras años de sangrientas batallas y ante la inminente derrota, había llegado a la conclusión de que solo un acto audaz podría salvar a su pueblo. Fue así que, junto con el rey de los humanos, había ofrecido la paz a su adversario superior. El riesgo había sido extremadamente alto, al igual que la confianza de Torant en sí mismo. Harim Nakur, el Rey de los Vargs, podría haberse reído a carcajadas y haberse negado. Pero no lo hizo. Entonces, si dos maestros del arte de la guerra habían sido capaces de deponer las armas, él debía pensar en cómo se presentaría ante los humanos: como adversario o aliado.

Danielle, por su parte, no tenía menos ganas de aprender. Atosigaba a Verena con preguntas y

pasaba varias horas sentada frente a libros y dibujos. Su admiración por ella crecía cada día que pasaba, porque lo hacía por él. Aunque al principio su deseo por ella se había basado en gran medida en la atracción sexual, recién ahora se daba cuenta de que había encontrado en ella a una verdadera compañera.

Él volvió a subir varias veces a la tumba del rey Varg. Allí se sentaba en los escalones y pensaba. Harim Nakur siempre había sabido que su pueblo desaparecería, no a causa de la violencia, sino por simple biología. Los genes de los Vargs no se transmitían de forma dominante, al menos no en la constelación Varg-lobo o Varg-humano. Por desgracia, su pueblo no tenía elección, porque las mujeres Varg eran una rareza. Por esta razón, había querido crear un legado para su pueblo, algo que los cambiaformas y los humanos recordaran. Por eso, él podía sentirse orgulloso cuando Liliana afirmaba que veía el espíritu del rey en él.

En la última noche de su estancia, se sintió preparado para su tarea mientras se metía cansado en la cama junto a Danielle.

Ella le sonrió. — Una luna de miel extraña, ¿no crees?

— ¡Se podría decir que sí! Fue más bien un viaje de entrenamiento.

Ella pasó la mano por debajo de la manta y le acarició el pecho.

— Sabes, creo que también podríamos pulir nuestros conocimientos en algunos aspectos.

Su voz sonaba dulce y burlona, pero no se le escapó el tono seductor. Su mano se deslizó más hacia abajo y, de repente, todos sus pensamientos se esfumaron. Su miembro ya estaba duro como una roca cuando sus dedos llegaron a la punta. Le dejó hacer lo que quisiera durante un rato, pero luego se lanzó sobre ella, gruñendo.

Ansioso, apretó su miembro contra su húmeda abertura.

— ¿Qué quieres saber?

— Todo, Navar, todo.



Capítulo 16

Danielle

Cuando abrió la puerta de su apartamento, percibió el olor familiar. Arrojó su bolso al rincón más cercano y se tiró en el sofá. Una cosa estaba clara para ella. Siempre sería la asistente de Navar, muy apreciada, valiosa, su mano derecha, incluso su complemento sexual. Pero nunca le susurraría palabras de amor y tenía que aceptarlo si quería quedarse con él. Navar nunca la engañaría, ni la dejaría por una mujer más joven, ni la dejaría de lado. Pero el Varg era muy fuerte en él, se había dado cuenta rápidamente gracias a lo que había leído y a todas las conversaciones. Él no sabía amar.

Se había preguntado cómo la Reina Camilla había aguantado a Harim Nakur durante tanto tiempo. Desgraciadamente, no había ningún registro al respecto. Alguien había escrito sobre su tumba que tenía mucho amor para dar. Tal vez era solo una metáfora y Camilla había sentido suficiente amor por los dos. Ella quería tomar eso como ejemplo, porque cualquier otra cosa era impensable.

Durante el loco viaje, había acumulado muchas dudas sobre su matrimonio. Pero eran insignificantes comparadas con el grito de su corazón. Ella amaba a su jefe y punto. Ahora solo podía hacerlo lo mejor posible. Si él necesitaba una reina, entonces ella sería su reina.

Pero primero tenía que resolver un conflicto consigo misma. ¿Estaba arruinando su vida por el reino de los lobos, estaba desarrollando una especie de sumisión hacia Navar por sentimientos mal entendidos o era éste el camino que quería tomar con verdadera convicción?

Siguiendo una intuición inicial, probablemente lo más fácil sería confiar en Loretta. Ella siempre había estado dispuesta a escucharla. Pero, cuando lo pensaba con más detenimiento, no le parecía correcto dar rienda suelta a su caos emocional delante de su amiga. Después de todo, Navar pronto sería el jefe de Loretta y, por el amor de Dios, ella misma también sería la jefa. ¡Qué miserable tontería! ¿No podía al menos un asunto delicado resolverse por sí solo? ¡Era como una hidra! Si se cortaba una cabeza, volvían a crecer dos nuevas.

Una risita subió por su garganta y estalló en una risa liberadora. Ella exageraba lo del cliché de la secretaria y el jefe. Su antigua colega Melanie de seguro no había previsto algo así y, llegado el momento, sería capaz de llevar los chismes de oficina a un nuevo nivel.

Unos fuertes golpes en la puerta interrumpieron su risa. Cruzó el pasillo, abrió la puerta y se quedó más que sorprendida cuando se encontró cara a cara con Navar.

— Sabes... — él pasó junto a ella y trotó directamente hacia la sala de estar. — Deberías mudarte conmigo. — Él miró a su alrededor y sonrió. — Me gusta.

Ella lo miró perpleja, porque la había dejado frente a su apartamento hace apenas media hora. ¿No le daría un respiro?

Navar la rodeó con un brazo. — ¡No estés tan sorprendida! Supongo que es normal que las parejas casadas vivan juntas.

— Sí, claro, eh... —tartamudeó ella— pero nunca hemos hablado de eso porque... bueno... en realidad no somos un matrimonio tradicional.

— ¿Ah, no? — Él hizo un gesto despectivo. — ¿De qué hay que hablar? La empresa de mudanzas llegará en cinco minutos.

¡Pum! Volvió a atropellarla como un tren expreso.

Ella arrugó la nariz. ¡Él tenía que dejar de hacer eso!

— ¿Por qué diablos no te mudas tú conmigo, eh? — espetó ella. — No me gusta tu apartamento, solo para que lo sepas. ¡Y además! ¿Se te ha ocurrido esto en los últimos treinta minutos?

— ¡Sí! — gritó él, lleno de alegría. — Una gran idea, ¿no crees?

Él le dio un toque en la nariz, pero la mueca traviesa de sus labios desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

— Tú y yo somos uno, sin importar dónde vivamos. Mi apartamento es solo para la transición. De todos modos, cuando todo esto termine, no nos quedaremos en la ciudad. Pensé que ya lo sabías.

Nuevamente, se sintió como si alguien le hubiera dado una patada en la espalda. Dios sabía que Navar no había abierto una caja de sorpresas. Ella sabía lo que le esperaba. Pero, por desgracia, saber y asimilar eran dos cosas muy distintas.

Ella suspiró profundamente. ¿Cuándo se apoderaría finalmente la realidad del último rincón de su cerebro? Si uno amaba una cosa, tenía que querer también la otra. Si uno tenía un gato, no podía quejarse de los pelos en la ropa. Bueno, y como Navar no era solo un gatito fácil de domesticar y ella lo amaba, tenía que aceptarlo en su totalidad y todo lo que esto conllevaba. Eso significaba abrir los ojos y dejar de abordar cada cambio con extrema precaución.

Ella echó los hombros hacia atrás, enderezó la espalda y asintió.

— Tienes razón. ¡Una gran idea! Eso simplifica muchas cosas.

Ella echó un último vistazo a su apartamento, o más bien a la concha de caracol que le había ofrecido durante tantos años una supuesta protección.

— Dejaremos casi todo aquí — decidió ella inmediatamente. — Me llevaré algo de ropa, cosas personales y —ella le sonrió— mis plantas. En eso no voy a escatimar.

Una semana después, ella llegó a la conclusión de que realmente no había tomado la peor decisión. Navar resultó ser un esposo muy cariñoso y, lo que le gustaba aún más, le daba la libertad de hacer lo que quisiera en la mayoría de las cosas. Solo se mostraba inflexible cuando se trataba de su seguridad. Aunque no sabía qué cosa tan terrible podría ocurrirle, él insistía en que Jasper la acompañara a todas partes cuando viajaba sola.

El conductor se tomaba muy en serio su ascenso a guardaespaldas y su físico se adecuaba perfectamente a ello. Cuando hablaban, ella deducía de sus palabras que era consciente de la naturaleza de Loretta. Sin embargo, Jasper nunca reveló si ella también le había hablado de la naturaleza de lobo de Navar. Incluso si estaba al tanto, nunca dijo una palabra al respecto. Cada

vez entendía mejor por qué Navar confiaba tanto en él.

Una noche, mientras disfrutaba de la enorme y lujosa bañera, escuchó cómo Navar hablaba por teléfono en voz baja. Ella puso mala cara, porque también tenía que acostumbrarse a este hecho. Él siempre estaba disponible en el teléfono; solo parecía desconectarse cuando hacían el amor. Pero entonces, sonrió agradablemente, estaba con ella en cuerpo y alma.

— Sí, entiendo. — La puerta del baño se abrió silenciosamente. — Creo que ustedes dos deberían hablar. — Él le entregó el teléfono móvil. — Es Scott. — Luego se sentó en el borde de la bañera.

Ella había estado esperando ansiosamente el resultado de la investigación del detective. Pero ahora que se había puesto en contacto, y no sabía si estaba preparada para posibles malas noticias.

— Sí. ¿Hola?

— ¡Hola! Iré directo al grano, Danielle. Las huellas dactilares de Sebastian estaban en la puerta del camión.

Ella cerró los ojos. Por alguna razón, esta noticia no la conmocionó tanto como esperaba.

— Pero te diré ahora mismo que la policía no puede hacer absolutamente nada. No hay huellas en el volante ni en ninguna otra parte del interior. Ya habíamos hablado de eso. Un abogado astuto lo liberaría en un abrir y cerrar de ojos si lo arrestáramos. Hay dos escenarios posibles. Sebastian podría haber tocado el camión por casualidad, o podría haber sido descuidado si realmente estuvo detrás del accidente. Sin embargo, no creo que esa escoria confiese. Aun así, esto se trata de lo que tú quieras. Si quieres presentar cargos, entonces...

— ¡No! — ella interrumpió a Scott con decisión. — ¡De ninguna manera! En primer lugar, no serviría de nada y, en segundo lugar, no quiero causar un alboroto innecesario. Carly me retorcería el pescuezo si eso te pusiera en evidencia.

Scott se rio. — Claro que lo haría, pero solo después de haberte dicho que ella podía comprenderte. Lamento no poder hacer más por ti. Bueno, y gracias por entender la situación.

— No, gracias a ti.

Luego ella colgó y automáticamente le devolvió el teléfono móvil a Navar. A continuación, se sumergió por completo bajo el agua. Aguantó la respiración hasta que ya no pudo más. Cuando volvió a subir, Navar seguía sentado allí.

— ¿De verdad quieres vivir con eso? Podría haber sido él.

— Sí, viviré con eso. — Ella se sentó y jugó con la esponja de baño. — De alguna manera, no lo sé, quizás ya lo había sospechado, o sea, no siempre, sino desde que me enteré sobre los Cazadores de Plata.

— ¿Qué quieres decir?

— Bueno, parece lógico. Sebastian me sedujo para ponerme de su lado. Mis padres probablemente se habían negado con vehemencia a regresar, por lo que tuvieron que ser silenciados para siempre. Yo solo habré sido un desafortunado daño colateral. Pero luego de que él se enterara de que nunca podría volver a caminar correctamente, ya no tenía ningún valor para los Cazadores de Plata. Ya no era una amenaza porque no tenía ni idea de todo este asunto. Y ahora puedo caminar, pero ya no me reclutaría. Porque podría enterarme de su crimen y entonces

sí sería una amenaza.

— Eso tiene sentido, Danielle. ¡Pero aun así! ¿Cómo te las arreglas para mantenerte tan tranquila?

— ¡Oh! — ella sonrió. — ¡Y lo dice el mismísimo Sr. Iceberg! — Ella giró hacia un lado y puso una mano sobre la suya. — Los muertos ya están muertos. Ni siquiera la justicia puede devolverlos a la vida. Créeme, me encantaría ver a Sebastian pudriéndose en una celda. Pero por el momento, no podemos dejar que nada se interponga en nuestro camino.

— Hm.

Sin vacilar, se quitó la ropa y se metió al agua tibia junto con ella.

— He estado pensando mucho sobre ese tema, sobre los muertos. Como ya sabemos, nadie era inocente al principio. ¿Crees que debería seguir tu ejemplo? ¿Callar las fechorías de los Cazadores de Plata y simplemente no mirar atrás?

Sucedió de manera muy natural. Se deslizó hacia él y apoyó la espalda contra su pecho. Navar le rodeó el torso con los brazos.

— ¿Estás hablando de perdonar?

— No. Pero si Scott nos da los nombres y los publicamos, los lobos definitivamente irían tras los Cazadores de Plata. Y eso, a su vez, conduciría a una guerra que tal vez no podamos ganar. — Él gruñó brevemente. — ¡Espera! Lo he expresado mal. No quiero provocar una guerra ni ganarla. Se trata de una cuestión de razonamiento, no de venganza.

— ¿Entonces has decidido hacerlo público? Ayer parecía que no estabas del todo seguro.

Su risa golpeo la parte posterior de su cuello, lo que le produjo un cosquilleo agradable. Su divertimento era oportuno, porque en realidad ella había estado hablando todo el tiempo y al final interpretó por su expresión que él aún tenía que pensárselo.

— Fuiste muy convincente. Aparte de eso, ese siempre fue mi plan. Si solo invitáramos a los lobos a su nuevo territorio, simplemente tendríamos algo así como una reserva. Y nosotros dos no seríamos sus líderes, sino solo sus guardianes. Aquellos que no quieran o no puedan trasladarse seguirían sufriendo. Y no veo por qué deberíamos seguir escondiéndonos. El mundo también es nuestro.

Ella tiró de su cabello mojado. — Si ibas a hacerlo de todos modos, ¿por qué me lo preguntaste?

Ella levantó la cabeza para poder mirarlo a la cara.

Él le sonrió. — Porque para mí es importante que tengamos las mismas opiniones en esta relación, en nuestra futura política, si se puede decir así. — Él recogió el agua perfumada de la bañera con el hueco de la mano y la derramó sobre su hombro. — Para ser precisos, me gusta estar de acuerdo contigo en todo.

— ¡Ése es tu sueño! — le dijo ella, soltando una risita.

Luego tragó saliva. A menudo él decía lo correcto o hacía lo correcto. ¿Era ésa su forma de amar? Después de todo, no existían reglas universales para los sentimientos y la forma de expresarlos. Tampoco era necesario decir las dos famosas palabras. Ella las había escuchado de la boca de Sebastian al menos un millón de veces, incluso había inhalado su «*te amo*». Y finalmente, no había tenido ningún valor.

Entristecerse porque Navar nunca lo decía solo la convertía en una especie de reincidente. Al fin y al cabo, las palabras de amor seguían siendo solo palabras. Si seguía empeñada en eso e ignoraba todo lo demás, entonces sería una tonta, una tonta romántica, cegada ante la realidad. Además, ese no era el punto ahora.

— Estar siempre de acuerdo suena bien, pero es muy aburrido y poco constructivo. Aunque, en este caso, comparto tu opinión. ¿Cómo quieres proceder?

— Bueno, esperaba un empujón de mi reina. ¿Cómo se le anuncia a la humanidad que no está sola? Pero lo que más me preocupa es nuestro estatus, o el mío para empezar. A los cambiaformas no nos gusta que nos pongan delante la figura de una autoridad, aunque llevemos mucho tiempo sin liderazgo. Podría suceder que mi gente no me acepte. Incluso una línea ininterrumpida de ancestros no serviría de nada.

— Creo que te preocupas por eso de manera innecesaria. Deberías notar cómo reaccionan los cambiaformas ante ti. Lo he visto en Loretta, en Verena, incluso Carly no puede ocultarlo. Me parece un conocimiento heredado genéticamente. Ellos te miran y ven a su rey. ¿Eso puede suceder verdaderamente? ¡Ni idea! Como humana, puedo decir honestamente que nadie merece hablar en nombre de su pueblo más que tú. Has trabajado incansablemente para liberar a tu pueblo de su sombría existencia. Si yo fuera una loba y me enterara de ello, te seguiría incondicionalmente, tengas o no un título.

Las palabras salieron de lo más profundo de su ser, no necesitó buscarlas de manera consciente. Navar llevaba una vida supuestamente lujosa, si uno se fijaba solo en el apartamento, en su ropa o en los autos. Sin embargo, ya se había percatado desde hace tiempo que solo era un espectáculo. La mayor parte de su fortuna no iba a parar a sus bolsillos. La utilizaba para construir un nuevo reino o llevaba años invirtiéndola en proyectos por todo el mundo. Además, también es propietario de acciones de una gran variedad de empresas en sectores prometedores y económicamente importantes. No sería inteligente que nadie, ni políticos, ni empresarios, lo hicieran enojar.

Un suave gruñido vibró en su pecho.

— ¿Tú harías lo mismo? Quiero decir, ¿seguirme incondicionalmente, aunque no seas una loba?

Ella sintió cómo su agarre se volvía más fuerte. No se había sentido incómoda porque no la sujetaba con tanta fuerza como para que temiera no poder escapar. Era una diferencia pequeña pero sutil. No se sintió presionada a dar una respuesta afirmativa.

— Sí — respondió con sincera convicción. — Te seguiría. No porque estemos unidos por la ley, sino más bien porque quiero hacerlo.

— ¿Por qué?

No lo entendía, se dio cuenta de inmediato. Podría estar hablándole a una pared y ni siquiera después de una hora de exposición lo entendería.

— Pues por eso — respondió ella de forma un poco testaruda.

Navar la sujetó y le dio la vuelta. Esto provocó que el agua de la bañera se derramara por el borde.

— Esa no es una justificación — refunfuñó él.

Danielle bajó la cabeza para evitar su mirada. En ese segundo, recordó la conversación anterior.

No, no siempre debían tener la misma opinión o analizar minuciosamente todo lo que el otro pensaba o sentía. Pero tampoco tenía ganas de andarse con rodeos. Tenía que decirlo al menos una vez, o de lo contrario se asfixiaría. No le importaba cómo se lo tomara Navar.

— ¡Estoy contigo porque te amo, tonto! Ríete si quieres, pero así son las cosas.

Él no se rio. Vacilante, ella levantó la mirada. Navar la miró tan fijamente a los ojos que no supo si pensaba que ella estaba loca o que era una ingenua. Pero no le importaba y, de todos modos, probablemente él nunca se lo volvería a preguntar.

Se estremeció bruscamente cuando él se levantó de un salto y salió de la bañera. Probablemente no se lo había esperado. Tal vez incluso le repugnaba la confesión porque no consideraba a las emociones como un argumento objetivo.

Justo cuando su corazón se disponía a derramar algunas lágrimas, él se inclinó y la levantó en brazos. Sin decir una sola palabra, la llevó hacia el dormitorio.

—¿Qué estás haciendo? — chilló ella — Estamos empapados y vamos a mojar todo el piso.

Navar no respondió y en lugar de eso la tumbó en la cama. Su sangre empezó a hervir y sus pezones se contrajeron cuando él la miró fijamente, gruñendo. No había ternura en su mirada, o tal vez sí. Ella no sabía cómo describir exactamente la forma en que la miraba. Lo único que sabía era que, solo tenía que mirarla posesivamente para que ella se mojara de deseo.

Ahora ella también acarició su cuerpo con los ojos. Su hombría se puso tiesa, rígida y exigente. Ella estiró la mano hacia Navar. Una cosa era segura. Tal vez no compartían un amor mutuo, pero físicamente estaban unidos de forma casi mágica. También estaban unidos a nivel intelectual. Esperaba que eso fuera suficiente... tenía que serlo.



Capítulo 17

Navar

¡El amor! Desde que Danielle le había dicho que lo amaba, no había dejado de pensar en ello. Sus palabras habían penetrado sus oídos, su piel, sus huesos, para finalmente instalarse en cada célula. Tal vez por primera vez en su vida, se sentía completamente feliz, firmemente envuelto en la delicada red que su esposa había tejido a su alrededor. Curiosamente, este sentimiento nunca se desvanecía. Ella le había ofrecido apoyo durante la fase más turbulenta y acalorada de su proyecto. Por muy bueno que fuera, no pudo descubrir el secreto.

Como un hombre de palabras claras, ¿no sería más feliz con hechos concretos? Ella podría haber dicho algo halagador sobre su aspecto, su inteligencia, su éxito en los negocios. Podría haber dicho simplemente que estaba impresionada por su forma de lobo o que le gustaba estar comprometida con un futuro rey. Podría haber hecho algo con eso y, sin duda, se habría alegrado aún más. ¡Sí, definitivamente!

Centró su mirada en el musculoso cuello de Jasper. Desde que su chófer había conocido a Loretta, parecía estar flotando en las nubes. No descuidaba sus obligaciones, pero parecía que disfrutaba todo el doble. Hasta ahora, no había dicho ni una sola palabra sobre si conocía la particularidad de Loretta. Tal vez la guapa cambiaforma había guardado el secreto. Pero también era posible que Jasper estuviera informado y que simplemente no dijera nada porque no tenía idea de que su jefe también era un lobo. Si ése fuera el caso, el respeto que le tenía a Jasper subiría unos cuantos niveles más.

— Y bien, Jasper. ¿Cómo van las cosas con Loretta?

— ¡Fantástico, señor! Creo que envejeceremos juntos.

Lo soltó sin vacilar, sin dudar, y no lo dijo de manera lapidaria.

— ¿Y ya lo sabes? ¿Después de unos días? ¿Por qué?

— Bueno, nos amamos. Es muy simple.

Jasper puso el intermitente, dejó pasar a otro auto que venía en sentido contrario y luego giró a la izquierda. Silbó una pequeña melodía, mientras lo hacía.

— Pero ¿por qué? ¿Por qué la amas?

El chófer miró brevemente por encima del hombro y sacudió la cabeza, sonriendo.

— ¿Cómo voy a saberlo? Podría darle mil razones y aun así solo estaría arañando la superficie. Usted debería entenderlo. Después de todo, usted y Danielle también hacen una buena pareja. Incluso un ciego con bastón podría ver la química que hay entre usted y ella. ¿Por qué lo pregunta?

Navar olió un pequeño cambio en Jasper, su corazón también latía más rápido. Además, la pregunta sobre el motivo de su interés había sonado más sospechosa que curiosa. Jasper probablemente no tenía ni la menor idea de a quién estaba llevando como chofer. Pero quería proteger el secreto de Loretta a toda costa, si es que lo sabía, y evidentemente siempre estaba en

guardia. De seguro por eso había interpretado insidia en la pregunta de su jefe.

Navar decidió bajar la guardia, ponerlo a prueba, por así decirlo. De todos modos, a más tardar dentro de dos horas, la existencia de los cambiaformas lobo ya no sería un simple cuento para nadie.

— Pregunté porque soy como ella, es decir, un poco diferente.

Jasper no se movió y calló de manera obstinada durante aproximadamente dos minutos.

Pero entonces el conductor se rascó la nuca y moqueó. — Lo sé, señor, sé lo que es. Y, por lo tanto, también entiendo por qué pasa algunos fines de semana en esa cabaña.

— Hm. — Navar sonrió. — Hasta ahora no habías dejado entrever nada.

— Simplemente no quería decir nada porque pensé que me prohibiría volver a ver a Loretta. Además, nunca se sabe quién puede estar escuchando. No soy tonto. Aunque no fuera lo que es, de seguro habría gente que querría espiarlo. Ya sabe, descubrir planes o secretos comerciales.

Jasper rebuscó en la guantera y sacó una cajita. — Cada mañana reviso si hay micrófonos ocultos en el auto. Esto me lo dio un amigo. Hank es un poco paranoico, pero es un genio en cuanto a la tecnología. Él mismo construyó el dispositivo. Detecta micrófonos. Algo así no se puede comprar en una tienda.

Volvió a dejar la caja en su lugar y resopló un poco frustrado. — Desde luego, usted podría haberme ahorrado la molestia. Supongo que puede oler si un extraño ha manipulado el auto.

— Más vale prevenir que lamentar, Jasper. Realmente aprecio mucho tu entusiasmo.

El conductor se encogió de hombros y tragó saliva poco después. — ¿Señor? Tengo que preguntarle algo. ¿Me contrató solo porque tenía una relación con Nancy? ¿Para que de esa forma no anduviera husmeando en la cabaña o algo así?

Jasper evidentemente tenía su orgullo. Hacer de chofer para el jefe de una empresa podía no ser el trabajo más glamuroso, pero ¿acaso no todo el mundo quería ser apreciado por sus habilidades y no solo por insignificancias aleatorias?

— Lo de Nancy fue algo adicional. Lo admito. Pero no fue el factor decisivo. Eres un verdadero golpe de suerte, Jasper, discreto, leal y sabes conducir como Nicki Lauda. Además, me caes muy bien.

Ahora el conductor volvió a reír alegremente. — ¿De verdad? Usted también me cae muy bien, señor. Por eso le juro que no diré una sola palabra.

— ¡No te molestes! El secreto pronto saldrá a la luz.

— ¿En serio? Eso es increíble. ¿Pero cómo se supone que eso funcionará, señor? Loretta se volverá loca. Ella me habló de esa banda que va tras los lobos. ¿Es por esa razón que debo cuidar a su esposa? ¡Oh, mierda! ¿Quién la está protegiendo ahora? Y, además, ¿no es eso...?

Él interrumpió a Jasper. — No hay necesidad de preocuparse, Jasper. ¡Déjate sorprender!

Danielle

Caminó por el apartamento con las manos sudorosas que ya se había secado al menos mil veces. Navar había pedido unos cuantos favores y, si él anunciaba que los cambiaformas lobo no eran un producto de la imaginación de algún escritor de fantasía, aquello provocaría un gran escándalo público.

Los últimos días habían sido agotadores. Había bloqueado cualquier sentimiento y se había centrado por completo en su tarea. Conseguir que algunos influencers, la prensa, periodistas independientes y la televisión se interesaran por un evento cuyo propósito o contenido no se podía revelar; había requerido toda su capacidad de persuasión y creatividad, incluso algunas mentiras descaradas. Pero la promesa de que un poderoso jefe inmobiliario y un cónsul extranjero anunciarían algo juntos sin duda había despertado el interés de algunos. Ahora solo podía rezar para que aquellos que se mostraban reacios mordieran el anzuelo.

Navar ya se había adelantado para comprobar la situación y saludar a algunos de los dignatarios a los que ella había invitado. Ella tenía el papel de reunirse con otras personas importantes. Pero ¿dónde estaban?

Ella ya se había sentido totalmente abrumada cuando la noticia de su boda se había difundido por la empresa. Hubo una lluvia de falsas felicitaciones, comentarios mordaces y a veces hasta insultos. Solo Melanie la había abrazado cariñosamente y le había susurrado al oído.

— ¿No te lo había dicho? Ha sucedido muy rápido. ¡Pero les deseo mucha suerte a los dos!

Luego había tomado sus manos y las había apartado a un lado.

— ¡Ahora dime! ¿Seguirás trabajando o te dedicarás a alguna fundación benéfica? Las esposas ricas suelen hacer ese tipo de cosas.

Se mordió el labio inferior y reflexionó un momento. ¿Ser reina equivalía a trabajar? Probablemente sí, se respondió a sí misma. Pero ¿qué haría exactamente? Ese pensamiento seguía dándole dolores de cabeza. Ella quería cumplir con su tarea. Pero ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera sabía los requerimientos? Sus conocimientos sobre el tema provenían de escritos polvorientos y de tradiciones, pero los de Navar también. Así que, ambos tendrían que aprender.

— Sí, seguiré trabajando. Ser esposa simplemente no es suficiente para mí. Quiero hacer algo, tal vez incluso marcar la diferencia.

— Me parece bien — había respondido Melanie. — Evidentemente, eres muy inteligente. De lo contrario, el jefe te habría despedido enseguida. Porque él podría encontrar una compañera de cama en cualquier lugar.

Entonces su antigua colega se fue trotando. Danielle había mirado tras ella, desconcertada. Melanie había resaltado claramente la quintaesencia de lo que Navar encontraba en ella como esposa; sexo e inteligencia. Deseaba que él se diera cuenta de que quería ser algo más que la suma de esas dos cualidades.

Cuando finalmente sonó el interfono, se sobresaltó. Casi arrancó el aparato de la pared porque la tensión era casi insoportable.

— Buenos días, Sra. Ammwald — anunció el portero de forma muy formal. — Aquí abajo hay un —tosió él, malhumorado— grupo muy diverso de personas que desea verla, entre ellos un policía.

— Sí, está bien, Jacob. Déjalos que suban.

Por primera vez, conocería a más aliados de Navar. Él no le había contado mucho sobre el grupo. Ahora estaba temblando de nerviosismo, porque le parecía muy importante causar una buena y, sobre todo, competente primera impresión. Cualquier cosa que hiciera mal recaería sobre Navar, y ahora mismo era muy importante que los cambiaformas lo apoyaran colectivamente.

Cuando ella abrió la puerta, realmente se encontró cara a cara con un grupo bastante heterogéneo. Esto inmediatamente hizo que una sonrisa se dibujara en sus labios. Ellos podían convertirse en lobos, pero eran tan humanos como cualquier otra persona, con preferencias por determinadas ropas, abiertos, reservados, altos, bajos, elocuentes o gruñones.

Scott y Carly se hicieron cargo de las presentaciones. Allí estaba Finnan Cohen, el hermano de Carly, vestido al más puro estilo vaquero con su Stetson, botas y hebilla de cinturón plateada. Su compañera Vivienne, en cambio, parecía recién salida de una revista de moda. Luego llegó el turno de Dayton, un tipo enorme de cabello largo vestido con un traje de cuero.

Él le sonrió disculpándose. — Madeleine no pudo venir. La pareja de Héctor está esperando su primer hijo y está por volverse loco. Él quiere estar presente en el parto, pero mi amada dice que probablemente tendrá más problemas con él que con la futura mamá. Deberías ver al tipo, alto y ancho como un armario, pero de momento está hecho un desastre. Y si llegara a desplomarse, bueno...

— Dayton, grandullón —Finnan le puso una mano sobre el hombro— creo que ya lo entendió.

— Sí — refunfuñó el motero. — Solo pensé... Bueno, de todos modos, ya he informado a los «Lobos Dorados». Ellos irán directamente allí.

Danielle le sonrió. — Estoy deseando conocerlos a todos. Navar solo me ha comentado cosas buenas acerca de los «Lobos Dorados». — Luego ella se dirigió al siguiente. — Tú debes ser Evan Corbyson. Sé que tus tierras están abiertas a todos los cambiaformas en caso de que necesiten un lugar donde refugiarse.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza. — Señora.

Una anciana pasó por detrás de él. — ¡Ahora hazte a un lado, grandullón! ¡Quiero verla!

Evan puso los ojos en blanco antes de dar un paso a un lado.

— Permítame presentarle. Ella es Trudi, una amiga leal desde hace mucho tiempo y el peor dolor de cabeza de todos los tiempos. No se le puede negar nada.

La señora llamativamente maquillada, apoyada en un bastón, tiró de su cabello y cojeó a su alrededor, murmurando.

— Ts, ts, ts. Así que ella es la reina. — Luego golpeó su bastón contra el suelo. — Espero que sepas lo que estás haciendo, muchacha. No hemos guardado el secreto todos estos años solo para arrodillarnos ahora ante una cara bonita.

Danielle no pudo evitarlo. Se puso roja y se le secó la boca. ¿Y si todos los presentes pensaban eso de ella? No quería servir solo de adorno al lado de Navar. Ahora tenía que mantener la compostura y demostrar su confianza en sí misma.

— Sí, sé lo que se espera de mí. Y, por supuesto, nunca le pediría a una mujer mayor que se arrodillara ante mí. Eso solo le corresponde al rey.

Ella levantó una ceja, ante lo cual Trudi sonrió con satisfacción.

— Ella es buena. Me gusta.

Navar le había contado a este selecto grupo sobre su linaje y les había pedido su opinión. Como ella sospechaba, nadie se había sorprendido. Los lobos que lo conocían siempre habían sentido que habían encontrado en él a su líder. Sin embargo, a nadie se le habría ocurrido criticar su elección de compañera. Ellos miraron a Trudi con la correspondiente consternación. Como reina, recordó ella, era su trabajo intervenir para calmar tales diferencias. Había grandes diferencias entre los lobos y los humanos en lo que respecta a la jerarquía. A los cambiaformas solo se les podía dirigir con mano firme, mientras que los humanos preferían la vía democrática. La balanza siempre tenía que estar equilibrada.

— Eso me alegra. Pero comprendes lo poco que importa tu opinión aquí.

Trudi se escondió apocadamente detrás de Evan, quien primero sonrió con timidez y luego le susurró.

— Bien dicho... mi reina.

Incluso inclinó la cabeza, y Dayton, Finnan y Carly hicieron lo mismo. En su interior, ella suspiró aliviada. ¡Prueba de fuego superada!

— Deberíamos ponernos en marcha. Ya es hora.

Al escuchar sus palabras, todos se pusieron en marcha. Juntos se apretujaron en la vieja camioneta de Finnan. Dayton se subió a la parte trasera de la camioneta, afirmando que necesitaba el viento en la cara.

Cuando llegaron al centro de congresos de la ciudad, ya se había reunido afuera una multitud considerable de espectadores y representantes de los medios de comunicación. Ya se había instalado una gran pantalla y un atril en el escenario situado frente a la misma. Los reporteros se abrieron paso hacia el frente con sus cámaras para conseguir los mejores lugares. Danielle sonrió satisfecha mientras se abría paso hacia Navar. Evidentemente, había conseguido que las invitaciones fueran lo suficientemente misteriosas. A todo el mundo le gustaban los secretos y cuando se revelaba uno, fuera cual fuera, todos querían un asiento en primera fila.

El temible revoloteo en su estómago se había calmado sin que se diera cuenta. En lugar de eso, absorbió la atmósfera llena de energía de ese momento, escuchando la multitud de voces animadas que expresaban todo tipo de suposiciones. Ella era parte de un acontecimiento histórico, uno del que se hablaría durante muchos años. Sí, incluso había contribuido a hacerlo realidad.

Cuando finalmente vio a Navar, su mente se abrió a una verdad totalmente nueva. Su esposo estaba haciendo historia, había hecho realidad sus visiones. Lo que sucedería hoy era mucho más importante que su mundo emocional, sus preocupaciones o su pasado personal.

Igual que Harim Nakur, Navar no conocía el amor entre un hombre y una mujer, pero al igual que su antepasado, dedicaba todas sus fuerzas a la subsistencia de su pueblo. Eso también era una forma de amor, y el epitafio había querido expresar precisamente eso.

— ¡Ahí estás!

La exclamación de Navar no sonó reprobatoria, sino profundamente aliviada. Sonrió con suavidad, porque básicamente él podría haber empezado sin ella. Pero, por la forma en que sus

ojos se iluminaron, se dio cuenta de que él quería que estuviera allí, aunque solo fuera por respeto a su anterior colaboración. Pero cuando tomó su mano para acercarla a él, rápidamente apartó los dedos.

— Me quedaré detrás de ti — dijo ella, porque todo esto le parecía demasiado. — Una cosa a la vez. Déjame ser una observadora silenciosa, ¿de acuerdo? — Como él ladeó la cabeza, añadió. — Una última vez.

Ella retrocedió unos pasos y se unió a los demás lobos, quienes mientras tanto habían tomado posiciones en el borde. Al mismo tiempo, se preguntó por qué aún no podía estar a su lado. Ella era su primera dama, su reina, perfectamente legal según las leyes de los humanos y de los lobos y de su mente. Y, aun así, si este hecho no llegaba a su corazón, entonces no estaban al mismo nivel. Por eso, ella nunca se sentiría como un igual. No podía cumplir correctamente con su deber ni estar completamente sumergida en su tarea. Como en cualquier trabajo ordinario, esto solo era posible si la profesión se convertía en vocación. Ella amaba a Navar y consideraba justificada su lucha. Pero como él no correspondía a su amor, necesitaba un último empujón para aceptar plenamente su papel. Los lobos necesitaban una reina completa, no una a medias, y por eso debía hablar con Navar. Tal vez sería más inteligente que siguieran por caminos separados.

Sin embargo, no podía permitirse pensar en eso precisamente ahora. Ya podía sentir las lágrimas acumulándose en el rabillo de sus ojos. Enérgicamente, se tragó la creciente tristeza. De seguro parecería muy extraño que Navar proclamara el nuevo reino de los lobos mientras su compañera lo miraba como una miserable llorona.

Cuando el cónsul canadiense se acercó al atril, el silencio se extendió poco a poco por la plaza frente al centro de congresos. Los reporteros sacaron sus micrófonos, los camarógrafos apuntaron sus dispositivos hacia el hombre. Inconscientemente, tomó la mano de Carly, que también se la apretó con fuerza.



Capítulo 18

Navar

Miró a Danielle mientras el cónsul pronunciaba algunas palabras de presentación sin importancia ante la multitud. Ella estaba allí, detrás de él, aunque hubiera preferido tenerla a su lado.

Arnaud, por su parte, era un pequeño sinvergüenza, pero perspicaz. Cuando le había pedido que hiciera más significativo el evento con su presencia, el canadiense no había dudado e incluso se había disculpado por su lamentable pretensión. Que simplemente había actuado por impulso y que se avergonzaba de ello. Así que, mientras Navar no perjudicara a su nación, él le ayudaría con mucho gusto.

— Ahora le doy la palabra al Sr. Navar Ammwald.

Arnaud señaló invitadoramente el atril y le hizo una seña con la cabeza.

Él respiró profundamente antes de inclinarse hacia el micrófono.

— Gracias, Sr. Arnaud. — Él pensó un momento y decidió proteger al hombre de posibles consecuencias negativas. — El cónsul siempre ha representado a su país con dignidad y lealtad. Me gustaría dejar en claro que lo convencí de hacer esta presentación conjunta bajo falsas pretensiones.

Por supuesto, los espectadores inmediatamente empezaron a susurrar entre ellos.

Él levantó una mano para calmar el ambiente.

— Muchos de ustedes me conocen como el dueño de un imperio inmobiliario, como un filántropo, tal vez incluso como un bon vivant. Todo eso es cierto, pero soy mucho más que eso. La humanidad lleva décadas buscando hermanos en el espacio, cuando en realidad ya los tiene... aquí en la Tierra.

Él miró a Dayton. Éste se acercó a él y se quitó la ropa. Los espectadores se quedaron boquiabiertos, algunos gritaron indignados. Pero de pronto hubo un silencio sepulcral luego de que Dayton adoptara su forma de lobo. Él se paseó majestuosamente de un lado a otro en el escenario antes de sentarse a su lado. Algunas personas en la primera fila retrocedieron, susurrando.

— Como pueden ver, el licántropo no es solo un mito. Nosotros, sin embargo, preferimos que nos llamen cambiaformas lobo. A lo largo de los años hemos ido adquiriendo tierras en las que nos asentaremos. Cualquier cambiaforma que desee puede unirse a nosotros. A partir de hoy, retomaremos nuestro lugar ancestral en el mundo.

Atónitos, los presentes miraban a Dayton y también a él, asombrados y sin palabras. Por lo tanto, continuó hablando sin perder tiempo. Tenía que aprovechar el momento antes de que cambiaran los ánimos.

— Durante mucho tiempo, hemos vivido en secreto porque queríamos evitar la persecución y el asesinato. El responsable de esto es un grupo llamado «Chasseur d'Argent», cuyo objetivo declarado siempre ha sido cazar a todos los cambiaformas lobo. Aquí pueden ver a los

miembros. — Él señaló la monstruosa pantalla en la que cada Cazador de Plata aparecía en formato grande con su nombre y dirección. — Ellos han matado a miles de cambiaformas. Dejamos a la justicia humana la tarea de imponer un castigo justo. Tengan la seguridad de que no tenemos intenciones hostiles contra los humanos, pero ahora que estamos nuevamente reunidos, sabremos cómo defendernos.

Volvió a asentir hacia atrás, tras lo cual Evan, Carly y Finnan adoptaron también su forma de lobo y se pusieron a su lado, enseñando los dientes. Los «Lobos Dorados» que se habían apostado en la calle con sus motocicletas, comenzaron a entonar un breve concierto de bocinazos.

Los espectadores permanecieron inmóviles. Lo único que oyó fueron resoplidos de desconcierto y gritos de asombro.

— Buscaremos el reconocimiento de nuestro territorio como una nación independiente y, como cualquier pueblo, esperamos que ningún extraño interfiera en nuestros asuntos. Como futuros miembros de la comunidad internacional, queremos hacer nuestra contribución, no como suplicantes, sino como iguales.

Luego se enderezó y gruñó audiblemente al micrófono. — ¡Soy Navar, el último descendiente del linaje real, Rey de los Lobos!

De repente, ocurrió algo que no esperaba. La multitud se dividió por aquí y por allá. Algunas personas levantaron sus cabezas hacia atrás y aullaron. Inmediatamente después se transformaron, trotaron hacia el escenario e inclinaron la cabeza ante él. Danielle tenía razón, aunque no le había creído al cien por ciento. Pero, al parecer, era cierto. Los lobos reconocían su autoridad sin reservas. De lo contrario, no habrían bajado tan rápidamente la guardia y presentarse ante el público.

La multitud ahora se percató de que no se trataba de un espectáculo de magia ni de un anuncio extravagante para su empresa. Se desató un tumulto, los periodistas se precipitaron hacia el escenario con los micrófonos en la mano y gritando preguntas. Los lobos lo rodearon, protegiéndolo de la multitud.

Al borde del escenario, un reportero gritaba a todo pulmón.

— ¡Es todo un espectáculo, queridos espectadores! — Apretó con más fuerza su auricular. — Estamos recibiendo informes de todas partes donde personas comunes y corrientes repentinamente adoptaron su forma de lobo. ¡Están clamando a su rey! ¡Increíble, simplemente increíble! ¡No estamos solos! ¡Asegúrense de permanecer conectados a sus dispositivos!

Danielle tampoco se equivocó con esto. Había predicho la emoción y la fascinación. Los tiempos habían cambiado y la mayoría de los humanos han aprendido de los errores del pasado. Por eso, él no debía distanciarse, sino mostrar una buena voluntad, y sí, también responder preguntas curiosas.

Pero para eso necesitaba a su reina, su apoyo. Sabía que su forma de hablar era a menudo demasiado dura, demasiado insensible. Ella aportaría delicadeza diplomática a los comentarios demasiado fríos. Había conseguido hacer esta declaración por su cuenta, pero ahora necesitaba un lenguaje más suave. De repente se sintió perdido sin ella y tenía mucho miedo de decir exactamente lo que no debía.

Entonces, se dio la vuelta y registró el escenario con la mirada. No pudo distinguirla entre la

multitud. Vio a Scott, que luchaba con todas sus fuerzas con unas cuantas personas que prácticamente lo empujaban a través de la pantalla. Trudi había tenido la precaución de ponerse a salvo detrás de los altavoces, mientras Vivienne se aferraba a un mástil que sujetaba la pantalla. Más atrás, Jasper saltaba y agitaba la mano desesperadamente. Recién entonces vio que el conductor presionaba un pañuelo manchado de sangre contra su sien y estaba muy pálido.

Todas las alarmas se encendieron en su cabeza. ¡Al diablo con la diplomacia! ¡Algo andaba muy mal aquí! Gruñendo, apartó a la gente de su camino y se abrió camino hasta Jasper. Los lobos a su lado lo siguieron, tratando de despejarle el camino.

— ¡Jasper! — Él agarró al chofer cuando finalmente lo alcanzó. — ¡Qué sucede!

— ¡Ella se ha ido, señor! Hace un momento estaba parada a mi lado y al siguiente ya no estaba. Me golpearon, no sé si fue intencional.

Al principio, pensó que Danielle había sido arrastrada por la multitud. Él tenía que encontrarla. ¿Pero cómo? Había cientos de pies pisoteando los alrededores, borrando cada rastro. ¡Maldición!

Sin prestar más atención a los molestos reporteros, agudizó sus sentidos.

— ¡Manténganlos alejados de mí! — les gritó a sus lobos y se puso a buscar.

Danielle

Sacudió la cabeza varias veces para despejar la niebla que se arremolinaba en su cerebro. ¿Quizás se había mareado? Todo estaba tan oscuro, quizás se había desmayado. Después de todo, su corazón latía al menos quinientas veces por minuto.

Pero no, no era eso. Oyó el ruido del motor de un auto. Probablemente acababa de estrellarse con un bache, pudo sentir claramente el impacto. Jasper tal vez la había sacado de la línea de fuego cuando la gente se precipitó en masa hacia el escenario.

Recordó que él se había puesto a su lado para protegerla. Pero alguien la había tomado por el codo y la había llevado a rastras. Danielle cerró los ojos. Imágenes caóticas pasaron por su mente; gritos, Jasper cayendo como un saco mojado. Ella había intentado liberarse y recién entonces reconoció al hombre que sencillamente no la soltaba. ¡Sebastian! Ella había gritado pidiendo ayuda. Y entonces... ¡maldito bastardo! La había golpeado en la cara con el puño. Le dolía mucho la mandíbula y con la punta de la lengua sintió una hinchazón en el labio superior. Estaba despertando de un desmayo, claro. Pero no estaba ciega, tenía los ojos vendados. También tenía las muñecas atadas detrás de la espalda.

— ¿Sebastian? ¿Estás aquí? ¿Qué es esta mierda? ¡Déjame salir del auto ahora mismo!

Oyó una risa familiar, pero ahora maliciosa.

— ¡Cierra la boca, maldita puta de lobos!

¿Maldita puta de lobos? ¡Oh, maldición! Él lo sabía todo. Por supuesto, ella sabía que podía haber uno o dos Cazadores de Plata presentes. ¿Pero quién podría haber previsto algo así?

Inmediatamente se inclinó para buscar a tientas la manija de la puerta. De ser necesario, simplemente se tiraría al asfalto. Sebastian estaba tramando algo malo. No necesitaba ser un genio para darse cuenta de eso. Sin embargo, de repente sintió la punta de un cuchillo en la garganta.

— Quédate quieta, zorra, o te degollaré.

Ella se quedó paralizada de horror, solo para luego desplomarse. No, él no haría eso. Sebastian era un deshonesto pedazo de basura, pero no un asesino a sangre fría.

¡Oh, maldición! Su cabeza había sufrido bastante y, si pudiera, se tiraría de los pelos. Por supuesto que él la eliminaría sin ningún escrúpulo. Él asesinaba a los cambiaformas lobo y, aunque ella no tenía pruebas irrefutables, también había acabado con la vida de sus padres.

Entonces decidió hacerse la obediente por el momento. Aún no había dado a conocer sus intenciones. Si todo lo que quería era terminar lo que había empezado hace ocho años, no habría esperado hasta hoy.

— ¿Qué quieres de mí, Sebastian?

Deseó poder ver algo, interpretar su expresión. Privada de ese sentido, se sentía a su merced. Pero tenía que conformarse con oír.

— ¿De ti? Nada en absoluto. Nunca he querido nada.

¡Como si no lo supiera! Pero ese no era el punto ahora, ella ya lo había superado.

— Entonces, ¿por qué estoy aquí sentada? — preguntó ella en un tono lloroso, aunque ya sospechaba cuál sería la respuesta.

— Pronto lo sabrás. ¡Y ahora, cállate! ¡Tu voz me ponía de los nervios desde antes, y toda esa cháchara superinteligente! Dios, ya es hora de que aprendas cómo debe comportarse una mujer.

Si la situación no fuera tan delicada, se reiría a carcajadas. Qué estúpida había sido en aquel entonces, tan enamorada de la idea del amor. Ella se creía muy lista y aun así se había enamorado de este machista. Puede que Navar no la amara, pero era mil veces más hombre que este canalla.

— Si miras la situación desde la perspectiva actual —continuó hablando Sebastian con malicia en su voz— entonces es una gran suerte de que hubieras sobrevivido al accidente.

¿Ah, en serio? ¿Desde la perspectiva actual? En otras palabras, en aquel entonces le habría alegrado su muerte. No era necesaria más confirmación de su culpabilidad.

No podía ver nada, pero quería golpearlo. Así que, tomó impulso y se lanzó contra él, logrando incluso morderle el hombro.

— ¡Maldito cerdo! ¡Canalla! ¡Te odio!

Llena de satisfacción, notó cómo Sebastian había perdido el control del volante a consecuencia de su ataque. Ella fue lanzada hacia atrás. Sin embargo, rápidamente volvió a encarrilar el auto y le estampó un golpe con el revés de la mano.

— ¡Estúpida zorra! ¿Acaso intentas matarnos a ambos? — gritó él.

— ¡Me importa una mierda! ¡Espero que ardas en el infierno!

Ella intentó atacar de nuevo, pero esta vez su puño le golpeó la nariz. Un dolor agudo le atravesó

la frente y luego toda la cabeza. Le dolió tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas y gritó de agonía.

— ¡Ahora quédate quieta o embelleceré un poco más tu rostro!

Danielle se apartó de él lo más que pudo. Se sentía como si su cerebro estuviera siendo picado en una licuadora con una cuchilla sin filo. Lo único en lo que podía pensar era en Navar. ¿Estaba dando entrevistas o negociando sus primeros contratos? Probablemente ni siquiera se había dado cuenta de su desaparición. Así que, si Sebastian pensaba que podría obtener de ella o a través de ella alguna concesión del rey lobo, había puesto el carro delante del buey. Ella simplemente no significaba tanto para Navar. ¿Eso la entristecía? ¡En absoluto en este contexto! En cierto modo, era bastante divertido.

Había perdido la noción del tiempo, sobre todo porque no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Pero después de unos cinco minutos, Sebastian condujo lentamente por un camino de grava, que pudo notar debido al típico crujido bajo los neumáticos. En cualquier caso, el camino no pertenecía a su mansión. Ella recordaba que el camino de entrada estaba pavimentado.

El auto se detuvo, Sebastian se bajó y poco después la sacó bruscamente por la puerta del acompañante.

— ¡Última parada!

Torpemente, avanzó a trompicones a su lado, subió unos escalones y atravesó una puerta que se cerró tras ella. Finalmente, Sebastian le quitó la venda de los ojos.

Curiosa, echó un vistazo a la pomposa entrada.

— ¿Dónde estamos?

Sebastian no respondió y la empujó hacia un estudio rústicamente amueblado. Detrás del ostentoso escritorio, el Sr. Deveraux levantó la cabeza y frunció el ceño al verla llegar.

— ¿Ahora qué hiciste, hijo? — espetó él. — ¿Al menos tuviste éxito?

— Desgraciadamente no, padre. Había demasiada gente, no pude llegar hasta él. Pero aún podemos salvarnos. — Él la sujetó y la empujó contra el borde del escritorio. — ¿Te acuerdas de Danielle? Ella es ahora su compañera. Leí algo sobre un matrimonio. Si hubiera sabido antes que ese Ammwald... bueno, ya sabes.

El viejo Deveraux levantó las cejas. — ¿En serio? ¡Qué feliz coincidencia! ¡Bien hecho, muchacho! Utilizaremos esta circunstancia a nuestro favor.

A Danielle solo le tomó unos segundos darse cuenta de la realidad. No podían estar muy lejos de la sala de congresos. El padre de Sebastian probablemente había oído la transmisión televisiva y había enviado rápidamente a su hijo para eliminar a Navar. Sebastian solo había dado varias vueltas por la ciudad durante un rato para despistar a los posibles perseguidores.

— Hay algo más, padre. Scott McTavish es uno de ellos. Lo he visto allí, en agradable compañía con algunas de esas bestias.

— ¿Qué? — gritó Deveraux. — ¿Y traes a esta mujer precisamente aquí? ¡McTavish es policía, maldición! ¿Y si te siguió?

— ¡No te preocupes, papá! No se percató de nada en el caos.

Eso también era interesante. Esta mansión debía ser un escondite secreto para los Cazadores de

Plata. Todas las direcciones oficiales eran conocidas. Entonces, si el padre de Sebastian temía ser encontrado aquí, probablemente Scott no sabía nada de este escondite. Todo bien, pero desafortunadamente no podía hacer nada con este conocimiento.

— Muy bien, confío en ello. Y ahora le enviarás un mensaje al llamado rey lobo, su vida a cambio de la de ella. Esos apestosos cambiaformas tienen una extraña inclinación por el honor y una mórbida lealtad hacia sus compañeras. Él aceptará.

— ¡Eso es lo que tú crees! — resopló ella, divertida. — ¿De verdad crees que Navar renunciará a su reino? ¿Por una mujer cualquiera? ¿Por qué no se ahorran la molestia y me matan ahora mismo?

Sebastian la tomó por el codo y la arrastró hasta un almacén.

— Tal vez me lo piense. Y entonces acabarás reuniéndote con tus inútiles padres. ¡Miserables agentes inactivos, solo causaban problemas!

Rápidamente se hizo la tonta. Como aún no había tenido la oportunidad de hablar con Scott sobre los agentes inactivos, tal vez podría sacarle alguna información útil a Sebastian. De todos modos, a él siempre le gustaba hablar y ahora se sentía seguro.

— ¿Agentes inactivos? ¿Qué se supone que significa eso? No lo entiendo.

— ¡Oh, vaya! Realmente hay algo que la señorita superinteligente no entiende. Estaré encantado de ayudarte con eso.

Él la empujó al suelo y luego se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados.

— Los agentes inactivos provienen de antiguas familias que simpatizaban con nuestra causa, pero nunca participaron activamente. Siempre sospechamos que algún día los cambiaformas saldrían de sus agujeros. Entonces estos miembros silenciosos manifestarían sus verdaderas intenciones. Por cierto, tus padres no fueron los primeros a los que tuvimos que eliminar porque repentinamente empezaron a predicar la tolerancia y la compasión. ¡Gracias a Dios que no moriste durante esa operación, pues eso nos da ahora una oportunidad! — Él se inclinó hacia ella y sonrió. — ¿Y sabes qué? Me hubiera gustado verte muerta, pero bastó con que te hayas roto todos los huesos. Finalmente mi padre accedió y me permitió desecharte.

Ella le devolvió la sonrisa descaradamente. — ¡Bueno, a mí también me hubiera gustado! Al menos así me ahorré el divorcio. ¡Hijo de puta!

Sebastian gritó algunos insultos antes de cerrar la puerta con llave tras él.

Navar no aceptaría el trato. Incluso lo entendía. Él no podía simplemente renunciar a todo para liberarla. Tal vez, pensó ella, de todos modos, debería haber muerto aquella fatídica noche con sus padres. Había tardado algunos años, pero ahora se completaba el círculo.



Capítulo 19

Navar

A veces, toda una vida se reducía a un solo momento. Hasta hace una hora, había pensado que revelarse a sí mismo y a su pueblo ante el mundo sería uno de esos momentos.

Pero entonces sonó su teléfono móvil.

— ¡No debes involucrarte, Navar!

— ¡La liberaremos, juntos!

— ¡Al menos lleva refuerzos contigo!

Todos trataban de convencerlo, prometiéndole su apoyo. Pero no quería oír nada de eso, porque las instrucciones del secuestrador habían sido muy claras. Si él no venía, Danielle moriría, y si venía con otros, también moriría. Entonces no necesitaba discutir ni desarrollar tácticas ingeniosas.

— Cállense — murmuró irritado, solo para luego gritar — ¡Cállense de una vez!

Apretó los puños mientras una fría determinación se extendía por su agitada mente.

— ¡Nadie vendrá conmigo, nadie! ¿Lo entendieron?

— Por supuesto. — Scott puso una mano sobre su hombro. — ¡Pero Navar! Podrías morir.

Él asintió secamente. — Entonces moriré.

Evan y Dayton intercambiaron una mirada de común acuerdo antes de mirarlo. Él se dio cuenta inmediatamente de lo que estaban pensando.

— No, no me seguirán. ¿He sido lo suficientemente claro?

Dayton quiso objetar. Lo detuvo con un gesto de la mano antes de que pudiera decir la primera palabra.

— Dime aquí y ahora si no habrías hecho lo mismo si Madeleine estuviera implicada. Dilo y podrán venir conmigo.

Dayton abrió la boca varias veces, pero luego dejó caer los hombros. Evan gruñó brevemente.

— Me lo imaginaba.

— ¿Señor? — Jasper se acercó desde un costado, pasando de un pie a otro. — Todo esto es culpa mía. Debería haber tenido más cuidado.

Navar negó con la cabeza. — No, amigo mío, no lo es.

Sus palabras eran sinceras. Nadie tenía ojos en la nuca y, aunque fuera muy conveniente culpar a alguien, no siempre era posible demostrarlo con claridad. Lo había aprendido con el tiempo, al igual que Danielle había aprendido que no servía de nada reprenderse a sí misma. Por cierto, ahora no importaba quién dijera «*tan solo si hubiera*» o «*tan solo si estuviera*» para él, solo había una solución.

Desde el punto de vista político, no debería comenzar su reinado cediendo ante las exigencias de

unos terroristas. Pero no quería construir su reino sobre la muerte de su compañera, ni quería ser rey de nada sin ella. Aún no sabía en detalle qué querían los secuestradores, pero, salvo la vida de sus congéneres, estaba dispuesto a sacrificarlo todo.

— Ahora me voy.

Se dio la vuelta bruscamente y trotó hacia su auto. No importaba a cuántas personas apartara a su paso, ni sus expresiones de decepción, no podrían convencerlo de que hiciera algún comentario.

Deveraux le había ordenado que fuera a una propiedad abandonada en las afueras de la ciudad. Por seguridad, tomó el camino más sinuoso y estacionó el auto en el piso superior de un estacionamiento cercano. Sus órdenes habían sido claras, nadie debía seguirlo. Pero a juzgar por la mirada obstinada de Carly, de seguro seguiría su rastro de todos modos. Esperaba que sus acciones pudieran engañarla lo suficiente y que el tiempo que tuviera que pasar buscándolo fuera suficiente para liberar a Danielle.

Cuando llegó al lugar lleno de basura, fue recibido por la sonrisa triunfante de Sebastian Deveraux. Una rápida mirada a su compañera fue suficiente para que de inmediato mostrara los colmillos con ira. Su cara había sido golpeada varias veces. Tenía sangre seca bajo la nariz y el labio superior hinchado. Sin embargo, su rostro magullado reflejaba puro asombro. Evidentemente, ella había asumido que no vendría. Pero ¿por qué? ¿Acaso no sabía que haría cualquier cosa por ella?

Lleno de ira, marchó hacia ellos, pero Sebastian agitó el dedo índice y apuntó una pistola a la cabeza de Danielle.

— ¡Ah, ah, ah! ¡Quédate ahí! No queremos terminar nuestras negociaciones antes de tiempo. Eres rápido, lo sé. Pero mi munición está recubierta de plata. Creo que eso iguala nuestras posibilidades.

Navar dejó de moverse. Una bala de plata no lo mataría, pero muchas sí. Tenía que mantener la calma. De todas formas, el tipo de bala no suponía ninguna diferencia para Danielle. Ella moriría si reaccionaba precipitadamente. No podía arriesgarse a eso.

— ¿Qué quieres, Deveraux?

— ¿Pues qué más, perro apestoso? ¡A ti, por supuesto! ¿Acaso crees que esta estúpida zorra — tiró del brazo de Danielle— significa algo para mí?

— ¡Vete, Navar! — gritó ella en ese momento. — Eres un rey. ¡No te involucres!

Ella se mantuvo erguida, sin que el miedo hiciera temblar su voz. Quizás él ya lo había visto cuando se conocieron. Ella tenía muchas agallas, una auténtica reina. Lo que le pasara a él era irrelevante. Solo era un lobo entre muchos, pero ella era especial.

— ¡Oh, qué tierno! — chilló Sebastian. — ¿Están tratando de salvarse el uno al otro? Vaya, si eso no es amor verdadero. — Apretando firmemente la pistola contra su cabeza, él siseó — Supongo que no habrías hecho eso por mí.

A pesar de la precaria situación, Danielle le dio una fuerte patada en la espinilla.

— ¡Estúpido bastardo! ¿Por qué no saliste volando de aquel camión?

Navar rápidamente intentó aprovechar la distracción y se acercó a los dos. Pero Sebastian no tardó en recuperar el control de Danielle clavándole la mano libre en el cabello y tirando violentamente de su cabeza hacia atrás.

— Sigues sin entenderlo, ¿verdad? ¡Tus padres y sus ridículas convicciones! Realmente pensaron que podrían salirse con la suya. Pero fui más listo que ellos, y los eliminé. Todo el mundo me subestima y ahí tienen el resultado.

Navar se estremeció. Deveraux básicamente había hecho una confesión. No sería muy listo de su parte si liberara a Danielle ahora. Por otro lado, no era el más inteligente. Porque no se había dado cuenta de que Scott lo había engañado. Todo lo que podía hacer era esperar y rezar, porque realmente no había nada más que hacer.

— Basta de escaramuzas — gritó él. — ¡Haz tus demandas y luego déjala ir!

Sebastian rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y arrojó una jeringa a sus pies.

— Vas a inyectarte eso. Una alta dosis de nitrato de plata te enviará rápidamente al Nirvana. Sin el rey lobo, podríamos volver a ponerle la correa a tu horda de perros.

Él se agachó y recogió la jeringa.

— ¡No! — gritó Danielle.

Volteándose hacia Sebastian, ella continuó hablando rápidamente. — ¡No ganarás nada haciendo esto! Otro ocupará su lugar. Mátame si quieres y sigue tu camino.

Deveraux se rio maliciosamente. — ¡Otra vez me subestimas! Él es descendiente de la vieja sangre, nadie puede ocupar su lugar. Los lobos se despedazarán unos a otros en sus luchas por el poder. ¡El final perfecto para nuestra cacería que ha durado siglos!

¿Tenía razón Sebastian? Tal vez sí, tal vez no. Pero no podía permitir que Danielle convenciera a Deveraux de lo contrario. Solo su muerte le daría una oportunidad.

Él la miró fijamente a los ojos.

— ¡Basta, Danielle! Sabes que es verdad.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Danielle cuando se dio cuenta de sus intenciones.

Él frunció los labios y acercó la aguja de la jeringa a la vena en el pliegue de su brazo. Lo recorrió un extraño escalofrío. Estos eran sus últimos momentos en la tierra. Casi podía sentir a sus antepasados reuniéndose a su alrededor. Vio a Harim Nakur con Camilla, al Rey Lobo; Torant con la rubia Aurelia, al enorme Zakhar y a su compañera Katrina. De repente se dio cuenta de una cosa. Todos sus antepasados habían sacado fuerzas de sus compañeras, el amor les había dado las fuerzas necesarias para hacer lo que debían hacer. Así que no debía llenar estos segundos restantes con silencio.

— ¡Danielle! ¡Te amo! — gritó él, clavando la aguja a través de su piel.

Él la vio gritar de agonía. Luego ella se arrodilló tan bruscamente que Sebastian no pudo sostenerla.

Ella se arrastró hacia él. — ¡No! ¡No! ¡No!

Él estuvo a punto de empujar el émbolo hacia abajo, entonces así ella podría escapar. Pero justo en ese momento, algo blanco como la nieve pasó corriendo junto a él. Sebastian abrió los ojos de par en par, se dio la vuelta y salió corriendo. Pero el lobo blanco le clavó los dientes en la parte inferior de la pierna. La pistola salió volando por los aires. Al mismo tiempo, Navar escuchó las sirenas de varios autos de policía.

Entretanto, Danielle había llegado hasta él, le arrancó la jeringa de los dedos rígidos y la tiró al

suelo.

— ¿Te has metido algo en las venas? ¡Mírame, Navar! ¿Te inyectaste algo?

— ¿Qué? — Él se sacudió la rigidez. — No, no lo hice... estuve a punto de...

Ella lo abrazó y lo llenó de besos. — ¡Estúpido, lobo! ¿Crees que habría querido seguir viviendo sin ti? Ya te lo había dicho. Estoy contigo porque te amo.

Él la rodeó con los brazos, la levantó y luego apoyó su frente contra la suya.

— Lo sé, lo recuerdo. Y debería haberte respondido en ese momento. Siento haber tardado tanto.

Ella soltó una risita suave, mezclada con un poco de picardía.

— ¿Ah, sí? ¿Qué me habrías respondido?

Él tragó saliva con dificultad. Con la muerte ante sus ojos, había sido tan fácil decir la verdad. ¿Pero ahora? Sus ojos brillaban animadamente, mirándolo como si fuera la octava maravilla del mundo. Así que, él podría decirle cualquier cosa, incluso confesarle sus sentimientos, por muy confusos que fueran a veces.

— Habría respondido que también te amo. Eres mi reina para siempre.

Bajó la cabeza y la besó con tanta pasión que solo notó de manera marginal la suave tos que alguien había emitido a su lado.

— Sí, eh, no quiero interrumpir, pero necesito su atención.

Ahora él sonrió. Se había olvidado por completo de una persona en su ecuación.

— ¡Scott! ¿Qué estás haciendo aquí? Les había dado la orden...

— Sí, sí. Puede que seas un rey, pero no eres el mío. Así que, para empezar, mi juramento de lealtad sigue siendo a las autoridades humanas, lo que incluye frustrar secuestros.

— ¿Para empezar?

— Bueno, Carly aún no ha decidido si quiere seguirte. Cuando lo haga, podremos hablar sobre tu autoridad, antes no.

Scott sonrió tan ampliamente que no pudo enfadarse con él.

— ¡Ahora dime! ¿Cómo me encontraste?

McTavish metió la mano bajo el cuello de su chaqueta y sacó un botón plateado.

— La electrónica es una cosa estupenda. Después de todo, necesito algo para compensar los oídos y el olfato de Carly. Y un pequeño dispositivo de rastreo como éste ayuda muchísimo. Ella se dio cuenta inmediatamente de que intentabas dejar un rastro falso.

Mentalmente se dio una palmada en la cabeza. McTavish le había puesto la mano en el hombro, un gesto que normalmente se abstenía de hacer. Por supuesto, a él no le había parecido extraño, porque sus pensamientos ya se habían precipitado hacia Danielle.

Scott trotó hacia Sebastian, que yacía retorciéndose en el suelo. Evan, en su forma de lobo blanco como la nieve, lo sujetaba por el cuello.

— Y ahora tú, amiguito. Estás arrestado. Por supuesto, tienes derecho a un abogado, bla, bla, bla. Con eso, ya te he explicado suficientemente tus derechos.

Cuando las esposas hicieron clic, Evan se transformó. Le hubiera encantado morderlo. Lo tenía

escrito en la cara.

Sebastian soltó una risa maníaca. — ¿Arrestado? ¿Por qué? ¿Por caza furtiva? Maté algunos lobos. ¿Y qué?

Scott puso los ojos en blanco. — ¡Oh, amigo mío! En primer lugar, está prohibido cazar lobos, sin importar la especie. Y, en segundo lugar, sin embargo, creo que el secuestro de Danielle y el asesinato de sus padres son suficientes para una condena. Llevamos un rato aquí parados y tu confesión realmente ha sido muy convincente.

Navar se inclinó hacia él. — Ustedes estaban al menos a trescientos metros de distancia. Es imposible que hayas escuchado algo.

— Esos son detalles — murmuró Scott. — Evan y Dayton repitieron todo lo que él dijo.

Mientras tanto, se llevaron a Sebastian, y Scott, el detective que siempre era tan diligente, ahora se dirigió a Danielle.

— Sé que todo esto debió haberte afectado mucho, pero...

Ella se apoyó contra él y le sonrió a Scott.

— ¡Todo está bien! Nunca me he sentido mejor. Navar me ama.

Scott sonrió ante las palabras glorificadas de Danielle, pero quizás también porque él estaba rechinando la mandíbula, avergonzado.

— Lógico, o de lo contrario seguramente habría escuchado nuestros consejos y habría traído refuerzos. Aun así, ¿puedes explicarme qué ha pasado? ¿Estuviste aquí todo el tiempo? ¿Sebastian actuó solo?

— No, su padre está confabulado con él. Yo estaba en una mansión, una de esas del siglo XIX, con techos altos, escaleras curvas, columnas y todas esas cosas. Definitivamente no estaba muy lejos de la sala de congresos. Y el viejo Deveraux había enviado a Sebastian a matar a Navar. Por lo tanto, por el tiempo, la casa debería estar en el centro de la ciudad y no es una de las direcciones conocidas de los Cazadores de Plata. Sebastian tiene una casa en el extremo oeste y el padre en realidad vive en el campo.

Navar tuvo que reírse a carcajadas. — Qué conveniente. Ya no quedan muchas mansiones antiguas y todas me pertenecen. Será fácil de encontrar.

— Bien, me encargaré de eso.

Scott se puso en marcha rápidamente. De alguna manera, él mismo no sabía qué hacer ahora.

— Vamos a casa, ¿de acuerdo? Suficiente emoción por un día. Mañana nos enfrentaremos a los periodistas.

Danielle lo tomó de la mano y lo llevó al auto, donde Jasper ya estaba esperando.

— ¿Nosotros?

— Sí, nosotros. Siempre pensé que no me amabas. Por eso, ah, no lo sé, supuse que no estaba a la altura de todo esto. También estaba el asunto con mis padres. Ahora sé que no eran unos asesinos. Que murieron porque haberse opuesto. Mis abuelos y las generaciones anteriores nunca estuvieron realmente involucrados en los asesinatos. ¡No quiero que me malinterpretes! Tampoco impidieron la persecución de los cambiaformas, pero aun así estoy orgullosa de mi madre y de mi padre. Probablemente los educaron con esa mentalidad, pero reflexionaron y

reconocieron la injusticia. Arrojar por la borda principios que te han inculcado desde la infancia es muy difícil.

Ella parpadeó emocionada.

Él pasó suavemente el dedo por sus labios. — En eso tienes razón. Espero que nunca reconsideres los principios que te han inculcado. Eres amable, tolerante, mi mano derecha, mi mejor amiga y mi amor. Ojalá pudiera decirle a tus padres que han hecho de ti una persona maravillosa.

Ahora sus ojos brillaron de alegría.

— Me gusta oír eso, preferiblemente a diario. ¿Crees que podrás hacerlo, junto con todos tus deberes reales?

Jasper les abrió la puerta del auto. Cuando se subieron, ella metió la mano bajo su camisa y le acarició el pecho. Él casi se quedó sin aliento. Ella jugaba con él a su manera y lo disfrutaba inmensamente.

— ¡No te excedas! — refunfuñó él, solo para luego acercarla más.

Jasper, por su parte, miró estoicamente hacia el frente y pulsó de forma discreta el botón que levantaba la mampara de la parte trasera del auto. En el futuro, experimentaría momentos como éste muy a menudo y no diría ni una palabra al respecto.



Epílogo

— ¿Te das cuenta de que tienes los ojos torcidos?

Ella sonrió cuando Navar levantó la cabeza y frunció el ceño.

— Los lobos no podemos tener los ojos torcidos.

— Pero tú sí, y si sigues revisando esos papeles, te quedarás completamente ciego.

— ¿Y qué se supone que debo hacer? — Desesperado, lanzó los papeles al aire. — Todo esto tiene que quedar resuelto. ¡Preferiblemente para ayer! ¡Aquí! Esto, por ejemplo. — Él le tendió un papel. — El gobierno chino apoya nuestras aspiraciones para establecer un estado soberano, pero solamente si les permito enviar un embajador de inmediato. ¡Y así es todo el tiempo! Exigencias, acuerdos secretos, pactos de silencio.

Golpeó el puño sobre la mesa y gruñó molesto. Mientras tanto, ella se sentó en la esquina del escritorio de la nueva oficina de Navar.

— Bueno, querido, no puedes rechazar a esa gente con una mirada gélida como lo haces con tus empleados.

— ¡Pff! ¿Cuándo he mirado a mis empleados con frialdad?

Ella saltó del borde de la mesa, se paseó de un lado a otro delante de él, imitando su expresión.

— Ese es más o menos tu aspecto cada mañana cuando vienes a trabajar.

Su mal humor se esfumó y sonrió involuntariamente. La alegría de ella podía parecer despreocupada e ingenua, pero su mente estaba despierta como siempre.

— ¡Escúchame! Solo están probando hasta dónde pueden llegar. En realidad, quieren llevarse bien con nosotros. Los cambiaformas tienen habilidades especiales que puedes ofrecerles, pero que también puedes negarles con facilidad. Ellos lo saben y tú también. Conoces la política como la palma de tu mano. Véncelos en su propio juego. Cede ante los chinos, pero solo si te conceden territorio en su país.

Navar se rascó la nuca. — Dar y recibir, bien. Pero en este momento no estoy seguro de si quiero que vengan aquí representantes del extranjero. Aunque no se lo puedo negar a los canadienses, después de todo fueron muy complacientes. El Primer Ministro se mostró dispuesto de inmediato a cedernos este territorio por completo. Fuera de eso, esto es como un gallinero. Cada día llegan nuevos cambiaformas y aún no tenemos infraestructuras. No son las mejores condiciones y además... nuestro palacio ni siquiera está terminado.

Danielle se puso detrás suyo y le masajeó el cuello.

Suspirando, él apoyó la cabeza contra sus pechos. — ¡Ah, qué bien se siente!

— Te preocupas demasiado. Los constructores están trabajando arduamente y los planos del histórico palacio de los lobos que nos ha proporcionado la hermana Liliana pronto se harán realidad. Tienes que permitir que haya representantes de la comunidad internacional. De lo contrario, se percibirá como secretismo, lo cual genera sospechas. Se les asignará casas al estilo clásico de los lobos, nada lujoso. También convocarás un consejo, al que podrán asistir como observadores. Este consejo distribuirá las tierras, fomentará la formación de manadas y

organizará las luchas por el puesto de alfa. A esto se le llama delegar. Además, de esta manera no ocultarás nada y seguirás respetando las tradiciones. Nadie dudará de tu posición y verás florecer tu reino poco a poco.

Él volvió a suspirar. Últimamente, el trabajo parecía agobiarlo y su cerebro estaba como bloqueado. Por esa razón, agradecía mucho los consejos de Danielle. Además, ella mantenía estrechas relaciones con mujeres de altos cargos. Sabía que hablaba a menudo por teléfono con una importante representante de la Unión Africana y que había sido invitada por la esposa del presidente ruso. Los tiempos habían cambiado radicalmente. Las mujeres ya no eran meros accesorios decorativos; una mujer con ambiciones podía cambiar el mundo. Él era un hombre afortunado por tener una compañera así.

Él se levantó de un salto y la abrazó. — ¡Cásate conmigo!

Danielle se rio suavemente. — ¿Cómo? Pero si ya estamos casados.

— Sí, pero me refiero a una boda de lobos, una verdadera fiesta con una ceremonia real, comida, bebida y todo eso. Ni siquiera te compré un anillo en aquel entonces.

— Los lobos no intercambian anillos, Navar, y yo tampoco necesito uno.

— ¡Oh, eso no importa! Eres mi compañera. Y puedo regalarte todas las joyas que quiera. ¿Entonces? ¿Quieres casarte conmigo?

Sus entrañas se contrajeron un poco. ¡Ella podía negarse! Sí, podría hacerlo, y todo su poder o su riqueza no le servirían de nada. El amor no era una obviedad, lo sabía desde hace tiempo. Si uno quería conservarlo, tenía que esforzarse y haría eso por el resto de su vida. ¿Pero había hecho todo bien hasta ahora?

— La primera vez no pude decir que no. ¿Y ahora? ¡Ahora es imposible decir que no!

Él se sintió mareado por el alivio, pero luego inclinó la cabeza. — ¿Por qué ahora es imposible?

Ella tomó su mano y la puso sobre su vientre. — Por esto.

Él tardó un rato en entender su insinuación. Y luego se desbordó de alegría.

— ¿Vamos a tener un bebé? ¿Cuándo? ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas recostarte? Podemos posponer lo de la boda.

— ¡Heh, estoy embarazada, no moribunda! Solo tengo dos meses de embarazo, así que debes tener paciencia. Madeleine dice que todo está bien con el bebé. ¡Así que nos casaremos de todas maneras!

Danielle chilló cuando él la levantó y la hizo girar. Ella estaba muy emocionada de tener un hijo, pero no estaba muy segura de cómo reaccionaría Navar con la noticia. Con todo el ajetreo que había en estos momentos, tener un bebé podría haber sido demasiado para él. Pero se había devanado los sesos por nada.

— Un pequeño príncipe o una pequeña princesa — gritó él emocionado. — Construiré una cuna, yo solo.

Riéndose, ella le dio un toque en la nariz. — ¿No deberías dejárselo a Evan? Él sabe todo sobre carpintería.

— ¡Pah! — Él sacó el pecho. — ¡Yo soy el rey! Puedo hacerlo.

Ella sonrió en silencio para sí misma. ¿Y por qué no? Incluso un rey tenía que trabajar con sus

propias manos de vez en cuando, como compensación, por así decirlo. Tal vez descubriría un nuevo pasatiempo. Ella tampoco había querido renunciar a su afición, y por eso su palacio contaría con un jardín interior donde podría dedicarse a sus plantas a gusto.

Navar la puso en pie y la besó brevemente en la boca.

— Otra cosa. Creo que es el momento apropiado. Esta mañana tuve una larga conversación con Scott. Sebastian respirará aire filtrado durante el resto de su vida. ¡Pero la cosa se pone aún mejor! — Él se sentó y la subió a su regazo. — El viejo Deveraux había sido atrapado en la mansión, eso ya lo sabíamos. El cobarde había fingido no saber nada de las acciones de su hijo y había jurado a muerte que los Cazadores de Plata no eran más que una especie de asociación estudiantil. Supuse que publicar los nombres solo atraería la atención. Después de todo, no teníamos pruebas. Pero la policía incautó un montón de registros. Todos los miembros estaban en la lista, además de toda la información sobre quiénes habían matado a los cambiaformas. Hasta el momento, muchos ya han sido arrestados y el resto no está a salvo en ningún sitio. Incluso aquellos que no asesinaron a nadie probablemente serán acusados de complicidad.

— Esas son buenas noticias. — Ella se rio de buena gana. — ¡Lo siento! No tiene ninguna gracia. Pero nunca habría imaginado que la burocracia les rompería el cuello a los Cazadores de Plata. ¿Y qué hay de los agentes inactivos?

Él se rascó la nariz. — Sí, esa es otra cosa. Ellos no han hecho nada malo, salvo fomentar prejuicios estúpidos. Scott quiere ocuparse de que sean tratados, así como a los miembros de otros grupos de odio, lo que significa que estarán vigilados. Cuando pienso en tus padres, imagino que la mayoría de ellos probablemente estarán contentos de poder librarse de «Chasseur d'Argent».

Danielle se acurrucó en sus brazos. Sebastian había recibido su castigo. Esperaba que sus padres ahora pudieran descansar en paz y que el peligro haya desaparecido para los lobos. Lo que la atada al pasado finalmente había desaparecido. Ahora solo estaba atada al futuro, a su hijo, a su rey. Pero como había elegido este vínculo por su propia voluntad, se sentía libre e independiente. Era extraño. Cuando miraba al pasado, a menudo solo veía tristeza o malas decisiones. Pero todo eso la había llevado hasta Navar y por eso ya no luchaba contra ello.

— ¿Les contarás a los humanos acerca de los Vargs en algún momento?

La pregunta había estado rondando por su mente desde hace tiempo y no había podido formarse una opinión.

— No. Quiero que la tumba de Harim Nakur permanezca intacta. Él consiguió lo que quería. Su gente sigue viviendo en nosotros; tanto en lobos como en humanos. También seguiremos manteniendo en secreto el Convento Ravenna. Algunas cosas no necesitan salir a la luz, porque la curiosidad a menudo toma proporciones alarmantes. Llámalo secretismo si quieres, pero no quiero que nadie indague demasiado. Hay que dejar el pasado atrás para poder mirar al futuro. — Él le acarició el vientre, pensativo. — Tal vez nuestro hijo piense de otra manera al respecto en el futuro, pero todavía falta mucho tiempo para eso.

— Me alegro de que ya lo tengas decidido. Por supuesto que me atenderé a ello. Asimilar la existencia de los cambiaformas lobo ya es mucho para la humanidad. Ir más allá y revelar una tercera especie podría ser demasiado.

Tres semanas después, ella se encontró rodeada de las tres expertas en moda por excelencia. Vivienne había diseñado su vestido de novia, Loretta y Bibi, que alguna vez fueron miembros activos de los «Lobos Dorados», la habían ayudado de manera incansable. Las tres se habían reunido constantemente y habían consultado los catálogos correspondientes. El resultado fue un vestido de ensueño en seda de color crema con un sobrevestido de encaje fino.

Ella dio vueltas frente al espejo, algo que se había prohibido a sí misma durante mucho tiempo. Estaba en paz consigo misma y llena de alegría. Por eso le gustaba lo que veía.

— ¡Oh, han hecho un trabajo maravilloso! ¡Es exactamente como imaginaba que sería mi vestido!

— ¿No es demasiado simple? — Vivienne tiró de la falda con escepticismo. — Eres una reina. Tal vez debería haberle añadido algunas piedras preciosas, algo que fuera sumamente valioso.

— ¡Por el amor de Dios! — intervino Loretta. — ¡Las cosas brillantes solo lo arruinarían todo!

— ¡Exacto! — Bibi puso una última horquilla en su peinado. — Es Danielle quien debe brillar, no su vestido.

Llamaron a la puerta, la cual Loretta abrió de un tirón, dispuesta a ahuyentar a cualquiera que pudiera interferir de alguna forma. Sin embargo, afuera estaba Dayton, a quien su compañera había convencido para que llevara a la novia al altar. Era el único alfa del reino hasta el momento y por lo tanto tenía que ser él. No estaba muy contento con su tarea, al menos no con el hecho de que le hayan puesto un traje. Tiraba de su corbata y parecía como si lo estuviera estrangulando.

Loretta, por supuesto, se echó a reír. — ¡Caray! Está a punto de desvanecerse. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Danielle sintió pena por él. Nadie debería sentirse incómodo en su boda, y mucho menos su padrino de bodas.

— ¡Dayton! ¡Vamos! ¡Cámbiate! ¡Si Madeleine te regaña, dile que yo lo ordené!

— ¡Sí, mi reina! Enseguida vuelvo — resopló él alegremente y salió corriendo.

Cumplió su promesa y menos de diez minutos después la llevó del brazo al gran salón. Allí las mesas estaban repletas de comida, en los bordes había enormes barriles de cerveza, jarras de vino e incluso hidromiel. Había cientos de invitados, de los cuales solo conocía a unos pocos. Pero Navar le había asegurado que así era como debía celebrarse una verdadera boda de lobos. Antiguamente, toda la manada lo celebraba, y hoy, ya que el rey y la reina renovaban su juramento, casi todo el reino estaba presente.

Pero solo percibió marginalmente esta aglomeración y todo lo demás. Fijó su mirada hacia el frente, hacia Navar. Allí estaba él, alto e imponente. Él la recorrió con la mirada, maravillado, lo cual le recordó su primer encuentro. Solo la había mirado por un instante y eso había hecho que su corazón palpitara con fuerza. Seguía siendo así y nunca cambiaría.

Dayton puso su mano en la de Navar y colocó una cadena de oro alrededor de las muñecas de ambos. Los dedos de Navar rodearon los suyos con calidez y firmeza, pero sin forzarlos. La sujetaba con seguridad, pero también la dejaba poder volar. Esta certeza no tenía precio para ella.

Un cambiaforma increíblemente viejo pronunciaría las palabras que la volverían a unir a Navar. A su rey le agradaba ese hombre, pues no se guardaba sus opiniones. Navar había dicho que, si pudiera elegir un abuelo, querría tener a alguien como él.

— ¿Quién entrega esta mujer a nuestro rey? — preguntó el cambiaforma.

— Yo, Dayton, entrego a Danielle bajo la protección de Navar, para que la ame y la proteja hasta que los bosques se marchiten y los arroyos se sequen.

Como lo haría un padre, le dio un último beso en la frente, sonrojándose ligeramente, antes de sentarse junto a los invitados.

— Navar, el último descendiente de la vieja estirpe, ¿aceptas a esta mujer como tuya?

Navar la miró profundamente a los ojos antes de responder. — Sí, acepto.

Tragó saliva, porque recién ahora se dio cuenta de lo importante que era esta ceremonia. Ella tenía un millón de veces más peso que el «sí acepto» de Navar ante el registro civil. Con ella, la convertía en su reina delante de todo su pueblo, todos podían verlo y atestiguarlo.

— Danielle, ¿aceptas a este hombre como tuyo?

— Sí, acepto — respondió ella sin vacilar.

Por supuesto, era solo una sensación, pero Navar creyó oír el suspiro de satisfacción de sus antepasados. Un rey no era nada sin su reina. Él y Danielle tenían su bendición.

— ¡Dicho y hecho! — anunció el viejo cambiaforma con dignidad. — ¡Apóyense mutuamente y defiendan a las manadas! — Luego añadió en voz baja con una sonrisa. — Ahora puedes besar a la novia.

Navar se rio. — ¡Una cosa más antes de eso! — gritó él. — ¡Se lo prometí a mi reina!

Del bolsillo de su pantalón sacó un delgado anillo de oro decorado con una única piedra de jaspe de color marrón claro.

Se lo puso en el dedo y le susurró. — Es del color de tus ojos que me han fascinado desde el primer momento en que los vi.

Luego le besó las yemas de los dedos e inmediatamente después la abrazó.

Danielle abrió los labios y se acurrucó contra Navar. Ella sintió su calor, su fuerza. Ahora eran el rey y la reina, pero Danielle, la mujer, y Navar, el hombre... ésa era otra historia, llena de pasión y dulces promesas. Aquello no figuraba en ningún registro histórico y tal vez por eso no había podido averiguar nada sobre el amor entre Harim Nakur y Camilla o Torant y Aurelia. Pero ya no necesitaba eso, porque ahora tenía su propia historia de amor.

FIN

¡Gracias por leer!

Si te ha gustado este libro, te agradecería que te tomaras unos minutos para dejar una reseña en la plataforma que elijas. Puedes ser tan breve como desees.
¡Gracias por pasar tiempo en mi mundo místico!

P.D.: Si quieres saber dónde empezó la historia, puedes descubrirlo todo en mi serie:

El Reino de los Lobos:

[La Novia del Lobo \(Libro 1\)](#)
[El Bebé del Lobo \(Libro 2\)](#)
[La Hija del Lobo \(Libro 3\)](#)
[La Niñera del Lobo \(Libro 4\)](#)
[El Rey de los Lobos \(Libro 5\)](#)
[La Compañera del Rey de los Vargs \(Libro 6\)](#)

El Reino de los Lobos – Un Nuevo Comienzo:

[El Padre Hombre Lobo \(Libro 1\)](#)
[El Lobo Motero \(Libro 2\)](#)
[El Lobo Vaquero \(Libro 3\)](#)
[El Cazador de Lobos \(Libro 4\)](#)
[El Jefe Lobo \(Libro 5\)](#)

P.D.: Te esperan más historias de Annett Fürst:

Asterum: Agencia Interplanetaria de Matrimonios

[La Virgen del Guerrero Extraterrestre \(Libro 1\)](#)
[Los Gemelos no Planeados del Guerrero Extraterrestre \(Libro 2\)](#)
[La Novia Falsa del Guerrero Extraterrestre \(Libro 3\)](#)

Novelas del Universo de los Guerreros Dragón:

[Ofrenda para el Dragón \(Libro 1\)](#)
[Esclava del Dragón \(Libro 2\)](#)
[Prisionera del Dragón \(Libro 3\)](#)
[Víctima de los Dragones \(Libro 4\)](#)
[Amante del Dragón \(Libro 5\)](#)

¿Quieres saber cómo empezó todo? Lee también mi serie:

Secuestradas por los Guerreros Dragón:

[La Novia Humana del Dragón \(Libro 1\)](#)

[Encadenada por los Dragones \(Libro 2\)](#)

[Bajo el Hechizo del Dragón \(Libro 3\)](#)

[Cautiva del Dragón \(Libro 4\)](#)

[Presa del Dragón \(Libro 5\)](#)

También puedes visitar mi [página de autor en Amazon](#) para ver los libros que ya están disponibles.



Sobre la autora

Annett FÜRST creció en la costa báltica alemana. La vista del mar embravecido con los barcos que pasaban y los paseos por los bosques de pinos naturales despertaron su anhelo de mundos místicos y lugares exóticos a una edad temprana.

Además de escribir, le encantan los caballos, su creciente manada de perros, los domingos en la cama y, por último, pero no menos importante, su comprensivo marido.

A Annett FÜRST le gusta sobre todo escribir historias de amor oscuras en las que ella (o más bien sus protagonistas) puedan liberarse de verdad, y a través de las cuales, las pasiones y las necesidades más ocultas de los humanos -y de los seres paranormales- puedan salir a la luz.

¿Quiere saber más sobre Annett FÜRST y sus últimos lanzamientos?

Puedes seguir a [Annett FÜRST en Amazon.](#)